

ALEXANDRA DAVID - NEEL

MAGIA DE AMOR Y MAGIA NEGRA



KIER

ALEXANDRA DAVID-NEEL

**MAGIA DE AMOR
Y MAGIA NEGRA**

Traducción del francés de
MARGARITA GUERRERO

SEGUNDA EDICION

EDITORIAL KIER S.A.
Av. Santa Fe 1260
1059 - Buenos Aires

Título del original francés
Magie D'Amour et Magie Noire

Scenes du Tibet Inconnu
Editado por Librairie Plon

Ediciones argentinas en español:
Editorial Kier S.A. - Buenos Aires
años: 1968 - 1974 - 1985

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

I.S.B.N. 950-17-0955-8

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
© 1984 by Editorial Kier S.A., Buenos Aires
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

NOTA PRELIMINAR

He vacilado largamente —en realidad, durante muchos años— antes de decidirme a publicar el presente libro, a causa de la naturaleza particularmente horrible de los hechos descritos en el capítulo V, y más aún en el capítulo VI. Hallándome de nuevo en Asia, he tenido ocasión de encontrar, recientemente, sobre la Montaña Sagrada de los Cinco Picos, cerca de la frontera mongólica, a lamas tibetanos llegados ahí en peregrinación. Entre ellos, dos, eran oriundos del país de los Gyarongpas. Casualmente, llegamos a hablar de hechicería y de los Böns, de los cuales hay un número bastante considerable en el Gyarong. Yo misma he sido testigo de un singular fenómeno en uno de sus monasterios¹. Esos lamas me dijeron que en tanto que sabían mucho de Böns-Blancos, perfectamente honorables, habían también oído hablar de ciertos Böns-Negros, que se dedican a raras y crueles prácticas mágicas. Y con gran asombro mío, mencionaron la mesa hueca, de pesada tapa, bajo la cual se deja a hombres vivos, morir de hambre, luego podrirse para suministrar el material de un elixir de inmortalidad. Esto era lo que el héroe de la autobiografía, que reproduce mi libro, decía haber visto. El no era, sin duda, el único en haber contemplado ese espectáculo macabro, y en todos los casos, lo que me decían los lamas peregrinos, me obligaba a deducir que los rumores circulantes sobre ese tema y el temor

¹ Ver *En el país de los Bandidos Gentilhombres*. (Plon).

de los magos Böns impedía que se expresaran de otra forma que con sordina. Esta confirmación inesperada de las confidencias que se me habían hecho sobre este tema, dispó mis dudas en cuanto al interés que tendría su publicación desde el punto de vista de la etología.

Las circunstancias en que he reunido los materiales para escribir el presente libro, están claramente descritas en el prólogo. El lector comprenderá, sin que sea necesario decírselo, que el narrador de esta autobiografía, sólo me ha proporcionado los datos esenciales. El estado de ánimo particular que lo impulsó a contar los incidentes de su vida pasada, excluye toda digresión. Mi huésped, dominado por la emoción que le causaba el recuerdo bruscamente reavivado del drama que vivió, no soñaba en pintarme los lugares que habían sido testigos de ellos, ni en explicarme las costumbres o creencias a que se referían los hechos que narraba. Sabía que me eran bien conocidas gran parte de las regiones donde había pasado su vida, y además, me tomaba por una tibetana auténtica. Reproducido brevemente, tal como me fue hecho este relato, habría sido ininteligible en muchos puntos, para los extranjeros a quienes el Tibet y sus habitantes son totalmente desconocidos. Entonces me ha parecido preferible dar a este libro la forma de novela, a fin de poder, con la descripción de paisajes, o exposición de las ideas corrientes en el país, rodear a sus héroes de la decoración física y la atmósfera mental en que se movían y cuya influencia sufrieron. Sin embargo, rogamos al lector, a lo largo de todas las páginas siguientes, que recuerde que esta novela ha sido vivida.

Alexandra David-Neel

Riwotsé Nga, Agosto 1937.

PROLOGO

Mi huésped, el granjero-pastor, ex jefe de bandidos. — Un rapto en la noche. — Confidencias junto al fuego del campamento.

Me había detenido, durante algunos días, en los confines del país de Daishin, cerca de la residencia de verano de un jefe opulento, llamado Garab, semi granjero, semi pastor, como otros de la región.

Bien acogida por él, no me apresuraba a ponerme de nuevo en camino, gustando a la vez de la satisfacción material que dan las comidas copiosas, una seguridad tranquilizadora gracias a la proximidad de los guardianes del ganado, el encanto del lugar, y la conversación de mi huésped.

Además, otra razón había contribuido a retenerme. Al saber el granjero que mi compañero de viaje, el lama Yongden¹, pertenecía a la secta de los Khagyud-Karmapas², pensó rogarle que celebrara un rito que se supone aleja los malos espíritus. En Tibet, tal pedido es frecuente, y no me sorprendió; no obstante, algunos

¹ Mi hijo adoptivo y colaborador que me acompaña en mis viajes.

² Una de las más antiguas sectas tibetanas que se cree posee una enseñanza oral esotérica, que se transmite de maestro a discípulo. Los antepasados espirituales de la secta son los Hindúes Tilopa y el célebre profesor de la Universidad de Nalanda: el Pandit Narota, luego el traductor Marpa y su discípulo el asceta poeta Milarespa. Estos dos últimos eran tibetanos. (Siglos X y XI).

días después me aclararían plenamente el móvil que lo había dictado.

Garab, el dueño de campos y rebaños, era un hombre de alta estatura, de color más oscuro que el que generalmente tienen los tibetanos. Sus gestos, escasos y precisos, denotaban el hábito del mando. En el fondo de sus espléndidos ojos negros, ardía una llama singular, contrastando con la placidez altiva e indiferente de su actitud habitual. Lo veía a veces cuando caminaba, detenerse súbitamente y quedar largo tiempo inmóvil, mirando a lo lejos, yo no sabía qué; o bien permanecía durante horas sentado aparte, absorto, en algo que yo hubiera tomado por una piadosa meditación, si mi huésped hubiera sido un hombre religioso, pero no lo era.

Intrigada por su fisonomía muy poco mongólica, me aventuré a preguntarle el nombre de su país natal. Mi curiosidad pareció desagradarle, no obstante, respondió:

—Yo soy de Ngari, lejos de aquí.

Ngari es una vasta provincia del Tibet cuya extremidad meridional costea el Himalaya. Gargantas comunican el Ngari con la India; y los mestizajes en la frontera han producido allí tipos que a veces difieren mucho de los que se encuentran habitualmente en otras regiones del Tibet. El aspecto algo sorprendente de Garab, podía entonces explicarse, pero ¿cómo se había establecido tan lejos de su país? Hubiera querido saberlo. Pero habiendo notado el descontento que le produjo mi primera pregunta, no me atreví a hacerle otras.

Una noche en que mi hijo adoptivo, el lama Yongden y yo, habíamos permanecido largo tiempo después de la puesta del sol, sentados ante la tienda del jefe, bebiendo té con él, el ruido sordo del galope de un caballo nos llegó desde las praderas. Nuestro huésped escuchó con atención.

—Un jinete... y la bestia está pesadamente cargada— dijo, reconociendo con la finura de oído de un *dokpa*

(pastor), si se trataba de un caballo suelto, escapado de una manada, o si alguien lo montaba.

Algunos instantes después, ante nosotros desmontó un hombre de una bestia sofocada, transpirada, y ayudaba a bajarse a una joven que había cabalgado en la grupa.

—Necesitaría dos caballos robustos y rápidos —dijo precipitadamente a nuestro huésped—. Le dejaré el mío; es joven y vale un buen precio. Luego de unos días de descanso, estará de nuevo en perfecto estado. Tengo dinero; pagaré lo que usted pida como diferencia.

—Habla de eso mañana —respondió Garab—. Ya se hace noche, duerman aquí. Voy a hacer que tapen y cuiden a su animal.

—Gracias —replicó el viajero—. Debemos partir inmediatamente—. Y como el jefe lo miraba en silencio, agregó:

—Nos persiguen. Es necesario que mañana por la mañana hayamos alcanzado, lejos de aquí, un campamento donde tengo amigos.

Luego, después de un momento de vacilación, agregó:

—Yo la robo... ella consiente...

Garab seguía silencioso. Su cara conservaba la impassibilidad habitual, pero la llama dormida en el fondo de sus ojos, se volvió fulgurante.

—¿Lo sigues tú de buen grado? —preguntó a la niña—. Si quieres quedarte aquí, dilo sin temor. Serás protegida.

—Quiero ir con él —respondió ella aproximándose vivamente a su compañero.

En la semi-oscuridad, ese hombre y esa mujer, erguidos, apretados el uno contra el otro, sus rostros crispados por la fatiga y la ansiedad, formaban un grupo trágico.

—Siéntense —dijo nuestro huésped—. Beban té y coman algo, mientras van a buscar los caballos.

Llamó a su gente, les habló en voz baja y los hombres partieron corriendo hacia otra parte del campamento.

Poco después, volvieron trayendo dos caballos, de los

cuales uno ya estaba ensillado. Sobre el otro colocaron la silla del viajero y sobre ésta las correas sosteniendo dos grandes sacos que colgaban en los flancos del animal.¹

—Ahí están —dijo simplemente el jefe—. Son bestias valientes, podrán marchar a buen ritmo, durante toda la noche.

—¿Cuánto debo pagarle? —preguntó el fugitivo.

—Nada —respondió Garab—. Usted me deja un caballo de valor, lo he apreciado en el acto. Se trata de un cambio por uno de ellos... el otro se lo doy...

Con un gesto señaló a la joven.

—Es gran bondad... —comentó el hombre.

—Partan rápido —ordenó el generoso donante, interrumpiendo con tono perentorio todo agradecimiento.

En menos de un minuto, la pareja estuvo montada.

—Se han puesto provisiones en las bolsas —gritó el jefe en el momento en que partían.

Un golpe de talón en el vientre de sus monturas² y los enamorados se lanzaron a toda velocidad hacia el horizonte donde las estrellas tocaban la tierra.

El silencio envolvía de nuevo la llanura. Nuestro huésped fue a sentarse junto a una hoguera encendida afuera, y quedó largo tiempo sumergido en sus pensamientos; su cara iluminada por las movedizas llamas, había tomado una expresión extraña que yo no le había visto nunca. De pronto llamó a un sirviente y le ordenó traer aguardiente. Bebió a grandes tragos varios bols, y luego recayó en su ensueño.

Aunque fue rápido mi examen de los caballos de que había provisto a los fugitivos, pude darme cuenta de que su valor comercial era importante. ¿Qué motivo pudo impulsar a su dueño, a ofrecer uno gratuitamente a desconocidos? No pude evitar el querer averiguarlo.

¹ Según costumbre tibetana.

² Los tibetanos no usan espuelas.

—Usted se ha mostrado de una gran generosidad con esos enamorados —dije.

—Yo he vivido eso —murmuró pensativo el dueño de la granja.

¿Qué había vivido este hombre distante y frío? ¿Una novela de amor... un drama... que explicara su repentina manifestación de simpatía por la pareja en peligro?

Esa noche no dormimos. Cerca de la hoguera, atentos y mudos, oímos una historia extraña que el trastorno íntimo, sentido por nuestro huésped, le hacía revivir e incitaba a narrar en voz alta, probablemente sin estar del todo consciente de que era escuchado.

CAPÍTULO I

PRIMERA PARTE

SEMBRANDO EL PORVENIR

El ataque a la caravana. — El amante creado por los sueños, se materializa.

Encuadrada por lejanas cadenas de montañas, la inmensa planicie se extendía, desierta y desnuda, bajo un cielo uniformemente azul y luminoso. Ningún vuelo de pájaro animaba el espacio, ningún signo revelaba la presencia de seres humanos, o de animales salvajes, y el silencio era absoluto. Estábamos allí en el techo del mundo, último refugio de los genios y de las hadas, huyendo del hombre constructor de ciudades, enemigo de la naturaleza.

Sin embargo, aquel día, además de los seres invisibles que podían frecuentar esos altos lugares, una estrecha quebrada, que envolvía la cintura montañosa de la meseta, abrigaba una cincuentena de jinetes de dura faz, vestidos con gruesos trajes de piel de oveja y cubiertos de gorros puntiagudos, de fieltro, originariamente blancos, que la suciedad había oscurecido.

Delante de ellos, a la entrada de la quebrada, su joven jefe vigilaba, apretado el flanco de su caballo contra la pendiente abrupta de la montaña, difícil de descubrir,

aún de cerca, entre las altas matas de hierba irregularmente espaciadas sobre un fondo de tierra pardusca.

El tiempo pasaba; hombres y caballos, sin duda habituados a esas largas esperas, apenas se movían, y el jefe, fijos los ojos en un punto situado en la extremidad opuesta de la meseta, tenía la inmovilidad de la estatua.

De pronto sus cejas se fruncieron, en un esfuerzo por ver mejor. A lo lejos, en la dirección que vigilaba, acababa de aparecer al pie de la montaña, una mancha oscura, apenas perceptible. Gradualmente se agrandaba, se movía, dejando adivinar un grupo de seres en marcha: hombres o animales. Sin provocar el menor movimiento de su montura, el jefe alzó la mano; un rumor sofocado corrió entre sus compañeros y se hizo de nuevo el silencio

La mancha oscura se extendía más y más, no estaba ya adherida a la montaña y avanzaba en el espacio libre. Algunos instantes después podían divisarse jinetes y mulas, cargados de bagajes, en numerosa caravana dirigiéndose hacia una de las salidas de la meseta.

Cuando llegó cerca del lugar desde donde se le espiaba, el jefe alzó rápidamente el fusil sobre su cabeza y lanzando un grito estridente, se precipitó al galope hacia los viajeros. Los clamores salvajes de sus hombres le respondieron, mientras todos, lanzándose tras él, se precipitaban fuera de la quebrada.

Antes de que los viajeros de la caravana se dieran cuenta, los bandidos los habían rodeado disparando tiros. Espantadas por las detonaciones, las bestias de carga se desbandaron, huyendo en todas direcciones, haciendo caer aquí y allá, los sacos y envoltorios que llevaban, enredándose en las cuerdas de los arneses desprendidos y lanzando relinchos de terror.

En el Tibet, la táctica habitual de los ladrones de las largas rutas es provocar este pánico entre los animales de las caravanas, para turbar el ánimo de los atacados

y paralizar su defensa. Terminado el arreglo de cuentas, los malandrines saben siempre recuperar los animales ya calmados y los bagajes desparramados por el suelo. Sin embargo, cuando la caravana es conducida por mercaderes aguerridos en aventuras de esta clase y bien armados, los agresores pueden toparse con una vigorosa resistencia. Un tiroteo responde al tiroteo, causando heridos y a veces muertos en ambos campos.

Esta vez, los viajeros no eran sino bondadosos peregrinos, que se dirigían a Lasa, llevando ofrendas al Dalai Lama, y a pedir su bendición. Debidamente informados por sus espías, los bandidos sabían que el valor de esas ofrendas: caballos y mulas de precio, pesados lingotes de plata y preciosas sedas chinas, era considerable. Tampoco ignoraban que aquellos a quienes estaba confiada su guardia, serían incapaces de defenderla eficazmente.

Sus previsiones fueron acertadas. Los infortunados peregrinos, comprendieron desde la aparición de los bandidos que la pérdida de sus bienes era segura. Poco duró la resistencia que ensayaron maquinalmente, y los hombres con la cabeza baja, las mujeres llorando, esperaron que los malhechores dictaran sus órdenes.

Como en toda ocasión de este tipo, no se trataba mas que de arreglar pequeños detalles. Los viajeros no tenían que temer por sus vidas. Todos los tibetanos sienten horror por el asesinato, y no recurren a él, mas que en último extremo. Los bandidos de alto vuelo, esos que llamé antes "bandidos gentilhombres",¹ no son la excepción; esos "valientes", por lo demás, son casi siempre devotos, y sólo molestan a aquellas de sus víctimas que se resisten a ser despojados fácilmente. Los bagajes de los peregrinos, sus caballos y sus mulas, alhajas y dinero que llevaban encima, quedarían en manos de los

¹ A. David-Neel, *En el país de los bandidos gentilhombres* (Plon, París).

bandoleros, pero éstos les dejarían una cantidad suficiente de víveres para que pudieran alimentarse hasta llegar al lugar habitado más próximo. También les dejarían algunas bestias de carga, las de menos valor, para llevar esas provisiones.

En una hora todo terminó, y el grupo doliente de los peregrinos se puso en marcha, rehaciendo en sentido inverso, la ruta que había recorrido, sobre la meseta. Esa pobre gente no pensaba más que en los medios de volver a su país. Continuar el viaje, sin víveres y sin dinero, sólo podían hacerlo individuos robustos y enérgicos, pero la mayoría de los desgraciados viajeros eran personas de posición cómoda, no acostumbrados a la fatiga y a las privaciones. Además su peregrinaje ya no tenía objeto; les habían sido robados los regalos que llevaban a Lasa, y uno no se presenta con las manos vacías ante el Dalai Lama.

Mientras se alejaban, los bandidos reunían apresuradamente los animales dispersos y los bultos desparramados, cargando éstos sobre las mulas y atando a sus propias sillas las bridas de los caballos conquistados, ahora sin jinetes. El reparto del botín se haría después en lugar seguro, a buena distancia de donde había sido tomado.

Los malandrines iban a ponerse en marcha, cuando, detrás de un montículo se irguió una muchacha, dio algunos pasos y quedó de pie ante ellos.

No podía ser sino una de las peregrinas de la caravana. ¿Por qué no había seguido a sus compañeros?

Recobrados de su sorpresa, los hombres encolerizados la agobiaron a preguntas:

¿Qué quería? ¿Conseguir una limosna? ¿Tratar de recobrar una alhaja que le habían robado? ¿La llevaba en el momento del ataque? ¿Quién podía saberlo? Entonces ¿quién entre ellos, había soñado en examinar la cara de aquellos a quienes robaba collares o pendientes? ¿Era una embustera, una descarada!... Sería castigada. Ya podía

irse sola y apurarse para reunirse a sus amigos ya lejanos.

Gritaban todos a la vez, sin razonar, lo que se les ocurría.

La joven no se movió, sorda a las invectivas y a las amenazas, semejante a una estatua. Muy alta, muy bella, grave, los ojos fijos, clavados en el jefe, esperaba.

Este hizo avanzar su caballo hasta cerca de ella.

—¿Por qué no has partido con los demás? ¿Cómo ha sido que no te llevaron con ellos? —preguntó.

—Yo me oculté —respondió la peregrina.

—¿Por qué? ¿Nos espías?... ¿Estás loca?... ¡Te lo han dicho! Tanto peor para ti, si te cuesta reunirse con los tuyos. ¡Vete!

La joven no se movió.

—¿Me entiendes?... ¡Vete! —repitió el jefe.

La viajera, como en éxtasis, murmuró:

—Es a ti, al que he visto en mis sueños.

—¡Qué! —exclamó el joven bandido, mientras aquellos de sus hombres que habían oído esta declaración inesperada, estallaron ruidosamente en risas. El jefe permaneció serio. Con las cejas fruncidas y la voz dura, preguntó:

—¿Qué quieres tú?

—Llévame contigo —suplicó la niña en voz baja. El hombre a quien imploraba la miró con atención durante un instante, luego sin responderle partió a un trote vivo para situarse a la cabeza de su banda, gritando por encima del hombro, mientras se alejaba:

—Que la monten a caballo y que uno de ustedes la lleve a remolque— La columna de bandidos se agitó. Alegres por la conquista de un rico botín y divertidos por la rara buena suerte del jefe, cambiaron groseras bromas, mezcladas con risas estentóreas. La desconocida, rígida sobre su montura,¹ impassible, parecía no oír nada. Los bandidos cabalgaron sin detenerse, hasta pasada la medianoche. Entonces, como desembocaron en un desfiladero tortuoso,

¹ Todas las tibetanas están habituadas a montar a caballo.

en el corazón de la montaña, el jefe ordenó hacer alto en un valle poblado de hierbas, donde corría un arroyo. Se instaló prontamente el campamento, rodeado de centinelas. Sólo se trataba de apilar los bultos robados, trabar los animales de los peregrinos y encender fuego. Luego de haber bebido algunos bols de té con manteca y comido dos o tres bolitas de harina de centeno, los hombres durmieron al aire libre, envueltos en sus ropas de piel, usando la silla como almohada. Luego vendrían los días de francachela en que se festejaría el éxito de la expedición.

La poesía no estorbaba el amor del joven jefe, tampoco se usa entre los hombres de su oficio y exageraba aún la rudeza habitual de sus compañeros. Habiendo terminado su frugal comida, tomada sin prisa, se levantó:

—Tú has querido venir. . . ¡y bien, ven! —dijo simplemente a la muchacha. Y, sin esperarla, se dirigió al lugar que había elegido para pasar el resto de la noche. Dócil, ella lo siguió en silencio.

Sentado sobre la manta que les había servido de lecho, el jefe rumiaba, admirado, sensaciones nuevas para él. Este audaz bandido, semejante a un animal robusto y sano, ignoraba las complicaciones sensuales. Iba hacia las mujeres, con la simplicidad con que los garañones de sus tropillas perseguían a las yeguas. Las hijas y mujeres de los pastores se entregaban fácilmente, por temor y también por deseo del hermoso varón que era, pero esos breves contactos no dejaban rastros en su memoria. Entonces, ¿en qué difería ésta de las otras? . . .

El embotamiento de su espíritu no le permitía razonar. Revivía estremecimientos, angustias, una mordedura que atenaceaba su carne y le hacía jadear. Permanecía agotado, por el trastorno que produjo en él la mezcla desordenada de impresiones voluptuosas y crueles. Le parecía que acababa de surgir en las profundidades de su ser

una bestia fantástica que tomaba posesión de él, estirando sus miembros de fuego, en los de ella, introduciendo la cabeza en la de ella. . .

¿Se volvía loco? . . .

Se recobró a medias y miró a su nueva amante, extendida junto a él. La claridad rojiza de un último cuarto de luna, daba un aspecto insólito a su fisonomía.

Se dice que en el Tibet, jóvenes-demonios, los Sindongmas, se entregan por diversión a amantes humanos; luego los torturan y devoran. El, espíritu fuerte, se reía de esos cuentos. Sin embargo. . .

—¿Cómo te llamas? —preguntó bruscamente.

—Detchema (la que hace la felicidad, la alegría) ¹ —respondió la peregrina.

—¡Oh, has sido bien llamada! —exclamó el jefe—. Verdaderamente haces nacer la dicha. ¡Tú has hecho la mía! ¿Has dado tanto a muchos otros antes que yo?

—Sabes que yo era virgen —dijo tranquilamente la enamorada. El joven no respondió. Estaba seguro. El deseo de disfrazar su emoción bajo la apariencia de un despego burlón, le había sugerido esa pregunta.

—Yo me llamo Garab (alegría perfecta) ² —repuso—. Nuestros nombres concuerdan. . . tan bien como nuestros cuerpos. ¿No lo crees, Detchema? . . . —Se inclinó hacia ella y la volvió a tomar brutalmente en sus brazos.

La jornada siguiente se empleó en hacer el inventario del botín conquistado, en proceder al reparto de los lotes correspondientes a cada uno y en discutir el modo de negociar los artículos que debían ser vendidos.

Caballos, mulas y provisiones, no dieron lugar a ningún debate. Los bandidos tibetanos, no son vagabundos sin

¹ Detchema, en ortografía tibetana: *bdé*, felicidad, alegría; *byéd ma*, hacedora.

² Garab, en ortografía tibetana: *dgah*, placer, alegría; *rab*, perfectamente, completamente, superiormente.

fuego y sin casa, sino pastores o granjeros establecidos, que se reúnen, dada una ocasión, para expediciones que consideran como un noble ejercicio en que se afirma la energía viril de los bravos "de corazón potente".¹ Cada uno de esos "héroes" posee sus tiendas en las altas mesetas, o su habitación en un valle. Las bolsas de grano o de harina que les tocan, se reunirían a las reservas de víveres de su familia, y los animales conquistados tendrían lugar en sus rebaños, esperando que, mezclados con otros, fueran llevados a algún mercado lejano para ser vendidos.

Pero esta vez, el botín comprendía también sedas, plata y oro en lingotes y cantidad de objetos preciosos o raros con los que los rústicos ladrones no sabían qué hacer. Esta parte de su botín no podía ser vendida o canjeada por artículos útiles, mas que en una gran ciudad, donde las transacciones son muchas, y también bastante lejana, para que sus magistrados ignoraran la procedencia de las mercancías y no se sintieran tentados de apropiárselas, bajo pretexto de hacer justicia.

Llegó el mediodía sin que la discusión sobre ese tema solucionara el gusto de todos. Era la hora de comer.

—Llévame el té allá abajo —dijo Garab al hombre que le servía de ordenanza en campaña.

Allá abajo, era el lugar donde había pasado la noche con Detchema; ella había permanecido ahí, mientras él presidía el consejo de la banda referente al reparto.

De los sacos suspendidos de la silla de Garab, se extrajo carne seca,² y harina de cebada tostada (tsampa), que se depositó junto a él con un bol lleno de té.

—Come tanto como puedas —dijo el jefe a la joven.³ Esta se sonrió. El acto familiar y tranquilizador de alimen-

¹ Traducción literal de la expresión tibetana.

² Los tibetanos secan la carne al sol y la llevan como provisión de viaje. Son muy golosos de ella.

³ Invitación cordial y popular, dirigida corrientemente a un huésped.

tarse, la devolvía del estado de ensueño en que la había sumido el audaz bandido, a las realidades de la vida ordinaria.

“¿Estás contenta? —preguntó Garab. Ella afirmó con la cabeza.

“No se te puede reprochar el ser charlatana —observó el jefe riendo.

“¿Has pensado entretanto qué vas a hacer? No podrás reunirte con tus amigos, los peregrinos. ¿Cómo volverás a tu país? ¿Es muy lejos de aquí? ¿Cuánto tiempo llevaban en camino cuando yo los detuve?... Tu padre y tu madre ¿viven?...

“Lamentas lo que has hecho, ¿no es cierto?... querrías volver con los tuyos.”

—No, —respondió Detchema—. Quiero quedarme contigo.

—No veo que por el momento puedas hacer otra cosa, a menos de morir de hambre en los *chang thangs*,¹ —replicó el jefe con una indiferencia afectada.

Pero su curiosidad no se conformaba con el mutismo de su compañera.

—¿Por qué has querido venir conmigo? —prosiguió él—. Tú no puedes amarme. Imagino que jamás me habías visto.

—Te había visto en mis sueños.

—Sí, tú lo dijiste: ¡Es a mí al que veas en tus sueños! ¿Qué sueños? ¿Me has visto soñando, mientras dormías?

—A veces; pero más a menudo te he visto estando despierta.

“Tú estabas a caballo, en medio del desierto, recto sobre tu silla, mirando a lo lejos cosas invisibles para mí. El deseo de correr hacia ti, me enloquecía... De

¹ Literalmente, “planicie septentrional”. Nombre de las extensas soledades del norte del Tibet, por extensión, todo vasto territorio inhabitado, o habitado solamente por pastores que viven bajo tiendas, y donde sólo hay hierbas.

pronto, me sentía alzada del suelo, arrojada sobre tu caballo y llevada al galope, a través de los *chang thangs* desiertos.

“A veces sucedía, también, que alguien me hablaba, la visión se desvanecía y me sentía extrañamente sola y vacía, disminuida de una parte de mí, que había partido con el jinete desaparecido.”

—¿Adónde pensabas que te llevaba en mi caballo?

—No pensaba nada. Que yo sepa, la carrera no tenía fin. No era más que el viento que me azotaba la cara, el ruido de piedras saltando bajo las patas del caballo, las montañas y los lagos que se precipitaban a nuestro encuentro y huían tras de nosotros, tu cuerpo que sentía caliente y duro bajo tu traje, y nuestros corazones golpeando.

Garab quedó pensativo.

—Yo soy solo, —dijo—, sin familia, sin mujer. Si tú quieres, puedes ser la mía. . . al menos por algún tiempo.

“Mi tienda es grande, tengo rebaños y servidores para cuidar el ganado. De aquí cinco o seis días, llegaremos al territorio de la tribu en que vivo.”

—Cinco o seis días. . . —repitió Detchema, soñadora—. ¿Y luego? . . .

—Después, te lo he dicho, permanecerás en mi tienda. Nada te faltará. El alimento es abundante, y no deberás trabajar.

—En mi casa también se come bien, y nunca he tenido que trabajar —declaró la joven con orgullo.

—¿Tus padres entonces son ricos? ¿Quién es tu padre?

—Ha muerto.

—¿Y tu madre?

—Vive con su hermano. Es dueña de tierras que arrienda y tiene dinero colocado en el comercio.

—Y tu tío ¿qué hace?

—Es comerciante.

—¿Dónde?

—En Dirgi.

Garab tuvo la sensación de que Detchema mentía.

—Los peregrinos con que viajabas, no venían de Dirgi
—repuso—. Eran mongoles.

—Sí, mongoles de Ta Kouré y de Alachan.

—¿Cómo estabas entonces con ellos?

—Los había encontrado.

—¿Y cómo te hallabas en la ruta por donde ellos pasaron?

—Yo viajaba con mercaderes.

—¡Con mercaderes!... ¡Tu madre y tu tío te permitían viajar con mercaderes!

—Yo me había fugado.

—¿Por qué?

—Te buscaba... Encontré a esos mercaderes cuando estaba ya lejos de Dirgi. Les dije que iba en peregrinación a Lasa con mi hermana, una religiosa que había muerto en camino, y que yo quería continuar sola el viaje, para dedicarlo al espíritu de mi hermana. Me ofrecieron llevarme con ellos, y me dejaron montar una de sus mulas. A lo largo del camino, yo miraba sin cesar en todas direcciones, esperando verte aparecer, como en mis visiones, pero esta vez, bien real.

“Después de algunos días de marcha, los hombres me dijeron, que yo debía ser la mujer de todos, hasta el fin del viaje, y durante la noche huí, llevándome una pequeña bolsa de *tsampa* (harina de cebada tostada) conmigo.

“Corrí para alejarme rápido del campamento. Permanecí oculta en un desfiladero, durante dos días. Luego, continué la marcha. Los mercaderes debían estar lejos, ya no temía ser recobrada por ellos. Erraba sin saber adónde iba, pero segura de que tarde o temprano te encontraría. No tenía más *tsampa* y pude desenterrar *toumas*,¹ y

¹ Touma: raíz comestible cuyo gusto se asemeja al de la castaña.

en las ciénagas que atravesé había algas buenas para comer... luego, ví venir la caravana. Repetí a los peregrinos lo que había contado a los mercaderes. Me dieron de comer y me llevaron. Y entonces, por fin, te encontré”.

“¿Qué hay de cierto en esta historia extravagante? —seguía pensando Garab—; quizá todo son embustes.” Se inclinaba a esta conclusión, pero se abstuvo de comunicarla a su amante. Si ella se empeñaba en ocultarle su identidad y el lugar de donde venía, él mismo no estaba muy deseoso de ser informado. Su ignorancia al respecto lo libraba de responsabilidad y evitaba enredos desagradables con la familia de la fugitiva, si por casualidad ésta era influyente y hallaba a Detchema con él.

Como permanecía silencioso, Detchema retomó la conversación.

—¿Qué harás cuando llegues a tu casa?

—Viviré como *dokpa* (pastor) hasta que otros negocios me soliciten.

—¿Negocios? ¿Se trata de comercio o *negocios* como el de ayer?

Garab se echó a reír.

—A veces unos, a veces otros. Tú me has visto en la empresa, entonces no tengo nada que explicarte. Soy jefe de *djagspas* (ladrones de los largos caminos). Esto no parece darte miedo.

—Yo te admiro —murmuró Detchema con fervor—. ¡Estabas tan hermoso cuando galopaste desde el desfiladero a la cabeza de tus hombres!

“Me llevarás contigo, ¿no es cierto?, cuando viajes por negocios...”

—¡Llévate! ¡Dónde has visto que los *djagspas* se embarquen con mujeres en sus expediciones! Esta es tarea de valientes; el lugar de las mujeres es en su casa. De aquí en cinco días, habrás visto la mía. Si te gusta, te quedarás, si no... buscarás otra.

Indicó con un gesto la inmensidad de las altiplanicies

y de los valles que se extendían más allá de las montañas que rodeaban el campamento.

—¡Cinco días! —repitió Detchema.

—¿Tú lo encuentras demasiado largo? ¿Estás fatigada?

—Jamás estoy fatigada —protestó la joven casi colérica—. Cinco días es demasiado poco. Ahora que te he hallado, hubiera querido no dejarte más, irme a caballo, junto a ti, lejos, muy lejos, durante días y meses, y acampar cada noche, bajo las estrellas, como lo hicimos ayer.

La voz de Detchema se había apagado y tenía de nuevo el acento apasionado con que la joven enamorada había descrito sus sueños, de vertiginosas cabalgatas, enlazada al héroe que esperaba.

La música acogedora de sus palabras, el recuerdo de las sensaciones voluptuosas de la noche anterior, renovaba el deseo de Garab. Los cuadros pintados por su amiga, tomaban vida en su imaginación, la veía cabalgando a su lado, día tras día, en las grandes soledades donde nada lo separaría de ella. Veía esas noches de campamento, bajo las estrellas, donde sería toda suya... El gusto de su carne le volvía a los labios y sus dedos ardían cuando recordaba el contacto de su cuerpo.

Llevar a su tienda a Detchema, "hacedora de dicha", sufrir la curiosidad y las preguntas de los pastores de la tribu y de sus propios servidores, ¿no sería romper el encanto, poner fin prematuramente a la maravillosa aventura que vivía desde la víspera? El joven jefe se daba cuenta vagamente, de que Detchema, en su tienda, cesaría de ser la Detchema hechicera que tuvo apretada en sus brazos. Había huído de los suyos, decía ella. Quizá ellos también habían querido aprisionarla en una morada: tienda o casa, y ella, el hada o la hija del demonio, no podía vivir más que libre en el espacio. ¡Detchema, Detchema, hacedora de dicha, qué milagro se alza en tu voz! Días y noches de amor a lo largo de las rutas, a través de las montañas. El alma de explorador que había en Ga-

rab, exultaba de entusiasmo. Era necesario que ese *espejismo* se hiciera realidad.

—Mis hombres me esperan —dijo, poniéndose de pie—, debemos tener un consejo, volveré junto a ti cuando quede libre.

Las discusiones comenzadas por la mañana, respecto al reparto del botín a negociar, habían sido interrumpidas a la hora de comer, sin que se hubiera tomado ninguna decisión. Como sus compañeros, Garab, no había sido capaz de hallar un plan enteramente satisfactorio. Pero, ahora, las ideas surgían en tropel sugeridas por los nuevos sentimientos que lo animaban.

¿Por qué, se decía, no ocuparse él mismo de la venta de las mercaderías robadas? Bastaría con algunos de sus hombres, transformados todos en mercaderes pacíficos, encaminarse a Lasa. Tan gran cantidad de comerciantes, provenientes de distintas regiones, llevaban ahí mercaderías de toda clase, que mezclados a esos cofrades, sus personas y transacciones no atraerían ninguna atención especial. Los precios que obtendrían de las cosas puestas en venta, serían también más remunerativos en Lasa que en otra parte. Así la prudencia, concordaba con el interés; sus camaradas aprobarían ciertamente su idea. Y si en ese viaje llevaba a Detchema, sería fácil hacerles comprender que la presencia de una mujer entre ellos, serviría para atestiguar que eran gentes pacíficas y honestas. Para acentuar más todavía el carácter respetable del grupo, ¿no podría contar él que su piadosa esposa aprovechaba la ocasión del viaje de negocios de su marido para ir en peregrinación a la ciudad santa?

Esta idea de un supuesto peregrinaje, retuvo el pensamiento del bandido, ¿Por qué no convertirlo en realidad?

Un temor supersticioso acababa de apoderarse de Garab. Era demasiado feliz. Durante los meses precedentes, muchas expediciones le habían sido grandemente prove-

chosas, y el valor del botín arrebatado la víspera, sobrepasaba en mucho a los anteriores. Luego la conquista de Detchema. Una suerte tan persistente, era un peligro para él. Era necesario que sacrificara voluntariamente, alguna cosa de su propiedad, en cuyo defecto, el sacrificio le sería impuesto por la suerte.¹ Lo golpearía alguna desgracia en sus bienes o en su persona. Su oficio, significaba buen número de riesgos; una bala podía herirlo mortalmente en un encuentro. O perdería a Detchema.

Viaje, noches de amor, conjurar la mala suerte, los celos de los dioses y la malignidad de los demonios, la expiación necesaria de los pecados acumulados durante diez años de bandidaje; estas ideas se arremolinaban en el cerebro del jefe, mientras se encaminaba lentamente al sitio donde debía tener lugar la discusión.

Como todos sus semejantes, Garab admitía sin sombra de duda, las fábulas y múltiples supersticiones que constituyen la religión de la mayoría de los tibetanos. Por lo general, no pensaba en ello, pero ahora esas ideas lo dominaban fuertemente.

—Camaradas, —comenzó después de sentarse sobre la hierba, junto a sus hombres—. ¿Habéis comprendido que ayer hemos pecado muy gravemente? Sin duda, nosotros no llevamos una vida buena, pero, hasta el presente, no habíamos atacado más que a comerciantes que buscaban enriquecerse. Nosotros teníamos el mismo deseo que ellos, teníamos el derecho de realizarlo.

“Lo que poseemos, no lo hemos robado solapadamente como flojos. Nos hemos batido, ha habido heridos entre nosotros y al pobre Tobdén lo mataron el año pasado.

“Tampoco somos avaros. No rehusamos jamás una limosna a los necesitados y subvenimos liberalmente a las necesidades de los miembros del clero que leen las Santas Escrituras y celebran los ritos religiosos en nuestros

¹ Esta creencia es general en el Tibet.

respectivos campamentos. Para abreviar, si no somos enteramente blancos, tampoco somos enteramente negros.

“Pero ayer se trataba de piadosos viajeros. Todo lo que ellos transportaban era destinado a ser ofrecido al Dalai Lama. En lo que concierne a los peregrinos, no los hemos molestado. La intención que tenían de ofrecer esos dones equivale al hecho de haberlos ofrecido realmente; las buenas consecuencias, en esta vida y en las que sigan, los méritos que han adquirido, serán idénticos, y, en consecuencia nuestras culpas hacia ellos son mínimas. Considerándolo bien, al acortar su viaje hasta les hemos evitado grandes fatigas; su salud será buena. Entonces no nos atormentemos el espíritu respecto a ellos.

“Lo que cuenta, es el botín que hemos tomado, todas esas cosas destinadas a un uso piadoso. ¿Vamos nosotros a venderlas y apropiarnos el producto? Eso sería robar a la religión, una falta muy grave. Confieso que me espanta; sus consecuencias en este mundo y en otros, pueden ser terribles.

“Pienso, también, que desde hace mucho tiempo, la buena suerte nos ha sido singularmente fiel”.

Pensando, sobre todo en sí mismo, Garab olvidaba los heridos y el muerto de las expediciones precedentes, y sus compañeros, también preocupados por su propia conveniencia, los olvidaban.

—Esta persistente buena suerte, me da miedo, —continuó el jefe—. Ustedes saben que atrae la desgracia. ¿Debemos desafiar a la suerte, beneficiándonos aún más con una ganancia considerable? ¿Qué piensan ustedes? Yo dudo que esto sea prudente. Creo que convendría hacer un sacrificio, renunciar a una parte de provecho, para asegurarnos mejor la posesión del resto, y salvaguardar nuestra seguridad.

“Por lo demás, he aquí que se nos ofrece una ocasión excepcional de borrar nuestros pecados pasados, y hasta de expiar de antemano los que cometeremos en el por-

venir, ofreciendo magníficos presentes al Dalai Lama. ¿Estaremos nuevamente provistos de tantas cosas elegidas con esa intención, para rendirle homenaje? ¿Por qué no aprovechar que están en nuestras manos, para reservar una parte como don eminentemente meritorio que nos valdría la bendición del Precioso Protector (el Dalai Lama), y su protección en nuestra peligrósa carrera?

“He dicho. Que cada uno reflexione y dé libremente su opinión.”

Garab tenía la palabra fácil, y entre los tibetanos, todos amantes de la elocuencia, es raro que un buen conversador no convenza a su auditorio. Ninguno de los que lo había escuchado soñó que tantas juiciosas reflexiones, incluyendo a la vez una provechosa prudencia en los asuntos de este mundo y el piadoso cuidado de la salud espiritual, hubieran surgido en el orador, mientras retozaba con su nueva amante. La sinceridad del jefe era real, y sus compañeros compartían sin restricción, los motivos de sus propuestas. Estas fueron adoptadas con entusiasmo. De los cincuenta y dos hombres que componían la banda, veinte fueron delegados para acompañar al jefe en su viaje. Al mismo tiempo, para su propio beneficio, encenderían las lámparas en los altares de las deidades, harían las genuflexiones requeridas y recibirían, por poder, la bendición del Dalai Lama para los camaradas que volvieran a casa. El mérito sería igual para todos, y también las ganancias de la venta. Todos perfectamente satisfechos, aquellos que partían para Lasa cambiaron sus rústicas ropas de piel de oveja por otras de tela robadas a los peregrinos, se pusieron gorros con orejeras, guarnecidos de piel, algunos ornados con galón de oro, calzaron las mejores botas que pudieron hallar en el botín y en un abrir y cerrar de ojos, tuvieron el aspecto de mercaderes ricos. Cada uno de ellos, bien armado, además, se sentía listo para defender valientemente sus bienes, si por casualidad algunos malandrines pusieran cara de co-

diciarlos muy de cerca. Al cambio de su apariencia exterior y al objeto de su cabalgata, había correspondido, de pronto, una transformación de sus sentimientos íntimos. Un alma de mercader, rapaz y devota, habitaba ahora en cada uno de ellos, y miraban de arriba a abajo, con un alejamiento instintivo, a los camaradas que habían quedado en traje de pastores-exploradores, como si hubieran pertenecido a una casta diferente de la suya y un poco despreciable.

—Detchema, sólo tenemos un día para pasar acá, el tiempo de hacer algunos preparativos. Pasado mañana antes del alba, levantaremos el campo.

—Y en cinco días estarás en tu casa —comentó la joven.

—Quién sabe. . . —respondió evasivamente Garab—. Mira lo que te traigo. —Desplegó un traje de seda roja.

—¿Son de tu gusto? —preguntó. Y antes que su amiga hubiera podido responder, agregó: —hay mejores todavía—. De la bolsa (amphag) que forma sobre el pecho el largo ropón de los tibetanos, ceñido por un cinturón, sacó un largo collar de ágata y coral, y uno de esos relicarios que llevan como un ornamento, suspendido del cuello. Era de oro, guarnecido de turquesas.

—¿Estás contenta? —preguntó de nuevo.”

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó Detchema transportada de alegría.

—Otra sorpresa te espera todavía —repuso alegremente Garab—, pero está reservada para pasado mañana. —Comieron juntos al atardecer. Detchema no se cansaba de mirar y de tocar sus joyas y su bello vestido; soñaba con la sorpresa prometida. ¿Qué sería? ¿Le obsequiaría otras joyas, seda de la china para hacerse un vestido aún más bello que el que le había dado, o una mula de buen paso? Llegó la noche, la feérica procesión de las estrellas iluminó el cielo. Detchema sintió los cálidos labios del jefe posarse sobre los suyos; todas las cosas del mundo

se desvanecieron de su espíritu. Ella y él, no fueron más que un mismo deseo ardiente.

En la frescura que precede a la aurora, caballos y mulas piafaban y sacudían sus cencerros, listos a ponerse en marcha. Los hombres que iban a separarse, se despedían cambiando estrepitosamente los múltiples augurios de uso en el Tibet. Detchema montaba cerca de Garab, en el grupo de los pseudo-trafficantes.

—¡En camino! —gritó el jefe, e inclinándose hacia su amiga—: Detchema —dijo muy bajo—, la sorpresa prometida: vamos a Lasa. ∴ más de un mes de viaje. ¿Eres feliz, bien amada?— Una alegría sin límites invadió a la muchacha. Tembló violentamente y su mano dio una sacudida tan brusca a las riendas, que su montura tuvo un sobresalto. Detchema perdía el equilibrio, cuando Garab la asió vigorosamente por el talle, manteniéndola en la silla. Calmada rápidamente la mula, de temperamento pacífico, tomó en seguida su andar tranquilo, pero el bello aventurero no retiró el brazo que rodeaba a su amante, y cabalgando unidos el uno al otro, durante un largo rato, se encaminaron hacia su extraño destino.

• • •

CAPÍTULO II

La juventud de un gran jefe de bandidos. — El hijo de un dios.

El origen del bello caballero que iba a la cabeza de su caravana con una sonrisa triunfante en los labios, era a la vez muy humilde y singularmente romántico. Su difunta madre había sido la criada-esclava¹ de un opulento terrateniente, Lagspa, y en cuanto a su padre, nadie, ni siquiera la mujer que lo había concebido a él, sabía algo.

Lagspa, el rico, veía crecer sus bienes y gozaba de su prosperidad, pero por otra parte, la esterilidad de su esposa Tchösdön lo afligía mucho. Había ya gastado sumas considerables en ofrendas a los dioses, en donaciones a los monasterios y en limosnas, cuando un asceta de paso le aconsejó hacer, con su mujer, una peregrinación al lugar más santo de la tierra: el Khang-Tisé,² asegurándole que era un medio seguro de obtener un heredero. El asceta viajero tenía un aspecto imponente, hablaba con aplomo, y Lagspa quiso seguir su consejo. Sin embargo, desde los alrededores de Hor Kanzé, donde vivía, hasta la montaña sagrada, el camino es largo, hay que atravesar el Tibet de un extremo a otro. Pero el deseo

¹ Existe todavía en el Tibet, una esclavitud muy liviana.

² La montaña al sudoeste del Tibet, que los hindúes llaman Kailas y tienen por morada del dios Siva y su esposa Parvati. Es un lugar de peregrinación para tibetanos e hindúes. Numerosos ermitaños viven en sus laderas.

de tener un hijo prevaleció en los esposos, sobre todas las otras consideraciones respecto a la longitud y dificultades del viaje. Se pusieron en camino, acompañados por tres servidores y Niérki, una joven criada-esclava al servicio particular de Tchösdön.

Animados por una profunda fe, los esposos multiplicaron las prácticas devotas en los templos cercanos a la montaña. Dieron también la vuelta a ésta, deteniéndose en cavernas que las leyendas decían haber sido visitadas por los dioses o habitadas por santos hermitaños, esperando la aparición milagrosa de alguno de éstos que les anunciara que sus votos serían otorgados.

El fervor de los cuatro servidores no difería del de sus amos, aunque no tuvieran que solicitar una gracia del mismo género, pues cada uno de los tres hombres era padre, y la joven Niérki aún no estaba casada. Ellos también quemaban varillas de incienso, encendían lámparas y pasaban horas en las grutas sagradas, recitando mil y mil veces: *Aum maní padmé hum*.

Debidamente cumplidas todas las devociones prescriptas, Lagspa, Tchösdön y su séquito, emprendieron el camino de regreso. Habían recorrido casi la mitad del camino, cuando Tchösdön anunció a su marido, que sin ninguna duda, el milagro se había producido: iba a ser madre. El milagro, además, había sido doble, porque poco después, Niérki se apercibió que ella también estaba encinta.

El embarazo de Tchösdön se explicaba muy naturalmente, pero el de su criada estaba rodeado de misterio. Los tres domésticos, hombres honestos y veraces, negaron enérgicamente y Niérki confirmó sus palabras.

Acosada a preguntas por sus amos, contó una historia extraordinaria. Se había quedado dormida una noche, en una de las cavernas, mientras repetía el *maní*.¹ El contacto

¹ La fórmula *Aum maní padmé hum*.

de manos que la tocaban, la había despertado, y había visto acostado junto a ella, al Gran Dios del Khang-Tisé. Estaba casi desnudo, una piel de tigre rodeaba su cintura, su cara era pálida como la luna, y un collar de gruesas semillas de *roudrach*¹ caía sobre su pecho. El terror y la adoración que se mezclaron en ella, la paralizaron. Aunque hubiera querido, no habría podido llamar, ni huir; ¿acaso sueña uno en resistir a un dios?

Lagspa era devoto, pasablemente crédulo, hubiera aceptado de buen grado que un dios aureolado de luz, se hubiera aparecido a su esposa, o a él, para anunciarles, que por efecto de su poder, su unión sería fecunda. Pero que un dios se hubiera ocupado de proveer a una chica virgen de un hijo, le parecía un milagro sospechoso. Ciertamente es que tales hechos se narran en leyendas venerables y prefería no ponerlo en duda, pero esos prodigios databan de épocas muy lejanas y apenas admitía que pudieran repetirse en nuestros días, y con su sirvienta.

La chica sin embargo, había sido siempre juiciosa, y parecía sinceramente convencida de lo que contaba. Su relato debía ser cierto. Sólo que en lugar del Gran Dios de Kailas que adoraban los hindúes, el escéptico y razonable Lagspa, veía a uno de los fieles de ese dios: uno de esos yoguis que envuelven su desnudez en pieles de tigre o de leopardo, llevan collares de *roudrachs* y se cubren la cara de ceniza, lo que los hace "blancos como la luna" y muy parecidos a su dios, tal como está pintado en las imágenes.

La inocente Niérki había sido engañada por uno de esos lúbricos seudosantos hombres que frecuentan los

¹ Las *roudrachs*, son semillas de árbol consagradas a Siva. Los ascetas sivaístas llevan collares hechos con esas semillas enhebradas. En las leyendas e imágenes populares el dios Siva se presenta de color muy blanco, llevando un collar de *roudrachs* y ceñido por una piel de tigre.

cementerios, comen la carne de los cadáveres y se dedican a las más abyectas prácticas. ¿Habría que decirselo? ¿Ensuciar su mente que seguía pura, y sustituir con la vergüenza y el remordimiento, el sueño infantil en que se mecía? Lagspa, un hombre excelente, creyó que sería hacerle mal. Fingió aceptar la historia de la paternidad sobrenatural y habló con medias palabras a sus domésticos, recomendándoles no divulgar nada de ese misterio, y decir en cambio, que Niérki se había casado y su marido muerto poco después de su boda. Los tres hombres prometieron obedecer sus órdenes, no sin pensar que el padre del niño por nacer, podía ser muy bien su patrón, que en su deseo de tener un hijo, había cuidado de multiplicar sus probabilidades.

En cuanto a Niérki, le fue severamente prohibido mencionar jamás su noche de amor con un dios. Ella también debía repetir que había quedado viuda, poco después de su casamiento. Pero, en casa de Lagspa, y, en el vecindario, todos compartirían la creencia de los tres criados en cuanto a la paternidad del rico propietario.

Poco después de su regreso a casa, las dos mujeres con pocos días de intervalo, dieron a luz cada una a un varón. Lagspa eligió para el hijo de su criada, el nombre de Garab ("alegría perfecta" o "completamente feliz"), como de buen augurio, y pensando que daría suerte al pobre niño privado de padre.

En la infancia de Garab no hubo ningún suceso notable. De la misma edad que el hijo del patrón, fue, al principio su compañero de juegos, y luego, un poco su compañero de estudios, cuando Lagspa contrató un guía espiritual,¹ que debía unir a sus funciones religiosas, la de preceptor.

¹ Es costumbre en el Tibet, que las personas acomodadas mantengan en su casa un *amtchod*, que lee cotidianamente los libros santos o procede a ciertas ceremonias rituales.

Garab supo leer, escribir y hacer cuentas, mucho más rápidamente que su condiscípulo. Por lo demás era superior en todo: en belleza, en fuerza física, en destreza e inteligencia, y Lagspa, a pesar de su bondad natural y el interés que ponía en el niño sin padre, terminó por inquietarse. ¡Ese hijo de esclava eclipsaba a su heredero! Le suprimió las horas de estudio y lo envió a trabajar al campo; pero ya Garab había aprendido todo lo que su maestro era capaz de enseñar: poca cosa.

Además, desde temprano, Garab había demostrado tendencia a la violencia, una obstinación y una fiera intransigentes, que no estaban de acuerdo con su condición de hijo de esclava, siendo esclavo él mismo, y perteneciendo a un amo que podía emplearlo a su gusto.¹

Muchas veces había interrogado a su madre, respecto de su padre, y ésta obediente, había repetido lo que se le había ordenado decir: que era viuda. Sin embargo, al crecer, descubrió observaciones concernientes a él y que se ajustaban con la benevolencia particular que Lagspa le demostraba, e interrogó de nuevo a Niérki, abordando brutalmente la cuestión.

—Tú no eres viuda, es un embuste. Mi padre es Lagspa, ¿no es cierto? Entonces, si tú eres su segunda mujer² y yo su hijo, ¿por qué vivimos en el alojamiento de los sirvientes, en lugar de habitar en su casa, con su primera mujer y mi hermano?

La pobre Niérki, alarmada por la audacia del muchacho, no pudo seguir callando. Le contó la maravillosa aventura que le había acontecido al pie de la montaña santa. No, él no era hijo del amo, y no tenía ningún derecho a vivir en su casa, y su padre sobrepasaba, en nobleza y en poder, al rico Lagspa. Su padre era el Gran Dios de Kailas.

¹ El amo no tiene derecho a venderlo. La esclava y sus descendientes, permanecen unidos a la familia a que pertenecen.

² La poligamia es permitida y legal en el Tibet.

De toda esta llorosa confesión, Garab sólo había entendido una cosa: no era hijo del amo. En cuanto a serlo de un dios, se reía de ese cuento. Su madre, pensaba, debía tener la mente un poco trastornada.

Garab acababa de cumplir diez y ocho años, cuando murió su madre. Al día siguiente de los funerales subió a la cámara del amo, y sin preámbulos, le preguntó:

—¿Yo soy su hijo, como todos suponen? En ese caso sería honesto decírmelo, ¿no cree usted? Y darme, cerca de usted el lugar de un hijo, o bien ayudarme para crearme fuera de aquí, una situación conveniente. No tengo ningún deseo de permanecer sirviente.

El tono atrevido del muchacho, desagradó a Lagspa.

—Tú no eres mi hijo —respondió fríamente—, y no te debo nada. ¿Tu madre te dijo que había sido mi amante?

—No, ella me contó una absurda historia de un dios.

—Esa historia era para ella un hecho real. Pecarías contra su memoria si concibieras una mala opinión de ella.

Y le narró en detalle, todos los episodios del peregrinaje al Khang-Tisé y sus propias deducciones en cuanto a la personalidad del hombre que lo había engendrado.

—Y ahora que conoces lo que concierne a tu origen —concluyó—, recuerda que siempre te he tratado bien. Quiero continuar haciéndolo, pero tú deberás también recordar que tu madre no era una mujer libre. Ella pertenecía a mi casa, como sus padres habían pertenecido a los míos, y tú, eres mío. No te forjes ideas locas. Tú no tienes que ir afuera, ni crearte una situación. Tú debes permanecer aquí y cumplir de buena gana las tareas que te sean asignadas. No tendrás que temer el hambre; estarás vestido como es debido, y tendrás un refugio asegurado para tu vejez.

Cuando se calló el amo, Garab dejó la cámara sin saludar.

“Decididamente, es necesario un escarmiento —pensó Lagspa—. Este muchacho se vuelve insolente. Tiene que

ser domado; una ligera paliza, administrada en público, tal vez sea lo indicado. Mañana lo pensaré.”

Pero al día siguiente, al despertarse, Lagspa encontró una nota lacónica pegada a la puerta de su cámara.

“Tío Lagspa ¹ —había escrito Garab—, mis ideas difieren demasiado de las tuyas, para que yo pueda continuar junto a usted. El trabajo merece salario. Mi madre le sirvió toda su vida, y supe por usted que sus padres habían igualmente servido a los suyos. En cuanto a mí, le he sido útil más de una vez. Permita entonces, que yo me retribuya, y al mismo tiempo, retribuya débilmente la labor de los míos, ya que su padre y usted han omitido hacerlo.” Garab había partido durante la noche, sobre el mejor caballo de su amo, con dos grandes sacos de víveres suspendidos de la silla.

Cuando salió el sol, el fugitivo ya estaba lejos. La jornada se anunciaba bella y cálida, un aire de alegría estaba esparcido sobre las cosas y Garab se sentía invadir de una felicidad que no había conocido antes. ¡Era libre! ¡Terminadas las tareas fastidiosas, la sumisión, ser instrumento de otro! Garab aspiraba el aire vivificante de las altas regiones, se embriagaba dilatando el pecho, paseando sobre el paisaje cercano, una mirada de conquistador.

Por el momento no tenía ningún fin, no había hecho planes. Su fuga, aunque preparada desde largo tiempo en las tinieblas de su subconsciente, fue de hecho, un acto impulsivo. Permanecía indeciso en cuanto a la conducta que debía seguir.

Durante toda la noche no había soñado mas que en la necesidad de poner rápidamente la mayor distancia posible entre él y la casa de Lagspa. Esta necesidad subsistía, pero era libre de elegir la dirección en que se alejaría. Garab reflexionaba: ¿Qué pensaría Lagspa? Evidentemen-

¹ Tío, *akon*: un término cortés, pero familiar muy empleado en el Tibet y que no denota necesariamente un verdadero parentesco.

te, imaginaría que el hijo de su difunta esclava, desprovisto de dinero, se desharía enseguida del valioso caballo robado. Y para venderlo lo más ventajosamente posible y fuera del alcance de su dueño, llegaría a un gran centro chino. Garab había frecuentado soldados chinos acantonados en la región y con ellos había aprendido suficientemente su lengua, para poder salir del paso sin intérprete, en toda circunstancia que no exigiera un vocabulario importante. Lagspa lo sabía, y Garab dedujo que lo haría buscar en la gran ruta de Dartsido.¹ Entonces, era preciso que tomara otra dirección. Ya decidido, entró en el primer sendero que halló hacia el norte, a través de los bosques. Carecía de dinero, pero el contenido de los grandes sacos que había llenado de carne seca (*tsampa*), de manteca y de té aseguraban su alimentación durante varias semanas. Tenía tiempo por delante, y más valía emplear su caballo en adelantar camino, que en venderlo.

Pasaron los días, Garab cabalgaba por las montañas saboreando a gusto la dicha totalmente nueva para él, de una completa libertad. En los claros o pasturas desiertas, la hierba en esta estación era abundante y su caballo encontraba donde pastar ampliamente.

Este caballo, una soberbia bestia negra, no tenía más que cuatro años: había nacido en lo de Lagspa. Cuando Nagpo —éste era el nombre del caballo— no era más que un potrillo turbulento, y Garab un pilluelo fogoso, los dos a menudo habían retozado juntos en las praderas. Garab no era un sentimental, sin embargo sentía un vago deseo de amar y ser amado, que no era satisfecho con nadie de los que lo rodeaban. Su madre, una simple y tímida criatura de espíritu limitado, lo amaba ciertamente, pero jamás se lo había demostrado con mimos o

¹ Nombre tibetano local de la ciudad llamada Tachienlu en los mapas, en el extremo Oeste de Szetchouan.

dulces palabras, a las que el niño aspiraba inconscientemente. Lagspa era un amo benévolo, pero distante, y su hijo un compañero de juego algo egoísta. Nagpo, que venía hacia él relinchando y frotaba su belfo contra su pecho, daba a Garab la impresión de un afecto más vivo, más cálido, que llegaba al fondo de su ser y rozaba cuerdas que los otros no sabían vibrar. Una especie de amistad se había creado entre el muchacho y el potro, y la soledad la estrechaba. ¡Vender Nagpo! Tenía una penosa sensación cuando lo pensaba. Le había sucedido, despertar en la noche, e ir a abrazar la cabeza de su compañero atado cerca de él en alguna espesura que ocultaba a ambos.

Pero, ¿qué haría una vez agotados los víveres? No se pide limosna montado en un caballo de gran precio. Y ¿dónde lo llevaba ese sendero? Después de dejar el gran camino, solo había encontrado dos caseríos ínfimos que había evitado pasando por el bosque.

Desde un principio había descartado la idea de volver a ser criado. La venta de Nagpo podía ponerle en mano una suma bastante fuerte como para emprender un pequeño comercio, o asociarse con un mercader ya establecido. Pero su decisión fue no separarse de Nagpo. ¿Entonces?...

Turbada su alegría por esas preocupaciones, Garab continuaba marchando sin propósito, cuando al atravesar alturas desiertas, percibió a lo lejos un grupo de seis jinetes armados y sin bagajes, que avanzaban en su dirección. No había duda posible: eran bandoleros. El lugar no ofrecía ningún refugio para ocultarse; y ya había sido visto, los bandidos apuraban el paso de sus caballos. Garab detuvo el suyo.

Tuvo una súbita inspiración. En esos jinetes veía el destino que lo reclamaba. Con el corazón latiendo precipitadamente, pero aparentemente calmo, bien afirmado

en su montura, sonriendo apenas, y vagamente altanero, esperó.

—¡Pie a tierra!... Entrega tu caballo y no trates de esconder tu dinero —exclamaron los bandidos llegando junto a él.

La sonrisa de Garab se volvió maliciosa.

—Mi caballo les será más útil si yo lo monto —respondió—. No tengo dinero, pero cuento con tenerlo pronto. ¿Comprenden, camaradas? —Y mirando de hito en hito a los seis, agregó—: Yo los buscaba.

Los bandidos quedaron estupefactos. ¿Quién era este raro viajero?

—¿De dónde vienes? —preguntó uno de ellos.

—Entre "bravos" se evitan las preguntas —replicó tranquilamente Garab.

—¿Ese caballo es tuyo?

—Como los de ustedes son suyos, puesto que los montan.

—¿Lo has robado?

—Digamos ganado, o prestado, como ustedes quieran. Los palurdos reventaron de risa.

—Tú parece divertido —dijo el que parecía el jefe—. ¿Dijiste que nos buscabas?

—Acabo de decirles que quiero hacer fortuna. Busco camaradas audaces. No sé si eso son ustedes...

—Tú eres grande y fuerte, pero todavía muy joven. ¿Has tomado parte ya en expediciones?

—Ustedes juzgarán cuando me vean trabajar.

—¿Qué?... Quieres ser de los nuestros... ¡Un desconocido!

—Podemos entrar en relaciones y hablar de negocios. Tengo té de primera clase. Encendamos el fuego, sentémonos y bebamos. Probablemente nos vendrán buenas ideas.

Los bandidos estaban subyugados por esa audacia y tranquilidad. El viajero, pensaban, debía provenir de una

banda que operaba en otra región, que se había dispersado después de una derrota, o por otras razones. Era verdaderamente, de la semilla de un pillastre de alto vuelo.

Garab supo hacerse valer en la conversación que siguió, eludiendo hábilmente las preguntas relativas a su persona y a sus aventuras. Estos que había encontrado no eran más que mediocres asaltantes de viajeros; su opaca inteligencia no podía medirse con probabilidad de éxito, con la de Garab. Finalmente lo invitaron a ser uno de ellos.

Garab aceptó. Conservaba a Nagpo, y pensando "ganar" o "tomar un préstamo" para comenzar su fortuna, uno de los bandidos le ofreció un albergue con él, en una aldea de la montaña.

La rapidez inusitada de la decisión de los bandidos respecto a Garab, provenía de que planeaban el ataque a una caravana que debía pasar sobre la ruta, seis o siete días después. El asunto era riesgoso. Los mercaderes y sus servidores serían numerosos y bien armados. La banda sólo contaba con once miembros. Un duodécimo, bravo y resuelto, como parecía ser el desconocido, los reforzaría.

Algunos días después, Garab debutaba brillantemente en una carrera que tal vez no había elegido deliberadamente, pero que aceptaba sin repugnancia, el corazón liviano y casi gozoso. Pronto iba a ilustrarse sobre su peligroso oficio.

Tres ataques, coronados por el éxito, en los que participó, le hicieron obtener pequeños beneficios, que aprovechó para pedir amistosamente licencia a sus primeros compañeros de armas. Aunque estos no hubieran sospechado jamás su verdadera identidad, prefería alejarse más del país donde había pasado su juventud. En esta época operaban bandas numerosas y bien armadas

en la región cercana a las fuentes del río Amarillo. Garab se dirigió hacia allá.

Terminó por vencer la desconfianza de los pastores-bandidos, y establecerse entre ellos.

Durante tres años, hizo campañas en las soledades del Tibet septentrional, que entonces atravesaban las ricas caravanas de peregrinos mongoles y mercaderes chinos. Su bravura y destreza lo pusieron en evidencia. Sus posesiones crecieron; tuvo sus tiendas en el campamento y rebaños en las pasturas.

Luego, un día, unos bandidos se enfrentaron con una resistencia mayor de lo que habían previsto. Dos caravanas se habían unido para atravesar la zona peligrosa. Había buenos tiradores entre los viajeros; cuatro bandidos murieron, otros heridos, y su jefe cayó del caballo mortalmente herido. El pánico cundió entre los malandrines.

Se batían precipitadamente en retirada, cuando Garab alcanzó al galope a los fugitivos, y les cerró el camino. Con gestos vehementes les mostró el botín a que renunciaban, avivando su codicia, azotándolos con una serie de injurias, ridiculizando cruelmente su cobardía, provocándolos y finalmente los volvió, rabiosos, al combate.

Los hombres de la caravana no pudieron esta vez sostener el choque de esta horda endemoniada. Victoria y botín pasaron a manos de los asaltantes. Al día siguiente, después de haber tenido consejo, por unanimidad eligieron a Garab para reemplazar a su jefe muerto en la batalla.

• • •

CAPÍTULO III.

Peregrinaje de bandidos a Lasa. — Junto al Omnisciente.
Con el vidente. — El pasado de una visionaria.

Ahí estaba Lasa, recostada en la llanura, al pie del Potala, que alzaba hacia las nubes la masa abrupta de su palacio-fortaleza, cubierto de techos de oro.

Ningún viajero tibetano llega a la ciudad santa, sin experimentar un sentimiento profundo de respetuoso fervor. La ciudad misteriosa y huraña, tanto tiempo inviolada, bajo la protección de los más altos montes del mundo, es, para millones de asiáticos, lo que para los místicos de otras razas son Roma, Jerusalén o La Meca, y algo más todavía. Mientras el carácter sagrado de las otras ciudades santas, se debe a hechos históricos, el de Lasa proviene de causas ocultas. Esta "tierra de los Dioses"¹ se baña en una atmósfera especial, y un mundo diferente del que perciben nuestros sentidos ordinarios. Desde las montañas desnudas que encuadran el inmenso valle, donde la multitud de casas bajas y blancas, parece una muchedumbre arrodillada en la plegaria, descienden y flotan singulares ráfagas, que envuelven insidiosamente seres y cosas, penetrándolas, remodelándolas, prestándoles un alma o aspecto nuevo, por algunas horas, o por siglos. Lasa no es un lugar donde suceden prodigios: Lasa es un prodigio.

¹ Lha: sa: tierra.

Garab y sus compañeros entraron en Lasa, e inmediatamente embargados por la influencia del ambiente, como se viste una nueva vestidura, revistieron nuevas personalidades. No eran ya groseros bandidos, cargados de los despojos de sus víctimas, sino graves mercaderes, piadosamente emocionados, que desfilaban, en busca de un albergue, por las calles de la capital tibetana.

Salvo en la época de las grandes fiestas, durante el primer mes del año,¹ no faltaban alojamientos vacíos en Lasa, y cuando se presentaban viajeros bien vestidos, montando buenos animales, y llevando bolsas de mercancías, no faltan los posaderos al acecho de clientes. Garab y los suyos estuvieron pronto instalados en las afueras de la ciudad, en una casa provista de un vasto patio y una gran caballeriza. Como medida de prudencia, aquellos que representaban el papel de domésticos, se alojaron en un edificio contiguo a ella. Estos caballeros de los grandes caminos, no pensaban dar a los merodeadores locales la menor ocasión de robar las bestias "adquiridas" por ellos. Algunos otros, cuyo buen aspecto había hecho que llenaran los roles superiores de asociados del mercader, de contador y secretario, tendrían una cámara común en el piso alto, y el gran negociante Garab, con su esposa, ocuparían una cámara particular.

Al día siguiente de su llegada, toda la banda descansó. Garab hizo traer una comida sustanciosa, con tanto aguardiente como era necesario para rociarla convenientemente, pero no tanto que oscureciera la lucidez de sus compañeros. Se trataba de estar en guardia, una palabra imprudente podía tener las peores consecuencias. Desde que los mandaba, Garab había adquirido un ascendiente considerable sobre sus hombres. Estos le reconocían una inteligencia superior, y la experiencia les

¹ El primer mes del calendario tibetano, comienza en fecha variable, según la faz de la luna, durante nuestro mes de febrero.

había demostrado que provecho y seguridad recompensaban la obediencia a órdenes siempre justificadas. Ahora, Garab decidió que en Lasa, serían sobrios, sin exceso de austeridad, que nadie vagaría de noche por la ciudad, que los "domésticos" montarían guardia vigilante sobre las mercancías, y que, además, todos mostrarían una piedad sin exageración, de buena ley, como corresponde a traficantes honestos y prósperos.

Las noticias circularon rápido; en Lasa, la gente es habladora. Garab y los suyos no habían pasado todavía una jornada, cuando, a la mañana siguiente, los saludó mientras desayunaban, una estrepitosa serenata de voces discordantes ante su puerta. Eran los *rogyapas*, que conforme a una vieja costumbre, venían a reclamar la tasa que ellos descuentan a todos los viajeros de alguna importancia que llegan a Lasa. ¹

Estos *rogyapas*, forman una casta considerada impura. Les está prohibido habitar en la ciudad misma y entrar en la morada de gentes de condición honorable. Sus principales funciones consisten en quitar los cadáveres de animales muertos, en transportar los de los humanos al lugar donde deben ser despedazados, para ser entregados a los buitres y en hacerse cargo de ese despedazamiento. La insolencia, hoy algo disminuida de los miembros de esta casta, antiguamente pasaba todos los límites. Los viajeros que rehusaban ceder a sus exigencias, se veían perseguidos por bandas de estos groseros individuos, insultados y hasta asaltados y maltratados por ellos cada vez que aparecían en las calles, y se encontraban así obligados a ceder ante esa chusma, o a dejar la ciudad.

¹ La misma costumbre existe en Jigatzé. La autora fue gratificada con una serenata de ese género durante su estadía en esa ciudad. Ella escapó porque viajaba entonces bajo el disfraz de una peregrina mendicante: Ver *Viaje de una parisièn a Lasa*.

Garab, bien informado al respecto, se apresuró a entregar a esos vergonzantes una suma suficiente para conformarlos, pero no para admirarlos con un exceso de generosidad capaz de atraer su atención sobre él. El concierto de clamores cesó enseguida y los *rogyapas* se retiraron.

En el curso de la misma mañana, el "secretario" inició los trámites necesarios para obtener una audiencia del Dalai Lama.

Cuando un grupo formado por gran número de peregrinos llega a Lasa, es costumbre que el Lama-Rey los reciba en audiencia solemne. Sentado, las piernas cruzadas, sobre un trono muy alto, está rodeado por su corte: los miembros de su consejo, los "*chapés*"¹ sentados sobre tapices, quedando de pie los otros dignatarios, funcionarios, guardias de corps y los servidores.

A menudo, un número más o menos considerable de fieles, reúnen por cotización la suma necesaria para obtener una audiencia. Nadie es admitido gratuitamente a esas recepciones. El pedido de audiencia se hace entonces a nombre del que ha entregado la suma más fuerte, y que puede hacerse acompañar por un número indefinido de parientes, amigos, y hasta desconocidos. Sucede frecuentemente, que peregrinos indigentes, al acecho de un grupo que llega a una de esas audiencias, reciben permiso de agregarse, deslizando simplemente una moneda de ínfimo valor en la mano del jefe. En este caso, la ofrenda es depositada en conjunto, al pie del trono por el principal donante, que marcha a la cabeza del desfile. Tras él, sus compañeros siguen en fila india, deteniéndose cada uno de ellos, con la cabeza inclinada y las manos unidas ante el Dalai Lama que

¹ Literalmente: "pies-lotos". Aquellos cuyos pies son semejantes al loto. Es un título honorífico.

les roza la cabeza con cintas de colores atadas a una varilla.

Se dice que el fluido bienhechor que emana del Dalai Lama, corre a lo largo del mango que tiene en su mano, de las cintas, y penetra en el individuo tocado así.

La ceremonia es la misma cuando se trata de peregrinos que aportan dones individuales más considerables. Cada uno de ellos, entonces, deposita su ofrenda ante el trono, mientras los secretarios y contadores toman nota inmediatamente del dinero y objetos ofrecidos.

Existe otra clase de audiencia, menos pomposa pero más estimada, que se reserva a las personalidades de nota y a los donantes excepcionalmente generosos. En tibetano, esta audiencia es llamada *zimetchoung*, es decir "cámara", porque los visitantes son recibidos en el departamento privado del Dalai Lama.¹

Garab, tanto por prudencia como por vanidad, hizo solicitar el favor de una entrevista de este género. Temía mezclarse en una multitud y ser reconocidos. La audiencia privada no presentaba riesgos, transcurría en una especie de intimidad; el Dalai Lama sólo tenía a su lado dos o tres de sus familiares, y era seguro que ninguno de ellos había visto a Garab, o a alguno de sus hombres. Además la arrogancia del jefe de bandidos, hijo de padre desconocido y de una criada-esclava, hallaba satisfacción en esta recepción menos banal que el desfile en rebaño de los fieles comunes.

El hombre que Garab había hecho su secretario, era un bribón astuto, que poseía rudimentos de instrucción que le permitían leer o escribir algunas palabras si era necesario. Pasó hábilmente ante el sub-chambelán encargado de examinar las demandas de recepciones privadas,

¹ Sucede lo mismo en Jigatzé, junto al Pentchén Lama (Tachi Lama). Al último de los Pentchén Lama, lo conoció la autora personalmente, y murió en 1937.

sin insistir demasiado en la identidad de su patrón: un mercader acomodado, establecido en la frontera china, dijo él, y entró inmediatamente en la enumeración de los presentes que se disponía a ofrecer en testimonio de veneración y a fin de obtener la bendición del Precioso Protector, para sí, para sus empleados presentes en Lasa, y los que permanecieron en el lugar de sus negocios.

Del mismo modo que uno no se presenta con las manos vacías ante los grandes lamas, tampoco es posible acercarse a sus chambelanes sin estar munidos de obsequios, y para llegar hasta los chambelanes, es igualmente indispensable mostrarse generoso con los personajes de diversos rangos.

El "secretario" no ignoraba esta costumbre, y la satisfizo liberalmente, por lo cual no halló ninguna dificultad en el cumplimiento de su misión. La audiencia fue fijada para ocho días después: una fecha propicia, el 15 del mes lunar, día de la luna llena.

En ese intervalo, Garab y sus hombres se ocuparon de la venta del botín, conservando sólo sus monturas y las mulas necesarias para transportar el bagaje durante el viaje de vuelta. Tuvieron suerte en los negocios y liquidaron todo a precios ventajosos hasta para verdaderos comerciantes. La bendición del Dalai Lama operaba de antemano.

En el día fijado, desde la mañana, Garab y sus hombres hicieron lo que consideraban una toilette excepcional: se lavaron la cara y las manos, luego vistieron las más bellas ropas robadas a los peregrinos. Algunos se colgaron un aro de su oreja derecha, otros se pusieron un grueso anillo de jade en el índice. En fin, llegada la hora, todos con perfecto recogimiento y compenetrados de la gravedad de sus actos, partieron para Norbouling, la residen-

cia habitual del Dalai Lama, fuera de la ciudad, entre jardines. ¹

Detchema, de brocato azul pavo real, adornada con todas las joyas que Garab había guardado como su parte del botín, cabalgaba con los ojos bajos, modesta y púdica, junto a su "esposo".

En Norbouling, el grupo de malandrines agrupado en un rincón de los jardines, esperó largo tiempo antes de ser introducido junto al Dalai Lama. El piadoso recogimiento de los visitantes, se disipaba poco a poco, y un sentimiento de temor se hacía dueño de ellos.

Se hallaban en el antro del león. El Precioso Protector, el Omnisciente, ² podía, a la menor sospecha de su impostura hacerlos torturar a todos y ejecutar. Al mismo tiempo que la encarnación del más que divino Tchen-ré-zigs, cuya bondad es infinita, es el soberano temporal absoluto del Tibet.

Garab sentía el miedo rondar alrededor de sus camaradas. Que uno solo de ellos llegara a perder su sangre fría, podía traicionarse y perderlos a todos.

—Nos retienen demasiado tiempo acá —acababa de decir uno de los hombres.

Simulando por sus gestos que conversaba con ellos sobre detalles de etiqueta de la audiencia, el jefe los agrupó a su alrededor y dijo en voz baja pero firme:

—El Omnisciente no puede sospechar quienes somos, ni la procedencia de nuestros presentes. Jamás sabrá nada.

La sabiduría hablaba por boca de Garab. Era evidente que se habían tomado todas las precauciones necesarias.

—No hay que pensar mas que en los merecimientos que vamos a adquirir —aconsejó el "secretario".

¹ El Dalai Lama, décimo tercer portador de este título, que reinaba en esa época, murió el 17 de diciembre de 1933.

² El Omnisciente, *Thamtchéd Khyenpa*, uno de los títulos dados muy a menudo al Dalai Lama por los tibetanos.

Una ola de religiosidad pasó de nuevo sobre las frentes antes preocupadas, serenándolas. Todo estaba bien, el Omnisciente no sabría nada.

Ninguno de los bandidos vio lo absurdo de esta ignorancia de un "omnisciente", que se preparaban a tomar por tonto, pero que iban a venerar. Lo mismo que para todos sus compatriotas, este término "omnisciente", había perdido su significado propio y se había vuelto un simple y banal título honorífico, como el de "su majestad". Lo que había declarado Garab es repetido diariamente por los tibetanos, respecto de abusos de poder de las autoridades o de otros males que padecen: "el Omnisciente no lo sabe".

Y, en verdad, el Omnisciente no lo supo, o, si lo supo no lo dejó traslucir en su incomparable caridad, por piedad hacia los pecadores prosternados a sus pies. Un devoto tibetano habría podido explicarlo. El aceptó las piezas de seda de la China, las turquesas, los lingotes de plata, los fusiles, las monturas, los tapices y las mulas, que fueron conducidos hasta el lugar donde estaba sentado.

Un donante tan generoso, merecía algo más que el simple roce de las cintas. El Dalai Lama se dignó dirigirle la palabra. Garab respondió de manera ambigua, con la cabeza inclinada, sus preguntas. Nombró, como asiento de su comercio, a Linkaitzé, que los chinos llaman Mow-Kong, en el país de los Gyarongpas,¹ una localidad demasiado lejana para que su nombre pudiera ser familiar al Dalai Lama, o a los presentes cerca de él. En cuanto a sus negocios, se limitaba, dijo, a procurarse aquí y allá, según las circunstancias, artículos diversos que luego revendía con provecho.

¹ País fronterizo con la extremidad oeste de la provincia china de Szetchouan, habitada por tribus de origen tibetano. *Gya*: chino, *rong*: valle, *gyarongpas*: gente (tibetanos) establecidas en valles chinos.

Garab exponía estas cosas, con una voz dulce, tímida, que sugería la inocencia de un corazón puro.

—Que seas bendito, hijo mío —dijo el Dalai Lama— tú, tu esposa, tus servidores presentes, y los que permanecieron en tu casa. Que puedas gozar de una larga vida, libre de enfermedades, y que tus negocios prosperen más y más.

Comenzó el desfile, reducido a veintitrés participantes. Las cintas de la borla acariciaron la cabeza de cada uno de ellos. La audiencia estaba terminada. El Omnisciente no había sospechado nada. Les había deseado larga vida y éxito en sus *negocios*. ¡Qué hermosas expediciones y qué botín en perspectiva!

El frenesí sensual que poseía a Garab y Detchema, no había declinado en el curso de su viaje; sin embargo, la atmósfera mística, calmante, en que se hallaron sumergidos en Lasa, había actuado sobre ellos momentáneamente, como sobre sus compañeros. La visita al Dalai Lama señaló el término de esta calma. A su vuelta a la posada, los dos amantes parecieron despertar de un sueño; bastó un cambio de miradas y su pasión llameó todavía más ardiente que antes.

En el transcurso de su viaje a Lasa, nunca la idea del retorno se había presentado claramente a ellos. Habían vivido totalmente absorbidos por las sensaciones de la carne, sin ver más allá de los abrazos de la noche anterior y de los que habría en la próxima parada; pero en la noche que siguió a la audiencia en Norbouling, la visión de la partida fijada para dos días después, surgió bruscamente ante ellos.

Iban a volver sobre sus pasos, marchando hacia las tiendas de Garab, su rústico hogar de pastor, adonde los dos habían temido llevar la maravillosa aventura de su amor, y renacía en ellos el mismo temor. La vida en el campamento; rompería torzosamente la constante inti-

midad que hacía su dicha. Reclamarían al joven jefe la vigilancia de sus rebaños, las empresas comerciales, las expediciones en que una mujer no podía tomar parte. Durante horas, días, semanas, estarían separados; la ausencia haría su obra, y, lentamente se extinguiría la embriaguez de la que saboreaban las ardientes delicias. ¡Oh! ¿Por qué su viaje debía terminar? ¡Con él terminarían también las mejores horas de su vida!

El alba los halló en brazos uno del otro, pensativos y entristecidos. Del largo trayecto que iban a recorrer en el camino del retorno, no veían mas que el odioso final.

Durante esta última jornada de su estadía en Lasa, Garab debía poner en orden muchos negocios y vigilar los preparativos de la partida. Había ordenado la víspera que se le llevara el desayuno al alba y uno de sus hombres entró en el cuarto llevando una gran tetera con té a la manteca.

—Jefe —dijo el hombre—, tendremos que comprar *tsampa* (harina de centeno) y manteca. Tsöndu ha creído hacer bien dando una gran cantidad a tres peregrinos que pasaron ayer noche, después que usted se había retirado. Pedían provisiones para ir al Khang-Tisé. ¹ Esta limosna nos traerá suerte en el viaje de vuelta. No le hará reproches a Tsöndu, ¿no?

—Ha hecho bien —declaró Garab—. Adquieran con qué llenar de nuevo los sacos. El gasto va a cuenta mía, pero el beneficio de la limosna, nos es común.

—Eso sí que está bien dicho —exclamó el hombre con satisfacción—. Voy a repetírselo a Tsöndu. —Y se retiró.

¹ Montaña muy alta, al sudoeste del Tibet. Es el célebre Kailasa de los hindúes, en la cima de la cual sus leyendas sitúan la morada del "Gran Dios" (Mahadeva), Siva. Hindúes y tibetanos van allí en peregrinación. Desde hace siglos, las pendientes de la montaña están habitadas por ermitaños.

—El Khang-Tisé está muy lejos de aquí —dijo Detchema—. ¿Tú has estado?

—No —respondió Garab—, pero según decía mi madre, es ahí que comenzó mi existencia presente.

—¿Cómo es eso? —preguntó Detchema, curiosa.

Su amante no respondió. Pensaba. Volvían a su memoria la historia singular que su madre le había contado sobre su padre divino y las suposiciones más prosaicas pero verosímiles de su antiguo amo, Lagspa. Cualquiera fuera su origen, era en el Khang-Tisé que había sido concebido, y de pronto, la asociación de su persona con la montaña sagrada, dominó su pensamiento. Le entró el deseo de ver el lugar y de conocer las circunstancias desconocidas, que causaron la venida a este mundo del que sería él, Garab, rico propietario de rebaños y jefe de bandoleros. Las ideas se agolpaban en su mente.

Para ver el Khang-Tisé debía hacer un largo viaje de varios meses de duración...

¿Por qué no ir en peregrinación con Detchema? ¿Por qué cortar la felicidad, cuando tenía un motivo plausible para prolongarla?

—Debo partir inmediatamente —dijo a la joven— los negocios me llaman. Hasta pronto querida.

La estrechó en sus brazos y la dejó precipitadamente.

En el Tibet no se empieza ninguna cosa de cierta importancia sin haber consultado antes a un adivino. Y fue en busca de uno de ellos que Garab salió, para saber si debía o no seguir su impulso de cambiar los planes del viaje.

Un poco después salía a su vez Detchema para consultar a un adivino sobre lo que el futuro le reservaba en el país adonde su amante quería llevarla.

Garab fue en seguida al templo de Jowo.¹ Se prosternó ante la estatua del Señor, depositó una larga bufanda de seda blanca ante ella, rogando porque le iluminara sobre la ruta que debía elegir y para que nada desagradable ocurriera durante el viaje.

Los sacristanes estaban ocupados en volver a llenar de agua fresca los tazones de las ofrendas en los altares. Garab se acercó a uno de ellos para averiguar el precio de ciento ocho lamparillas que debía hacer arder ante Jowo y le pidió que le hicieran un *mo* (práctica adivinatoria), pues a punto de volver a su país, debía saber si el día elegido para la partida era propicio. El sacristán viendo ante sí a un hombre de buena apariencia, calculó que pagaría bien y le aconsejó que se dirigiera a un lama vidente muy renombrado, que vivía en el monasterio de los ritos (*gyud*).

Como aún era temprano para solicitar audiencia con ese personaje, Garab se ocupó en seguida de los negocios que debía terminar con los comerciantes, y cuando le pareció el momento conveniente, se presentó al monasterio de los ritos. Los propinas liberales que distribuyó a los subalternos favorecieron el informe presentado por ellos al maestro. Garab fue introducido ante el lama.

Absorbido por su peregrinaje a Khang-Tisé, sólo se preocupó por saber si las circunstancias eran favorables al viaje o debía renunciar a él. Pero al entrar en la cámara en sombras del lama, ver sobre sí los ojos penetrantes y las miradas convergentes de los santos taurmaturgos, deidades temibles, demonios subyugados que decoraban las paredes, Garab fue presa de terror. ¿No se estaba entregando tontamente? Huir era imposible.

¹ Jowo: señor. Este templo, el más célebre del Tibet, tiene una antiquísima estatua considerada como representación de Gautama, cuando aún era un joven príncipe, antes de ser Buddha.

Sólo quedaba armarse de audacia. Haciendo un esfuerzo, el bandido se dominó y formuló la pregunta.

¿Debía hacer o no la peregrinación a la montaña santa de Khang-Tisé? ¿Escuchaba el vidente? Garab sentía sobre sí la mirada que lo atravesaba hasta lo más profundo de su ser.

El silencio se prolongaba y Garab se resistía para no gritar de terror. Por fin el lama habló:

—No necesito hacerte preguntas, ni consultar los libros del oráculo. Veo claramente tu pasado como un torbellino a tu alrededor; está cargado de causas y efectos de los que tú eres juguete. Eso y no tu propio deseo te lleva al Khang-Tisé. Ve si *crees desearlo*. Percibo la ligadura, que como un hilo, te une aún al país de donde vienes; un soplo bastaría para romperla. A tu alrededor se levanta la tormenta. Tú has hecho sufrir, tú sufrirás.

La audiencia había terminado y con un gesto el lama le pidió que lo siguiera.

—Retoma tu dinero —le dijo.

Era la ofrenda de Garab y la bufanda de seda que había dado a un servidor del "vidente". Según la costumbre, éste la había depositado en una mesa frente al diván en que estaba sentado su maestro.

En estos momentos, el rechazo de la ofrenda equivalía a la maldición del lama.

Aterrorizado, Garab se prosternó incapaz de articular una palabra.

—Levántate —dijo el "vidente"—. Darás ese dinero a los pobres; guardaré la bufanda. —Su voz era dulce y tranquila. Si rechazaba el dinero y aceptaba la bufanda, el don no era enteramente rechazado; Garab no había sido maldito.

Fuera ya del monasterio, el bandido dio las piezas de plata a los mendigos. Toda su alegría había desaparecido. El "vidente", no dudaba, se había percatado de lo que

él era; le hizo la gracia de no maldecirlo, pero le anunció tempestad y desgracias. Garab no imaginaba en qué forma se presentaría la desgracia. El terror que lo invadió al sentirse descubierto lo perturbó y en su cabeza se mezclaban las palabras del oráculo sin comprender el sentido. Él se sentía atraído hacia el Khang-Tisé. Corría el riesgo de que se rompiera el lazo que lo unía al país donde estaba establecido. No quería que eso sucediera. Tal vez, el beneficio provocado por ese peregrinaje a Khang-Tisé conjuraría el peligro amenazador. Posiblemente fuera un medio de apaciguar esa tormenta que lo envolvía... Garab se resistía a esperarla.

De pronto se sintió terriblemente cansado, moralmente deshecho; en el angustiante imaginar de sus ideas, una cosa se le aparecía como segura; su gozosa vida de bandido victorioso estaba terminada.

Iría a Khang-Tisé obedeciendo el impulso que lo arrastraba y que creía era *su* deseo. Si el peregrinaje era un descanso y sólo retrasaba las amenazas del oráculo, le permitiría retener a Detchema, que era lo único que le importaba.

Detchema queriendo también conocer el futuro, preguntó a la dueña de la posada sobre un adivino, y ésta la envió a un *mopa* (adivino) cuyos numerosos clientes pertenecían a laicos y clase media de Lasa.

Llevada a su presencia, la joven le ofreció una bufanda y algo de dinero. De pronto le dieron la orden de guardar silencio y de concentrarse en la pregunta que deseaba formular.

Sentada frente al adivino, con una estrecha mesa entre ambos, Detchema obedeció.

“¿Qué será de mi bello amor? —pensó—. ¿Qué será de mi futuro?”

Pasó cierto tiempo, el adivino murmuró unas frases y sacó tres pequeños dados de una bolsita que colgaba de

un libro ennegrecido por el uso. Los agitó con la mano, los tiró sobre la mesa, repitió la salmodia, y buscó en el libro los números que habían salido en los dados.

En éste sólo se hallaban las palabras: "Risas de cólera" — "Abismo". El adivino leyó lentamente, con voz grave; y sin agregar nada, despidió a la consultante.

Detchema, estupefacta, se encontró sin saber cómo, nuevamente en la calle. Recobrando de a poco el uso de los sentidos trató de examinar el sentido de esa respuesta incoherente. No llegó a descubrirlo, pero sí veía el carácter amenazador de las palabras.

¿Qué significaba ese abismo, qué temer de las risas de cólera?

Como antes Garab, Detchema se dirigió al templo de Jowo, y mientras caminaba creyó comprender el significado de esa extraña respuesta.

Era el fin de su aventura amorosa y ese final era el infierno. Sin duda era el infierno. Las risas eran las burlas de venganza de seres demoníacos saludando su llegada. El abismo era la profundidad de mundos inferiores, donde caería, donde ella viviría en el tormento durante miles de años, antes de morir y renacer en un mundo mejor.

Ese devenir atemorizante, aparecía claramente para la joven, como la causa que lo había preparado. El crimen, pensó, no era amar a Garab; el crimen era el egoísmo que le había hecho abandonar a sus bienhechores a una suerte miserable, para poder realizar ese sueño de amor que tanto la había frecuentado.

Detchema, huérfana desde los tres años, había sido criada por sus abuelos paternos. Estos, que no tuvieron otro hijo que el padre de ella, concentraron toda su ternura en ella y su infancia fue feliz gracias a estos granjeros acomodados. Luego, el abuelo enfermó, y durante varios años no pudo ocuparse de los campos. Y, poco a

poco, fueron endeudándose. Cuando el granjero mejoró, sus fuerzas minadas por la larga enfermedad, no le permitieron hacer todo el trabajo necesario para recuperar su pequeña fortuna. Uno después de otro, los campos fueron vendidos; los viejos esposos cayeron en la miseria.

Y sucedió entonces, que el hijo del gobernador de la provincia, vio a Detchema con unos amigos en un monasterio presenciando un drama religioso. La gran belleza de la joven lo deslumbró, y sin pensar más, decidió hacerla su esposa. Se lo comunicó a su padre, que no puso objeción alguna. La familia de Detchema era honorable y, pensó el gobernador, sus abuelos no exigirían una gran dote al pedirla en matrimonio un funcionario de su rango.¹

El deseo del joven y la conveniencia económica concordaban. El gobernador envió a uno de sus hermanos,² a casa de los granjeros y las condiciones del matrimonio fueron rápidamente arregladas. Las deudas de los abuelos serían pagadas en su totalidad; el gobernador pondría un hombre de confianza en la granja. Los edificios descuidados desde hacía años, serían reparados; los viejos esposos permanecerían en su hogar, sin necesidad de trabajar y recibirían una renta suficiente para

¹ En el Tibet, es el futuro marido, o sus padres, los que pagan una suma de dinero, o su equivalente en ganado o tierras, a los padres de la novia. Es como una recompensa por los gastos que ocasionó la educación de la joven. El honor de obtener una joven de familia noble o muy renombrada, se paga a menudo, bien caro. Lo mismo si la joven es de belleza excepcional. La idea de que los padres de la joven den dinero al marido además, les resulta grotesca y hasta odiosa a los tibetanos. En su lenguaje realista, me dijeron al respecto: "Las jóvenes de su país son tan feas que tienen que pagarle al marido, como si se tratara de realizar un trabajo repugnante".

² Los pedidos de matrimonio deben ser hechos por intermediarios de los padres, o amigos.

vivir cómodamente, además del producto de lo que quedaba de los bienes.

Los viejitos se felicitaron de la buena suerte que les había llegado, pensaban, como recompensa de los afectuosos cuidados que habían prodigado a la huérfana. El matrimonio con el hijo de un alto funcionario, significaba, además, entrar en una familia noble y rica. Ni soñaron con preguntar a Detchema su opinión sobre este matrimonio. En el Tibet no se acostumbra hacerlo. Los granjeros anunciaron simplemente a Detchema, que tendría el honor de ser la nuera del gobernador, vivir en la opulencia, y descontaban que ella se alegraría tanto o más que ellos.

Pero Detchema no se alegró.

Después de su infancia, la joven se había entregado a los sueños, como los hombres de su villa se daban al alcohol, persiguiendo sensaciones agradables. Sin inclinaciones por la actividad física, pasaba gran parte de su tiempo imaginando historias sentimentales o dramáticas, donde, invariablemente ella era la heroína. Las peripecias de estas historias surgían espontáneamente en su mente, satisfaciendo y excitando, a la vez, su sed de emociones. Bajo la influencia de una sensualidad precoz, el amor se convertía en el único tema de sus historias. La imagen de un amante excepcional: bello, valiente, apasionado, comenzó a perseguir los pensamientos de Detchema. Gradualmente la fuerza de esa obsesión creció, el héroe tomaba una fisonomía determinada, que en consecuencia no variaba: había adquirido una personalidad.

Inconscientemente, Detchema, practicaba a su manera un ejercicio análogo al que los maestros místicos hacen practicar a sus discípulos para llevarlos al descubrimiento de que el mundo entero —el que ellos perciben— no es más que una creación del espíritu. Con

una continua concentración de pensamiento, ella creó un fantasma.¹

Poco a poco ese enamorado ideal, pasó el límite del dominio de sus sueños. A veces, sin siquiera evocarle se le hacía tan visible y tangible, como la gente de la granja. Oía su voz, sentía su abrazo y se dejaba llevar por él, en vertiginosas cabalgatas.

Detchema era supersticiosa como todos los que vivían con ella. Había oído contar muchas apariciones, y lo mismo que la mayoría de los tibetanos, no separaba estrictamente "lo posible" y "lo imposible", entre "nuestro mundo", y los "otros mundos" limítrofes. La fe en la existencia real de ese hombre que se le aparecía, arraigó en ella, y desde ese momento, vivió a la espera de su llegada.

La novedad que sus abuelos le comunicaron alegremente, la fulminó. Entre ella y el marido que le destinaban, surgió bruscamente la figura imperiosa del héroe dueño de sus pensamientos. Sin pensar en el daño que causaría a esos buenos viejos que tanto la querían, abandonándolos, ahora que su casamiento aseguraría la tranquilidad y comodidad de sus últimos años, dejó la granja mientras dormían, huyendo en la noche como una loca, en busca del amante que se había creado. Y lo encontró. Hay misterios singulares...

Multiplicando las genuflexiones ante la imagen de Jowo, se dio cuenta de su ingratitud. La asaltaron los remordimientos. ¿Qué sería de los buenos viejos que la habían mimado tanto? El gobernador, ¿los habría hecho responsables de su fuga? En lugar de la ayuda que esperaban recibir de él, quizá habían tenido que pagarle una fuerte indemnización, y su ruina sería ahora total.

Detchema no tenía duro el corazón; deploraba su falta,

¹ Ver sobre el tema: A. David-Neel, *Parmi les mystiques et les magiciens du Tibet*, (Plon) y *La vie surhumaine de Guesar de Ling*, (editions Adyar).

y juró repararla lo mejor posible. Renunciaría a Garab, porque, entre sus piadosos abuelos y un jefe de bandidos, todo acercamiento era imposible. Volvería a su país, trabajaría y se esforzaría para mantener a los viejitos.

Ese era su deber, y también el medio de escapar a las torturas del infierno que se merecía. Al encontrarse de nuevo con Garab, le confesaría lo que siempre le había ocultado, su fuga culpable de la casa paterna, y que quería volver.

Bañada en lágrimas, Detchema seguía prosternándose. Hizo prender las lámparas en el altar, dio monedas al sacristán, deseó encontrar a sus abuelos sanos y ser capaz de asistirlos en el futuro, y dejó el templo.

Garab no estaba aún de vuelta cuando fue Detchema a la posada. Llegó a la hora de comer, y se fue con sus hombres; su amiga sería servida en su habitación. "Le hablaré cuando suba", se dijo la muchacha.

El jefe estaba totalmente resuelto. Iría al Khang-Tisé con Detchema. Quedaba por dar a sus camaradas una explicación plausible del brusco cambio de sus proyectos, la víspera del día fijado para su partida. Pero a pesar del estado en que el "vidente" lo había dejado, el astuto bandido hizo su plan.

—Tengo que comunicarles una novedad inesperada —dijo a los hombres cuando estuvieron sentados a la mesa—. Como es conveniente, antes de salir de viaje, esta mañana consulté a un "vidente", para saber si las circunstancias nos eran favorables. Me dirigí a un lama renombrado que pertenece al monasterio de los ritos mágicos. La consulta me costó cara, pero quería un consejo que pudiéramos aceptar con toda confianza. Y, he aquí que el "vidente" declaró que debo ir al Khang-Tisé.

Exclamaciones de sorpresa acogieron estas palabras, pero ninguno de los bandidos supuso que el jefe tenía razones personales para modificar la versión del lama

“vidente”. Los tibetanos están acostumbrados a oír oráculos en apariencia incoherentes de esos “videntes” cuyos sentidos especiales llegan tan lejos. El que Garab había consultado debió basar su respuesta en profundas razones, pensaron los seudomercaderes.

—¿Debemos ir todos al Khang-Tisé? —preguntó uno de ellos.

—No —dijo Garab—. La declaración del lama solo me concernía. Temo no seguir su consejo y atraer la mala suerte sobre nuestro viaje. Partan sin mí; pediré sólo a dos de ustedes que me acompañen. ¿Qué dices tú Tsöndu y tú Goring?

—Encantados —gritaron al unísono.

—Es una ocasión para nosotros, conocer el más santo de todos los lugares de peregrinación —dijo Goring.

Los demás hombres, envidiaron la suerte de sus compañeros.

—¿Y su hermosa amiga, jefe?... —agregó Tsöndu, vagamente irónico.

Todos estallaron en risas.

—No creemos que Garab quiera confiárnosla —dijo uno de los que debían volverse.

—No tengo esa intención —dijo Garab, también riendo.

Se cambiaron crudas bromas, aunque sin malicia, y el jefe pidió atención para los asuntos de negocios. Anteriormente, la parte correspondiente a cada uno de la venta del botín, había sido arreglada; solo quedaba repartir los animales y las provisiones de ruta entre los que volvían y los cuatro que irían al Khang-Tisé. Pero Garab quería dar a sus hombres instrucciones precisas sobre la conducta que debían seguir en su ausencia.

—Hasta que yo vuelva, ustedes serán pacíficos pastores y sólo se ocuparán de sus rebaños. Cada uno de ustedes vuelve a su tienda, y no la deja. Sobre todo nada de expediciones, se las prohibo terminantemente. La última fue excepcionalmente provechosa; y ha debido

atraer la atención sobre nosotros. Aquellos peregrinos eran gente de nombre, y deben haber hecho gran ruido a propósito de su desgracia, a lo largo del camino y a su llegada a casa:

“Al norte, en China, un jefe militar musulmán nos acecha. Los viajeros me lo advirtieron varias veces. Se sentiría muy feliz de aumentar su caballería con nuestros caballos, y pagar generosamente el sueldo de su tropa, con nuestros bueyes y nuestras ovejas. Se impone la prudencia; dejemos pasar el tiempo, que se olvide la expedición que tan grandes beneficios nos dio.

“Puede que mi viaje al Khang-Tisé sea útil a nuestros negocios.

“Nuestras correrías empiezan a ser demasiado conocidas. Las caravanas hacen rodeos para evitar el cruce de nuestro país. Es fastidioso. Y además, está la amenaza del lado chino: los soldados del jefe musulmán... No me gusta todo esto. ¿Quién dice que no encontraremos un nuevo y provechoso terreno del lado del Khang-Tisé, o sobre las rutas que llevan a ella? Sabré ésto después de estudiar los lugares, y puede ser que nuestros dioses protectores hayan señalado al “vidente” que debía hacer este viaje.

“Cincuenta o sesenta de nosotros podrían establecerse en esos parajes, por dos o tres años. Los pretextos, —peregrinación o comercio— no faltan. ¿Quién imaginaría su paradero? Se puede trabajar con provecho varios años, sobre las rutas seguidas por mercaderes o ricos peregrinos. ¿Tenemos colegas por ahí? ¿Serán rivales, o podríamos asociarnos? Todo eso hay que examinarlo bien.”

Un murmullo de admiración corrió entre los hombres. ¡Qué bien habla el jefe! ¡Qué inteligente es! El “vidente” inspirado por los dioses, podía efectivamente haber descubierto dónde los esperaba la buena suerte.

Cansados del silencio que tuvieron que guardar durante el discurso del Zarab, hecho en voz baja para no

ser oído por los de la posada, los malandrines alabaron la habilidad del jefe.

Una resolución tan importante como la que acababa él de tomar, pedía ser rociada con algunos tragos.

Uno de los bandidos abrió la puerta del cuarto, y llamó a un sirviente para encargar jarros de agua-diente.

Después de beber se ocuparon de la división de provisiones y objetos del campamento. Este trabajo llevó varias horas y luego la necesidad de hacer compras suplementarias obligó a Garab a volver al centro de la ciudad.

La proximidad de su partida para una aventura no premeditada, lo tenía excitado. Todo lo que había dicho a sus compinches, fue casi de buena fe. El exacto sentido de las palabras pronunciadas por el "vidente", se deformó en su memoria, y sin darse cuenta claramente, mezcló sus propios pensamientos. Mientras caminaba por la ciudad, volvió el sentido de la realidad: la verdad era que iba al Khang-Tisé para prolongar su voluptuosa intimidad con Detchema. Y le volvió la angustia que había sentido después de la entrevista con el "vidente". Algo había terminado para él: un período de su vida. Temía el futuro.

Pasó el mediodía sin que Garab hubiera podido avisar de los cambios a Detchema. Sabía que sería feliz y no deseaba disminuir el placer que le daría verla. Más valía esperar a la noche, cuando estuvieran juntos, para comunicarle la novedad.

Detchema no se sorprendía que Garab permaneciera ausente; sabía cuánto trabajo reclama la víspera de la partida, al jefe de un grupo de veinte viajeros. Prefería estar sola, pensar en los medios de poner en ejecución los proyectos que su arrepentimiento y temor a las tormentas infernales le habían sugerido.

Su aldea natal se encontraba muy lejos del lugar don-

de encontró a Garab, y para llegar era necesario atravesar una vasta y desierta región donde los viajeros no se aventuraban mas que en grupos numerosos. ¿Cómo hacer? Pretextando un malestar, prohibió la entrada a su cuarto. Esperaba la noche para hablar con su amante.

Llegó la noche con el silencio; los hombres de Garab se acostaron temprano para salir al día siguiente, antes del canto del gallo. El jefe subió para ver a su amante y no pudiendo contenerse, de un salto la tomó gritando alegremente.

—No volveremos a mi casa. Mañana partiremos para viajar como a ti te gusta, durante meses y meses. ¡Iremos al Khang-Tisé!... ¡Dime que me quieres!

—Yo... escucha... tengo que decirte... —balbuceó Detchema.

Pero Garab no la escuchaba. Tomando por emoción las palabras entrecortadas, la estrechó ardientemente. El alba aclaró el fino papel colgado de la ventana. Detchema no habló con Garab de su resolución y Garab no le había confiado su inquietud. Como el huracán barre las pajas de los caminos, así, la ráfaga de pasión durante la noche de amor, sacó de su alma presentimientos de desgracia, remordimientos y hasta el terror del infierno.

• • •

CAPÍTULO IV
SEGUNDA PARTE
LA COSECHA

El Khang-Tisé. — El fantasma criminal del yogui. — La sed de inmortalidad. — El arte de extraer vitalidad del compañero durante las relaciones amorosas. — Las hierbas mágicas del Tibet.

Ocho días después, Garab y sus compañeros acampaban al pie de la montaña santa. Pretextando que después de un viaje tan largo, todos precisaban descanso, el jefe no se apresuraba a cumplir el rito que prescribía a los peregrinos dar vuelta al macizo montañoso, en cuya cima Mahadeva el más grande de los dioses tiene su corte.

El iniciado en las doctrinas esotéricas del misticismo hindú concibe esta corte fantástica como una imagen del mundo, una proyección mágica e ilusoria del pensamiento del dios sentado, solo, en meditación sobre la cima nevada, inaccesible. Otros que han penetrado mejor el simbolismo de la leyenda, contemplan sobre la cima la llama de su propio pensamiento creando, destruyendo y recreando incesantemente el universo, con sus dioses, sus demonios, sus seres y sus formas innumerables. Estos murmuran en voz baja el credo de los grandes místicos védantistas: "¡Siva Aham!" Yo soy Siva, soy el gran Dios (Mahadeva).

Pero Garab ignoraba el profundo saber de la India y

jamás había frecuentado los sabios de su país. Para él, como fue para su madre, el Khang-Tisé abrigaba en sus repliegues hordas de genios, de hadas, de demonios, todos sometidos a un dios temible, vestido con una piel de tigre y adornado con un largo collar de cráneos humanos.

Garab tardaba y no sabía por qué se sentía retenido por lazos invisibles. Sus días pasaban errando sin objeto, inspeccionando los lugares con curiosidad ansiosa, como si estuviera por hacer algún descubrimiento. El secreto de su nacimiento ocupaba su mente, observaba los yoguis venidos del Nepal, o del Norte de la India, escrutaba sus rostros embadurnados con ceniza, tratando de adivinar su edad, imaginando que uno de ellos podía ser su padre.

¡Su padre!... No había pensado en él desde el día que interrogó a su amo, el granjero Lagspa. El vago deseo que tuvo en Lasa de ver el lugar donde había sido concebido, sólo se refería a su aspecto físico. No sentía ninguna simpatía por el desconocido que una noche había abusado de la simplicidad de una inocente criada. Pero, al llegar al pie de Khang-Tisé, le pareció que recuerdos indefinibles surgían en él, recuerdos de un pasado al que sólo lo unía un germen que le dio el cuerpo.

Con una rara sensación, el indiferente jefe de bandidos se sentía llamado por una fuerza, cuya naturaleza ignoraba, hacia un objeto desconocido. Trató en vano de sacarse esa obsesión que lo dominaba día a día, ésta se hacía más fuerte, y el amor por Detchema quedaba en último plano. Varias veces la joven le pidió que retomaran la ruta. Creía que el aire de esa región le hacía mal a la salud, su sueño era agitado, y se despertaba deshecha por el cansancio.

Tres senderos ofrecía la montaña a los peregrinos para rodearla: el inferior, relativamente fácil de recorrer; el del medio, que presentaba dificultades mayores, y el

más alto de todos, escalamiento de cuevas abruptas, que los vigorosos montañeses se aventuraban a recorrer a pie sin peligro. Los méritos adquiridos por los fieles, aumentaban en relación a las fatigas que afrontaban. Las bendiciones eran más considerables para los que recorrían el sendero alto, que para los que se contentaban con recorrer el pie del monte. La ambición piadosa de Detchema, sólo llegaba al mínimo de méritos.

Mientras tanto, Garab, que siempre satisfacía los menores deseos de su amante, se mantenía ahora elusivo, y no concretaba la partida. Partía por la mañana, nadie sabía hacia dónde. Sus hombres creían que estaba cumpliendo ciertas prácticas religiosas secretas destinadas a traer buena suerte a sus futuras expediciones. Como se habían aprovisionado ampliamente en varias ocasiones en el camino, los víveres no faltaban, y cuando un tibetano puede comer copiosamente, es raro que se inquiete por otra cosa.

La impaciencia de Detchema no hallaba apoyo en sus compañeros de viaje. Una lasitud física, después de varios meses de amor, o quizá el raro estado psíquico de Garab, le hacía descuidar a su amiga. A menudo durante la noche quedaba desvelado, al acecho, sin razón, movido por un imperioso instinto. Una noche mientras velaba, vió vagamente en la oscuridad, a Detchema agitándose entre las mantas que le servían de lecho. Parecía luchar, debatirse; sus movimientos duraron unos instantes, luego suspiró y quedó inmóvil. Un mal sueño, pensó Garab. Pasaron dos días, se repitió el incidente, pero esta vez la lucha fue más violenta y prolongada. La joven gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó Garab, tomándole la mano—.
¿Estás enferma?

—¿Por qué no me defiendes? —balbuceó Detchema, aún dormida—. ¿Dormías?... ¿La has visto partir?

—¿Quién? —preguntó Garab. Detchema se despertó del todo.

—¿Qué dije? —preguntó, denotando ansiedad. Garab se dio cuenta de que no respondería con franqueza si la presionaba con preguntas.

—Has gritado —declaró— y luego murmuraste algo incomprensible. ¿Sufres? Quizás digieres mal, o te has acostado en mala posición.

—Sí, puede ser —dijo la joven.

—Trata de volverte a dormir —aconsejó Garab, y se envolvió en las mantas cerca de ella, pero sirr tomarla para tranquilizarla. Tenía curiosidad. Quería saber, y al día siguiente, sentado con la espalda apoyada en una roca, bastante lejos del campamento, pensaba en la conducta de Detchema, y si a la noche habría un incidente análogo. De pronto sintió claramente sobre él, la presión de algo que lo envolvía, se insinuaba, se introducía en él. Era la hora del crepúsculo, los objetos se distinguían aún con nitidez. Estaba solo, nada visible lo tocaba. Sin embargo, la presión a la vez ligera y fuerte, persistía.

Con un gesto instintivo habitual a la gente de su país, Garab sacó de la vaina el sable corto que llevaba en su cinturón y a la vez saltó. Aquello que lo agarraba lo dejó. Liberado, volvió al campamento, vagamente consciente de ir acompañado. No dudaba que uno de esos demonios, habitantes de la montaña, quería dañar a él y a su amiga. Lo mejor, pensaba, sería alejarse lo antes posible de ese lugar en que se habían tardado demasiado, debido a propósitos sin coherencia, y así, caído en la trampa que el demonio le había tendido para retenerlo. Al día siguiente, se pondría en marcha. De todos modos, al volver al campamento, no le comunicó a Detchema su resolución; prefería no discutir en voz alta la cuestión de la partida, esperando, como hacen los tibetanos, poder engañar al demonio en lo concerniente a sus proyectos,

y así, impedir que los siguieran. ¿Qué medio emplear para ésto? Quería pensarlo.

Hacia la medianoche, una sensación de frescura lo despertó, ráfagas de viento entraban en la tienda cuyas cortinas flotaban haciendo un chasquido seco. Por la abertura, la luna poniéndose, proyectaba una claridad rojiza, y Garab distinguió una forma humana: la de un yogui hindú. Su cara embadurnada de ceniza, tocando la de Detchema, y sus labios estaban golosamente pegados a los de ella.

Instantáneamente Garab estuvo de pie, pero más rápido que él, el fantástico visitante ya había huído. Garab vio apartarse las cortinas, luego caer; salió, pero el espacio que rodeaba el campo, estaba totalmente desierto. Dio varias vueltas a las tiendas, exploró los alrededores sin que sus ojos y oídos descubrieran la presencia de un ser viviente.

En la tienda, Detchema ni se movió, y, al entrar su amante, parecía dormir tranquilamente.

—¿Has pasado una buena noche? —preguntó Garab al levantarse.

—Sí —respondió ella lacónicamente.

—¿No soñaste? —insistió Garab.

—No —respondió nuevamente, pero su voz temblaba.

Garab no hizo más preguntas. Estaba seguro de no haber soñado. Vio al yogui y salió a buscarlo. ¿Quién era ese siniestro intruso?

¿Sería una forma ilusoria revestida por el demonio, o se trataba de un verdadero yogui experto en magia, capaz de hacerse invisible para lograr sus propósitos, o aún más, capaz de proyectar a lo lejos un "doble" etéreo de sí mismo que pareciera un hombre verdadero?

Cualquiera fuese su naturaleza, el visitante nocturno estaba evidentemente animado de intenciones lascivas. La agitación de Detchema en las noches anteriores, su grito, las palabras balbuceadas: "¿La viste venir?", in-

dicaba que ella había percibido ese ser abominable en varias oportunidades. ¿Por qué no le había hablado de ello? ¿Por qué esas negativas, esa reticencia? ¿Era posible que no se hubiera despertado cuando él se levantó bruscamente para atrapar a esa aparición? ¿Era posible que ella no sintiera esos labios sobre los suyos?

Garab dudaba en aceptar el encadenamiento lógico de los hechos que tenía ante sí: la lucha de su amante para rechazar las tentativas lascivas de que fue objeto, la repetición de ello, luego la aceptación... el placer, tal vez. ¿Prefería ahora Detchema las caricias de su amante fantasma a las suyas?... Una rabia furiosa le invadió ante esa idea.

Y de pronto recordó la extraña historia que su madre le había contado, la forma en que lo concibió y que él no había creído. ¿Sería verdad que en ese lugar, seres de otro mundo, asaltaban a las mujeres de raza humana?

Otro sentimiento se mezclaba ahora a su cólera: el deseo de aclarar el misterio, y saber a quién debía su vida.

Veló esa noche, y a la siguiente y aún otra más, sin que nada insólito sucediera.

El yogui no volvería; ya no deseaba a Detchema? Garab no deseaba permanecer en ese lugar donde se ejercían fuerzas maléficas. ¿Era curiosidad malsana, demorar la partida para averiguar algo sobre la aparición de ese enamorado fantástico? Se reprochaba el uso que hacía de su amante, al retenerla en ese lugar como cebo para ese ser sin duda demoníaco que quería ver, tocar, conocer; se sentía criminal, pero no partió.

Cuatro días corrieron apacibles. A la noche del cuarto, Garab y Detchema cenaban, como siempre, con sus dos compañeros, cerca del fuego ardiendo, a pleno aire, entre grandes piedras que sostenían la marmita del té. Terminó la cena, y Detchema volvió a la tienda que com-

partía con Garab, mientras éste se quedaba conversando con los dos hombres.

Terminada la charla, Garab fue a su tienda. Cayó la noche tendiendo un velo azulado sobre el paisaje, pero la claridad era suficiente para distinguir los objetos.

Garab levantó la cortina, y quedó petrificado. El yogui estaba ahí, de espaldas a la entrada. El yogui se aproximó, horror y deseo se unían en su cara lívida, a Detchema que no hizo movimiento alguno; lentamente adelantó un brazo, luego el otro, y la tomó por los hombros. Garab fuera de sí, olvidando su curiosidad y proyectos de investigación, se arrojó sobre el odioso personaje. Este volvió hacia él su máscara cenicienta, e instantáneamente el joven sintió su boca apretada por los labios golosos del monstruo. Se debatió, tratando de apartar al espantoso ser, pero sus puños solo encontraron el vacío, mientras sentía aumentar la horrible succión, aspirando sus fuerzas vitales hasta lo más profundo de su ser. Continuó luchando, tratando de salir de la tienda, en la esperanza de ser socorrido por sus hombres. En la lucha volcó algunos objetos, y el ruido atrajo la atención de los hombres que habían permanecido junto al fuego.

Goring, que venía a ver si algo se había roto y su jefe precisaba sus servicios, vio espantado a este debatirse angustiado, con un adversario invisible.

Al oír sus gritos acudió Tsöndu, y Garab vio desvanecerse la forma del yogui, al mismo tiempo que cesaba el horrible contacto de los labios asesinos.

Los hombres encontraron a Detchema desvanecida en la tienda.

Garab no tuvo que dar ninguna explicación; sus compañeros se habían formado inmediatamente una opinión con respecto al extraño incidente: el lugar estaba habitado por demonios y uno de ellos había querido matar a su jefe.

La orden que esperaban vino inmediatamente:

—Partimos ahora mismo.—dijo Garab.

—Naturalmente —respondieron los dos hombres. Reavivaron el fuego; con su luz ataron los bagajes y cargaron las bestias. Menos de una hora después del siniestro combate, los viajeros se ponían en camino.

Marcharon durante dos días, haciendo paradas muy cortas, huyendo, espiritualmente trastornados, pensando solamente en ponerse fuera del alcance del peligroso demonio que había atacado a Garab. Este no había hablado a sus compinches de lo referente a Detchema.

Finalizaba el segundo día, cuando llegaron a un campamento de pastores. La cercanía de seres humanos, el cuadro familiar del ganado pasciendo, alrededor de grandes tiendas negras, muy parecidas a las de su país, calmó el espanto de los fugitivos. Se detuvieron cerca, y Garab recomendó imperiosamente a los dos hombres y a Detchema, no dejar escapar una sola palabra que pudiera hacer sospechar a los pastores del ataque de que habían sido objeto. Si se enteraban de que los demonios se les habían aproximado, los dueños del rebaño temerían que tras ellos hubieran traído algunos. Les prohibirían acampar ahí, y hasta podían maltratarlos.

Sin embargo, Garab seguía con su idea. No renunciaba a descubrir el misterio de la personalidad del yogui, y sobre todo quería protegerse y proteger a Detchema, contra nuevos ataques. ¿Era suficiente haberse alejado del lugar, para sentirse seguro? Garab lo dudaba. El también creía que los demonios persiguen a quienes se han unido. Quería consultar a un lama competente en lo que a fantasmas concierne, y saber por él, quién era ese ser que había visto en la forma de un asceta hindú. Si era necesario se haría exorcizar, y naturalmente, también a Detchema. Sobre todo a ella que, descubrió, tenía deseos perversos. Durante las cortas paradas, la había tomado de nuevo con el frenesí sensual de los primeros tiempos. A esto se mezclaba, sin embargo, la cólera.

Garab creía adivinar que estrechada entre sus brazos, su amante soñaba con los brazos del "otro", a este pensamiento que lo volvía loco de celos, aumentaba al mismo tiempo, la sed que tenía de ella.

Al día siguiente de su llegada, Garab se llegó a las tiendas de los pastores, con el pretexto de comprarles manteca. Se presentó como mercader del lejano país de Kham, llegado al Khang-Tisé en peregrinación, con su mujer y dos amigos. Les dijo que había tenido sueños inquietantes a propósito de asuntos comerciales confía dos a su socio, y deseaba consultar un lama "vidente"; ¿había alguno cerca? preguntó.

Un *ngagspa*,¹ le respondieron los pastores, vivía cerca de un campamento vecino, a una jornada de marcha hacia el norte; los pastores de la región le tenían en gran estima.

Ciertos *ngagspa* de modesta, y, hasta casi vulgar apariencia, viviendo como simples paisanos, son a veces, expertos magos, pensó Garab, y resolvió probar su suerte con este que le indicaban: un tal Koushóg Wangdzin.

El pequeño grupo se puso en camino, y encontró a Wangdzin en el lugar que le habían indicado.

Este poseía realmente un don de clarividencia muy grande. Escuchó atentamente el relato que le hizo Garab, y se sumergió largo tiempo en una profunda meditación. Luego dibujó un diagrama sobre el suelo, con granos de centeno, y ordenó a Garab echar en él, primero una piedra blanca, luego una negra, y en tercer lugar una manchada. Hecho esto examinó los lugares del dibujo sobre los cuales habían caído las piedras y finalmente declaró:

—En su caso no se trata de demonios ni de hechiceros. El ser que se ha apegado a usted, es un extranjero en el Tibet. No puedo influir sobre su conducta, no veo ningún lazo entre él y yo. Consulte a un asceta hindú,

¹ Experto en usar fórmulas mágicas secretas; un mago.

versado en las ciencias ocultas de su país; él podrá sin duda, darle consejos útiles. Sin embargo, sea prudente. No confíe lo que me ha contado al primer peregrino que vea, envuelto en un pedazo de tela naranja y llevando un collar de roudrachs, o un bastón terminado en tridente. Gran número de esos supuestos santones, son miserables impostores. Peor todavía, se arriesgaría a entrar en relación con un individuo prácticamente de alguna baja especie de hechicería de que usted podría ser víctima.

—Pero, ¿cómo haré? —gritó Garab desesperado—, uno de esos demonios ya me ha atormentado, y usted me dice que estoy en peligro de ser atacado por otros! Además ¿cómo podré hablar con uno de esos yoguis de la India? No conozco su lengua.

—Creo que puedo ayudarle —respondió Wangdzin—. Debe consultar a un asceta nepalés, que vive en una ermita, en una de las laderas del Khang-Tisé. Hace más de diez años que vive en ese lugar. Antes vivía entre los cherpas de la frontera; entiende y habla perfectamente el tibetano. Lo vi cuando llegó a esta región, y lo tuve de huésped durante algunos días. El año pasado fui a presentarle mis respetos. Es un gran yogui que conoce el secreto de las cosas y posee poderes sobrenaturales. Le daré un guía para conducirlo a la entrada del valle. Cuando llegue a ese valle, diríjale una plegaria respetuosa, él la oírá, y si acepta que usted le vea lo guiará hacia él por signos; esté atento a esas señales, no se equivoque.

“Subiendo por el valle, verá hacia el Norte, una cadena de montañas blancas. Desde ahí estén alerta. Si usted hace un alto con sus compañeros, y se sientan sobre la hierba, que ninguno se lleve la menor brizna a los labios. A la vista de esas montañas blancas, crecen dos clases de hierba, que la gente común no sabe distinguir de las especies que conoce, y que poseen extrañas propiedades.

"Una de esas hierbas, es un afrodisíaco mortal.¹ Los que la mastican, se vuelven locos. Pierden su energía vital, sus arterias se vacían, y mueren entre tormentos comparables a los del infierno.

"La otra clase de hierba, da a los que la mastican, la visión de mundos de dolor² y de los desdichados que los habitan.

"Un monje llegado al Khang-Tisé en compañía de peregrinos, hizo un alto con sus amigos, en un lugar donde esta hierba brota, y después de comer unas briznas de hierba, vio un abismo abrirse a sus pies. El estremecimiento que sintió le hizo escupir la hierba que tenía entre los dientes, y la visión se desvaneció, tan rápido como había venido. Este monje sabía de oídas, las propiedades de esta hierba milagrosa; comprendió que esa era la que le permitió ver la entrada del infierno, y lamentó vivamente haber perdido la ocasión de ver los misterios de esos mundos invisibles para los humanos. Buscó la hierba que había tirado u otras semejantes, pero todos sus esfuerzos fueron vanos.

"Cuando sus compañeros siguieron la marcha, se negó a seguirlos, obstinándose en su busca. Durante muchos años se quedó en ese lugar; se hizo una choza, y pasaba todo su tiempo en examinar la hierba y masticar las hojas. Poco a poco, su espíritu se alteró, y, cuando murió estaba completamente loco.

"Tras las montañas blancas, existe realmente un abismo que comunica con profundidades secretas, pero para verlo, hay que poseer una vista sobrenatural. El que no sea un potente *waldjorpa*, (yogui tibetano), no debe aventurarse en esos parajes.

¹ Oí decir lo mismo de una hierba que crece en el país de Lopas, cerca de Tsari, un famoso lugar de peregrinación al sudeste del Tibet.

² El budismo no admite penas eternas. Los distintos purgatorios en que se nace o se muere para renacer en otros mundos.

"Póngase en camino desde mañana. Se necesitan cuatro días para llegar a la ermita del venerable asceta. Cuando lo vea, dígame: "mi cuerpo, mi palabra y mi espíritu a sus pies":¹

—Vamos a ver a un santo anacoreta —anunció Garab a los suyos—. Su bendición echará los demonios y nos preservará de todo mal.

Les recomendó evitar cuidadosamente esas hierbas, o pajitas para limpiarse los dientes, porque el *ngagspa* Wangdzin le advirtió que eran venenosas. El guía se detuvo a la entrada de un valle, recordó a Garab que debía dirigir una plegaria al yogui, para que éste le indicara el camino que llevaba hasta él. Se prosternó en testimonio de veneración hacia el santo asceta, y se volvió.

En seguida subieron el valle, escalonado entre pendientes abruptas, sin rastro de senderos. Después de algunas horas de marcha, vieron a lo lejos, una línea luminosa de picos nevados contra el cielo. Las montañas blancas de que Wangdzin había hablado. ¿Debían seguir más lejos? ¿No habrían pasado ya el sendero que conducía a la ermita? Pero como no habían visto ninguna señal, continuaron la ruta. La cadena de montañas se hacía más visible, uniformemente blanca, pero con una blancura que no era la de la nieve.

De pronto un pájaro dio un grito estridente; todos se dieron vuelta para verlo. Sobre una roca, un pájaro copetón batía las alas. Gritó varias veces del mismo modo, luego voló y fue a posarse más arriba, sobre otra roca donde comenzó a gritar de nuevo. No había sendero visible de ese lado, pero la pendiente podía ser subida sin dificultad. Garab pensó que el pájaro podía ser enviado por el ermitaño, y dio algunos pasos en su direc-

¹ Fórmula clásica de homenaje muy respetuoso, que se dirige a los grandes contemplativos.

ción. Entonces el gracioso animalito, agitó de nuevo las alas y voló hasta otra roca que dominaba la que acababa de dejar.

Garab no dudó más.

—Acampen aquí —dijo—. Voy a probar mi suerte y ver adónde me lleva este pájaro. —De roca en roca, el pájaro condujo a Garab, cada vez más arriba, sobre la vertiente de la montaña. Durante algún tiempo, Detchema y los dos hombres siguieron con los ojos al jefe que se alejaba; luego, desapareció; los gritos del pájaro eran cada vez más débiles, y luego se hizo el silencio.

Garab se prosternó ante el ermitaño, un viejo de apariencia robusta, enteramente desnudo, salvo un trozo de tela de algodón, anaranjado, que formaba un corto *dotti*.¹

—¿Qué es lo que te trae, hijo mío? ¿Qué deseas de mí? —le preguntó el yogui con bondad—. Y antes que nada, ¿quién eres?

Garab declaró francamente, todo lo relacionado con la humilde condición de su madre, su nacimiento de un padre desconocido, pero nada más.

—Esas son cosas antiguas —hizo notar el viejo—. Pero, ¿después?... ¿Para qué has venido a Kailas?²

“¿Peregrinación?... No estás solo, tienes compañeros, caballos en el valle. Eres rico. ¿De dónde viene lo que tu posees?”

Garab adivinó que el ermitaño le hacía preguntas para probar su sinceridad, pero que ya sabía todo lo que a él concernía.

¹ El traje nacional hindú, una pieza de tela envuelta alrededor de la cintura, pasada luego entre las piernas formando una especie de pantalón.

² Nombre hindú del Khang-Tisé.

—Usted sabe esas cosas, señor ermitaño (jowo gom-chém) —dijo humildemente—. Soy un gran pecador.

—No me corresponde enseñarte la buena senda —declaró el asceta—. Luego encontrarás un ermitaño de tu país que lo intentará. Cuando ese momento llegue, trata de aprovechar sus lecciones.

“Has tenido visiones que te han asustado, ¿no es cierto?...”

“Escúchame atentamente: Tú eres el hijo de un hombre de la India. Tu padre era uno de esos Bhairavis, de costumbres disolutas, que practican una magia demoníaca para atrasar indefinidamente el momento de la vejez, reparar el desgaste de su cuerpo y llegar a la inmortalidad.

“Debes saber que el mago experto en esta ciencia maldita, puede absorber el soplo vital de otros seres, aspirándolo de su boca, y que por un procedimiento más misterioso aún, la energía que suscita y alimenta todas las formas de vida, puede ser absorbida por el hombre, a expensas de la mujer, en el curso de las relaciones sexuales.

“Este es un prodigioso secreto, que los iniciados criminales usan, haciendo numerosas víctimas, porque las mujeres que se convierten en su presa, mueren en poco tiempo.

“Pero muy pocos de estos demonios humanos mantienen el esfuerzo durante el tiempo necesario para tener éxito. Para alcanzar el objeto del rito, el practicante debe ser capaz de permanecer impasible, sobreponiéndose a todo deseo de gustar un placer sensual. Hombres de espíritu impuro y cruel, movidos por motivos egoístas, no son tan capaces de una disciplina tan severa; la mayoría de ellos sucumben un día u otro, al llamado de sus sentidos, y ese día están perdidos. La vitalidad que han robado a otros, se escapa por todos los poros de su cuerpo, y mueren pronto miserablemente.

"Así ha muerto tu padre, porque te dio la vida que debió preservar en él.

"Ha muerto lejos de su país natal, y como no tuvo más descendiente que tú, nadie ha celebrado en su beneficio, los ritos que dan al espíritu desencarnado, el nuevo cuerpo que necesita para entrar en el mundo de los antepasados.¹

"Por no haber obtenido los elementos indispensables para la formación de ese nuevo cuerpo, el espíritu de tu padre se ha convertido en un fantasma en el cual persiste la sed de sensaciones probadas cuando vivía y los malos instintos que lo animaban entonces. Se esfuerza en sostener la existencia de su "doble" sutil, y en alimentarlo recurriendo a las prácticas a que se dedicó en vida.

"Cuando llegaste a Kailas, concentrando tus pensamientos en este lugar, y sobre el hombre que te había engendrado, has atraído magnéticamente al espíritu desencarnado que recordaba el acto que lo llevó a su final. Ha reconocido su sangre y se ha apegado a ti, queriendo quitarte la vida que te dio a expensas de la suya. Tu amor sensual por la mujer que te acompaña, también alimenta la sensualidad cruel que subsiste en él. Ha querido poseer a tu amante para robar su fuerza vital y la energía psíquica que tú has podido comunicarle. Los dos debían ser sus víctimas, pero yo los salvaré.

"En el caso presente, no pueden celebrarse los ritos funerarios que se usan en la India. Bastará realizar la parte esencial. Aunque siendo un sannyasin² he renunciado a toda práctica religiosa, como brahmin, tengo derecho a celebrarlas. Mañana lo haré por ti."

¹ Es una creencia hindú. El mundo de los antepasados es el Pitri loka.

² Asceta de orden superior que ha renunciado a toda ligadura con este mundo, renunciado a la gloria póstuma y al renacimiento en el mundo de los dioses. Los sannyasins son vedantistas pan-teístas, que tratan de identificarse con el ser único.

Entonces el ermitaño dio a Garab unas galletas de harina, para su comida de la noche, y lo invitó a pasar la noche en su choza.

A la mañana siguiente el yogui preparó pequeñas bolitas de arroz, luego, llamando al difunto, se las ofreció, pidiéndole que reuniera fuerzas para atravesar los ríos y las gargantas de la montaña, en su viaje al mundo de los antepasados, y conjurándolo a no abandonar la buena senda, para no perderse.

—Hijo mío —dijo a Garab— tu padre quiere algo de ti; dáselo, para que no tome más. —Le ordenó arrancar algunos hilos de su traje, y algunos cabellos, colocándolos entre las ofrendas y diciendo:

“He aquí una vestidura para ti, oh padre, no me quites nada más para tu provecho”.¹

Cuando todo hubo terminado, el ermitaño echó el arroz, los hilos y los cabellos al fuego.

—Nada de todo esto, debe quedar en las cercanías de mi morada —dijo.

Ordenó a Garab hacer una escoba de ramas, y barrer cuidadosamente el lugar en que se habían depositado las ofrendas, y el terreno alrededor de ellas. Era necesario borrar todo rastro de las ofrendas y del fantasma, que vino a absorber el principio sutil, para que no pudiera reconocer el lugar y sentir la tentación de volver. Debía seguir directamente su ruta hacia el país de los antepasados, donde descansaría, hasta renacer una vez más en condiciones felices, mediocres o penosas, según lo merezca.

—Ya no tienes nada que temer del yogui fantasma, hijo mío —dijo el ermitaño, despidiéndolo— pero sí debes te-

¹ Estos términos pertenecen al ritual hindú del sraddha o rito funerario. Lo que se teme que el muerto robe, es la vida de sus parientes, que está tentado de apropiarse para perpetuar la suya, en un estado donde permanece, como fantasma, en relación con nuestro mundo.

mer los resultados de tus actos pasados. Te lo repito, te acercará un día, al camino de la salud. Aprende a reconocerlo entonces, y no retrocedas más.

Durante las semanas siguientes, el jefe y los suyos, dieron la vuelta a la montaña, luego dejaron el Khang-Tisé, volviendo hacia el este, hacia el lejano país de Kham.

• • •

CAPÍTULO V

Derrota y ruina de los pastores bandidos. — El vado trágico. — Un médico hechicero trae al jefe herido. — Su amante entra a un convento.

—Hasta mi vuelta ustedes serán pacíficos pastores, y no se ocupen más que de sus rebaños. Sobre todo, nada de expediciones. Esperemos que se olvide ésta que fue tan provechosa. En China un jefe musulmán nos acecha, y sería muy feliz si ustedes le dan el menor pretexto para atacarnos y apropiarse de nuestro ganado. Que todos lo sepan. Es necesaria una gran prudencia, si no queremos atraer la desgracia sobre nosotros.

Así había exhortado Garab a sus compañeros, al separarse en Lasa, y éstos repitieron sus palabras al llegar a sus respectivos campamentos. Todos alabaron su sabiduría y durante meses, las órdenes del jefe fueron obedecidas al pie de la letra. Pero el tiempo pasaba y Garab no volvía. ¿Le había ocurrido un accidente?... ¿estaba enfermo?... ¿o muerto, tal vez?... Había expresado la intención de hallar un terreno adecuado a la explotación. Posiblemente lo había encontrado, formado otra banda y estaba en camino de enriquecerse, mientras ellos seguían inactivos, en sus tiendas, como mujeres, dejando pasar las caravanas de mercaderes que cruzaban la región.

El tiempo pasaba y estas ideas, vagas al principio, fue-

ron tomando consistencia. Empezaron a expresarlas tímidamente entre amigos. Luego las discutieron abiertamente en los consejos de jefes y de ancianos. Tentados por el pasaje de las caravanas, se hacía difícil frenar la avidez, y uno de ellos secretamente celoso de Garab, la incitaba, en la esperanza de apoderarse del lugar del jefe, dando un golpe provechoso.

Llegó el día en que incapaces de contener sus instintos de aves de rapiña, decidieron organizar la banda bajo la dirección de Dawa, el hombre impaciente por ser jefe.

Se habían señalado dos caravanas. Una transportaba mercaderías de China al país de Ga y pasaría cerca de los lagos gemelos: Qyara y Nora.¹ La otra era la caravana anual de los tibetanos de Amdo, que van a vender caballos y mulas a Lasa. El rebaño que escoltaban comprendía más de trescientas cabezas. Como de costumbre, atravesaban las planicies herbosas al oeste de los campamentos de los bandidos por Tsaidam y Hor Nagchuka.

Las dos caravanas fueron atacadas, con pocas semanas de intervalo. Los de Amdo se defendieron vigorosamente, y los malandrines sólo pudieron apoderarse de una pequeña parte del ganado, y dejaron dos muertos en el campo de batalla. Por otra parte, uno de los mercaderes chinos que iban a Ga, se ahogó en un torrente al tratar de huir, cuando fueron atacados. De los tres heridos de Amdo, uno murió en camino, cuando sus compañeros lo llevaban al Tíbet central.

Estos atentados, después de un período de relativa calma conmocionaron la opinión pública, tanto en la frontera con China, como en el Tíbet. Los comerciantes de ambos países reclamaron el castigo. El general mu-

¹ Nombres tibetanos de los lagos llamados Oring y Noring en los mapas.

sulmán que hacía tiempo preparaba una expedición que fuera provechosa a sus tropas mal pagadas, se sintió feliz de que se le diera la ocasión de aparentar que hacía justicia y lograba la seguridad para los viajeros honestos. Sus hombres, la mayoría chinos mestizos con turcomanos, todos bravos y bien entrenados, cayeron sobre los campamentos y triunfaron ante una resistencia mal organizada. Gran número de pastores murió en combate; los prisioneros fueron todos masacrados.

Los éxitos de Garab durante una docena de años de bandidaje, habían atraído la atención del general, y éste mandó una expedición para traerlo vivo o muerto. Su cabeza sería expuesta en una ciudad cerca de la frontera, para intimidar a los que quisieran imitarlo.

Los musulmanes pensaban que el célebre bandido estaba a la cabeza de sus tropas, rigiendo la defensa, pero Garab sin sospechar lo que sucedía, volvía del Khang-Tisé.

Las señas particulares de Garab, dadas por las víctimas anteriores, no correspondían en absoluto a la fisonomía de Dawa, jefe actual, y causante de las represalias tan temidas por Garab. Los oficiales musulmanes no se engañaron. Dawa fue hecho prisionero, azotado ferozmente y les dijo cediendo ante el dolor, que Garab había partido hacía mucho tiempo, con su mujer y dos compañeros al Khang-Tisé. Agregó que no tardarían mucho en volver. Después de dar esos datos, lo mataron a palos.

Terminada la operación, el grueso de la tropa volvió para llevar el ganado de los vencidos, incluido el de Garab. Algunos puestos militares diseminados en el país, fueron encargados de vigilar que las tribus dispersas, no formaran nuevas bandas. Tenían orden de apoderarse de Garab y los suyos. Las vastas mesetas volvieron a la calma y al silencio.

En su viaje a Lasa, Garab había atravesado las llanuras desiertas que se extienden al norte de Hor Nagchuka. En estos parajes atacó a la caravana de peregrinos mongoles donde halló a Detchema. Pero al volver del Khang-Tisé, prefirió una ruta habitada, después de tanta soledad. Se encaminó al norte, hacia Tcherkon, ¹ distante unos doce días de marcha de su campamento habitual.

Fue cerca de Nantchén, poco después del territorio gobernado por Lasa, que se enteró de lo sucedido meses antes entre sus amigos.

Un aldeano que venía en sentido inverso se detuvo lanzando una exclamación de sorpresa.

—¡Que los santos lamas nos protejan! ¿Eres tú el jefe Garab?

—Yo soy —respondió éste tranquilamente.

—¿Y qué haces aquí?

—Vengo de una peregrinación al Khang-Tisé y vuelvo a mi casa.

—¡A tu casa!... ¿Entonces no sabes nada?

El hombre rápidamente contó lo que había oído sobre la expedición de los musulmanes, la masacre de los pastores y la ruina total de los pocos que habían logrado escapar. Informó también a Garab, que los soldados se hallaban en Nantchén, que su cabeza había sido puesta a precio, y que el hecho de viajar con una mujer y dos hombres era conocido y serviría para identificarlo. Aconsejó al ex jefe pasar de nuevo la frontera y separarse de su compañera mientras estuviera en territorio chino.

Dicho esto, el aldeano aseguró a Garab que no diría a nadie haberlo visto y se apuró a dejarlo, para no comprometerse si alguien pasaba.

Cuando el hombre se alejó, Gorin declaró:

—Es necesario que nos separemos. En cuanto a Det-

¹ Nombre del puesto avanzado chino, Jakiyendo en los mapas.

chema, no debe quedar con ninguno de nosotros; su presencia nos traicionaría. Por nuestra seguridad, y por la suya, debe cambiar completamente de apariencia. Que se quite las joyas, —el jefe las guardará si no lo cree imprudente— que ensucie su lindo traje para que parezca viejo. Sobre todo que se corte los cabellos al ras; eso la hará irreconocible, y podrá pasar por una religiosa que va en peregrinación. Nadie soñará en relacionarla con nosotros y podrá pasar la frontera sin ser notada. Además no es del país, nadie la conoce. Y si fuera descubierta, puede decir que la ha abandonado; esto no parecerá raro a los que lo conocen, ha dejado más de una...

—Separémonos entonces —respondió Garab—. Tal vez sea la mejor solución. Pero en cuanto a Detchema, eso me correspondé a mí. No la dejaré.

Detchema lloraba.

—Es necesario para tu seguridad, parte sin mí, Garab. Pero cortarme mis cabellos, no, no podré nunca. No es indispensable. Puedo ir a pie y seguir otra ruta. Nos reuniremos donde quieras. Esconderé mis joyas bajo mi vestido, lo ensuciaré, y llevaré una manta y víveres sobre la espalda. Me tomarán por una aldeana que va a ver parientes. Todavía estamos cerca de la frontera, tardaré dos días en pasarla. Si encuentro soldados en el camino, no sabrán quién soy. Gorin tiene razón, si descubrieran que soy tu mujer, no me matarían.

—No, ¡no te matarían!... —exclamó lleno de rabia—. Ellos...

La idea de que Detchema, que, estaba seguro, nunca conoció más hombre que a él, pudiera ser diversión de soldados, lo volvía loco. Luego de la sospecha de que la joven había gustado las horribles caricias del fantasma demoníaco en Khang-Tisé, Garab sentía una desconfianza irritante, siempre despierta.

Detchema, pensó, no ignoraba lo que sería de ella si caía en manos de los soldados sabiéndola su mujer. Parecía resignarse muy fácilmente. ¿Acaso no esperaba el placer?...

Lanzó un juramento, y temblaba de arriba a abajo.

—Haríamos bien en no quedarnos sobre el camino —dijo Tsöndu, que notaba la agitación del jefe—. Acabamos de ser encontrados y reconocidos; no hace falta correr más riesgos. De aquí a la noche, tendremos tiempo de examinar bien el asunto.

La sabiduría de este consejo era evidente. Los cuatro jinetes dieron la vuelta, y poco después descubrieron por encima del camino, un hueco en la montaña. Hicieron pie a tierra, tomaron los caballos por la brida y los ayudaron a trepar la pendiente. Se ocultaron en las sinuosidades del barranco, y formaron consejo.

La situación inesperada en que se encontraban hubiera abrumado a otros, pero no a estos osados corretores de aventuras. Estaban arruinados, separados de los suyos, obligados a exilarse por largo tiempo, y obligados a proveerse de víveres a la brevedad. Pero la única preocupación sería, concernía a su amado jefe, que los había guiado en tantas victorias provechosas, y cuya vida estaba en peligro. En cuanto a ellos, bastaría con volver a territorio tibetano sin ser descubiertos; esto no parecía difícil, si, como aconsejaba Gorin, se dividían.

Garab repartió las provisiones y el dinero que quedaba. Sus compañeros lo instaban a que se separara de Detchema, y él respondía con rotundas negativas. No insistieron más.

Gorin y Tsöndu declararon que irían hacia el Este, dejando al jefe, más amenazado que ellos, el itinerario más cómodo y corto. Volvería sobre la ruta recorrida que ya conocía, y aún durante la noche podría encontrar el vado para cruzar la frontera.

Al caer la noche, los cuatro llevaron sus caballos al sendero, y se separaron después de desearse buena suerte.

Garab y Detchema cruzarían de noche los lugares abiertos, y llegarían de mañana a las gargantas boscosas donde se ocultarían hasta la noche.

No hubo incidentes en la cabalgata de los amantes. Apuntaba el día y llegaron a los bosques. Acelerando la marcha, Garab calculaba que podrían llegar al vado antes del anochecer.

El río, que en esos parajes constituye el límite entre los territorios que dependen de China y de Lasa, era el único vado en una larga distancia. En este lugar, el río, que en todo su camino corre profundamente encajonado, se extiende en la vasta llanura donde convergen varios valles.

Desde la salida del sol empezó a llover torrencialmente, y solo paró a la noche. Torrentes de agua caían por las pendientes a los valles y los arroyos se desbordaban. El vado estaba lejos aún de ahí, pero se dieron cuenta de que la altura y la velocidad del agua, no les permitiría el paso. Pasaría medio día antes que el nivel del río hubiera bajado lo suficiente como para cruzarlo. Además habría que asegurarse de si el vado no se había desplazado por la fuerza de la corriente, cosa que sucede con las crecidas violentas. Este reconocimiento sólo podía hacerse a pleno día.

Los fugitivos se miraron en silencio, desconcertados. Pero no había que exagerar la gravedad de la situación. Habían pasado muchos meses desde la expedición de los musulmanes. La excitación causada debía estar muy calmada. Dawa declaró que la vuelta de Garab era probable y sin duda cercana; esto no significaba que fuera segura. El jefe podía haberse enterado desde lejos, de todo lo sucedido, y en ese caso se guardaría muy bien de volver. Si lo encontraban gentes que no lo conocían,

la relación entre un viajero que iba al Tibet y el jefe de la banda sería difícil de establecer.

Garab, con estos razonamientos trataba de tranquilizar a su compañera, a la que veía muy preocupada.

—Tal vez deberíamos volver y ocultarnos en los bosques, hasta que el agua baje —dijo—. Si no llueve más, el nivel bajará mucho durante la noche. También podríamos continuar hasta el vado y mañana examinarlo.

Detchema escrutaba el cielo y el horizonte. Espesas nubes negras planeaban muy bajo, y un muro de niebla avanzaba lentamente por la extremidad opuesta de la meseta.

—El río no bajará —dijo ella—. Todavía lloverá esta noche.

Luego fijó los ojos en un punto lejano, tratando de distinguir unas formas que había entrevisto.

—¡Garab! —exclamó—. Mira allá abajo... Dos jinetes. No llevan trajes, no son del país... son soldados... ¡Vienen hacia este lado!

—Sí, los veo —respondió Garab—. Es posible que nos hayan visto, o si no lo harán pronto. Ya no podemos retroceder, les parecerá raro. Sigamos nuestro camino. Vienen de inspección, o de cazar, y tomarán el camino por donde vinimos; no tardemos, antes que lleguen estaremos fuera de su vista.

—¿Pero no podremos cruzar el río?

—Eso no. Avanzaremos siempre, y pondremos distancia entre ellos y nosotros. Después veremos.

Mientras hablaba hizo trotar a su caballo, y se alejó siguiendo el río.

Pero los dos jinetes cambiaron de dirección; era evidente que querían alcanzar a los viajeros. En la frontera pululan los espías, y tal vez querrían interrogar a la pareja que viajaba de noche y con mal tiempo.

Pero de nuevo tuvo Garab la visión torturante de Detchema estrechada por otros brazos que los suyos, y

azotó la cabalgadura de la joven, haciéndola tomar el galope, y él siguió detrás.

El cambio brusco de marcha, pareció sospechoso a los soldados, que a su vez salieron al galope, y comenzó la persecución. Ahora se dirigían en línea recta hacia ellos aproximándose rápidamente. Garab tomó el fusil que llevaba en bandolera, y sin disminuir la velocidad, tirador consumado, apuntó al más próximo. La bala le acertó en medio del pecho; el hombre cayó del caballo. El otro soldado echó pie a tierra y observó unos momentos el cuerpo yacente en el suelo. Sin duda la muerte fue instantánea, porque sin atenderlo, saltó sobre su caballo, y reanudó la caza.

Reconocida o no su identidad, el ex bandido era ahora el asesino de un soldado, y sólo la fuga podía salvar su vida.

En la ribera opuesta los bosques avanzaban hasta el borde del agua. Por el aspecto del paisaje, le pareció a Garab que se encontraba cerca del vado. Pero ¿cómo reconocer el lugar de noche en esa agua espumosa que tronaba entre las rocas?

Resonó una detonación; el soldado había tirado; la bala silbó cerca de Garab, sin tocarlo. Se volvió a medias sobre la silla, y tiró a su vez. El soldado dio un grito, llevó una mano a su hombro, pero siguió galopando.

En ese momento se oyeron gritos entre la niebla; llegaban hombres. El jinete herido les respondió gritando en chino. Garab comprendió que un destacamento recorría la región; los dos soldados que lo habían visto, eran exploradores, y sus compañeros acudían atraídos por los tiros. Quedaba un solo recurso: aprovechar la oscuridad y cruzar a la orilla opuesta.

—¡Detchema! ¡querida! Puede ser la muerte, pero tal vez la salvación. Ven —gritó fuera de sí. Asiendo por la brida el caballo que ella montaba, lo arrastró a través de

las tierras inundadas, hacía el centro de la corriente. Por un azar extraordinario se hallaban sobre el vado, barrido por las aguas furiosas. Uno tras otro, los caballos nadaron enloquecidos, llevados por la corriente, luego hicieron pie, tropezando en las piedras que arrastraba la corriente. Ya se acercaban a la orilla, cuando el caballo de Detchema cayó arrojando a la joven al río, y la rápida corriente se la llevó. Antes que Garab con su caballo luchando por levantarse, hubiera podido retener a su amiga, no quedaban visibles más que sus manos, girando en los remolinos espumosos, entre las piedras.

Como un loco, sin saber lo que hacía, saltó de su caballo sobre una roca plana, y desde ésta a otra que casi tocaba la orilla seca. Nació en él la idea extravagante de que podría correr, ganar en velocidad a la corriente, y asir a Detchema cuando pasara.

En ese momento, un balazo partió de la orilla opuesta; tocado entre los hombros, Garab rodó detrás de la roca.

Sobre la ribera se extendían espesas capas de niebla, aumentando la oscuridad. Era imposible distinguir nada a más de dos pasos de distancia.

En el lugar en que cayó Garab, el agua era poco profunda. Bastaría permanecer inclinado y quieto, para no ser visto.

Vagamente, entre el ruido de las aguas Garab oyó voces, luego los cascos de los caballos de una tropa que se alejaba. ¡Estaba salvado!

¿Sabrían los soldados quién era él? se preguntaba. ¿Creen que fue arrastrado por la corriente? ¿Al día siguiente buscarían su cadáver, para cortarle la cabeza y enviarla al jefe, conservada en sal, para ganar la prima? ¿Encontrarían a Detchema?

¡Detchema!... El debía encontrarla viva o muerta... ¡Cómo se alejó, increíblemente ligera, al ras del agua!... Tenía grabada la visión de sus dos pequeñas manos,

temblando como mariposas, entre los remolinos del río. Jamás lo olvidaría.

Garab sentía que algo tibio corría a lo largo de su espalda. ¿Su herida sería seria? No sufría mucho pero la cabeza le daba vueltas, y una gran debilidad le nublabla las ideas. Trató de incorporarse. "Debo irme del río", pensó. Con esfuerzo logró avanzar lentamente, a tientas. Unos minutos después sus manos encontraron unos arbustos, y asiéndose a ellos, entró en territorio tibetano. Dio algunos pasos, y cayó sin conocimiento.

Con las primeras luces del alba, dos jinetes avanzaban por un sendero zigzagueante del bosque, sobre la orilla tibetana. Uno era de edad, el otro joven. Habían pasado la noche en una aldea vecina, y se dirigían a un lejano monasterio de Böns.¹ Eron Böns médicos, y el hombre de más edad, de nombre Migmar, trabajaba con ellos. Este era el tío materno del joven llamado Anag. Sus padres habían muerto recientemente en una epidemia, y Migmar lo llevaba al monasterio, pues juzgaba que la profesión de médico era la apropiada para asegurarle una situación cómoda. Ahí le enseñarían el arte de curar, con medicamentos y prácticas mágicas.

Ambos comentaban los estragos causados por la lluvia y la inundación de la víspera, cuando un relincho interrumpió su conversación. Un caballo ensillado salió del bosque. El dueño del animal no se veía por ningún lado.

—Bájate y átaló a un árbol —dijo Migmar—. Su dueño lo estará buscando y sin duda lo encontraremos. Es mejor que el caballo no se aleje más.

Anag se preparaba a hacer lo que su tío le pedía, cuando otro caballo, también con sus arneses, apareció ramoneando aquí y allá.

¹ Böns: sectarios de la religión que existía en el Tibet antes del budismo, e introducida hacia el siglo VII.

—¡Esto sí que es raro! —dijo el joven—. ¡Otro caballo!
—Debe haber varios viajeros por acá, —respondió Migmar—. Cuando un caballo tiene el hábito de soltarse para retozar en libertad, los compañeros que no están bien atados lo siguen. Trata de prender a éste también. Llamaremos a sus dueños, que deben estar buscándolos. Es un favor que se hace entre viajeros.

Migmar se apeó. Anag ataba los caballos cerca de los suyos. Luego con todas las fuerzas de sus pulmones gritó llamando en el bosque. Nadie respondió.

—Tal vez están lejos, —dijo Migmar—. El río bajó mucho, pero aún está rugiendo; debe cubrir tu voz. Esperemos un poco más.

Anag continuó llamando y desplazándose en distintas direcciones. De pronto lanzó una exclamación.

—¡Tío Migmar! Ven. . . ¡Acá hay un muerto!

Migmar acudió. Al pie del árbol donde había caído la noche anterior, Garab seguía tirado en la tierra fangosa.

Cuando los dos hombres se inclinaron sobre él, creyeron oír un débil gemido.

—No está muerto, —exclamó Anag.

—No parece, —repuso Migmar que se arrodilló y lo examinaba con calma profesional.

—Debe haber sido sorprendido por la crecida de ayer —dijo Anag.

—¡Cállate! —ordenó bruscamente su tío—. El río no subió hasta donde estamos, y este hombre no es un ahogado.

Migmar quitó el traje enlodado a Garab, y apareció la herida.

—Se trata de un crimen —dijo en voz baja—. Este desdichado tiene una bala en la espalda. Debe ser el dueño de uno de los caballos que encontramos. Su compañero, que montaba el otro, yace probablemente en otra parte del bosque. Habrán sido atacados por bandidos. No nos quedemos aquí, no hagamos ruido. Los malandrines deben

andar todavía por esta zona. . . Pero, ¿por qué no se llevaron los caballos? . . . Esto sí que es raro.

—Los dos se batieron. tal vez —sugirió el joven.

—Y se han herido mutuamente —continuó Migmar—. Es posible. Busquemos al otro.

Trasladaron a Garab a un lugar de malezas, para ocul-
tarlo. Ahí Migmar lavó y vendó la herida rápidamente.
Luego registraron el bosque durante algún tiempo, sin
hallar el menor rastro del otro viajero.

—No podemos tardarnos más. Podría ser peligroso —dijo
Migmar—. El otro hombre puede haber caído al río. Lle-
varemos al herido. Está inconsciente. Lo pondremos sobre
los sacos, en uno de los caballos. Montaré uno de los que
encontramos.

—¿Nos llevamos el otro también?

—¡Naturalmente! No se abandona en un camino a un
animal tan valioso. Si el herido se cura y reclama los
caballos, le explicaré. . . ¿Has mirado qué contienen los
sacos de las sillas?

Los sacos contenían dinero, provisiones y ropa mojada.

—Esta gente cruzó el río, o trató de hacerlo —murmuró
pensativamente el médico.

—Dejaremos al herido y a su caballo, en la próxima
aldea —dijo Anag, como si fuera lo más lógico.

—De ninguna manera —replicó vivamente el tío—. Lo
llevaremos al monasterio, donde será bien atendido. . . si
llega hasta allá —murmuró entre dientes—. No comentes a
nadie este asunto. Para todos, el enfermo es nuestro amigo
que se cayó del caballo en la montaña y está mal herido.
Los cuatro caballos nos pertenecen. ¿Has entendido? Si
me desobedeces y hablas, lo pasarás mal—. El viejo echó
a su sobrino una mirada tan fuerte, que el joven se estre-
meció.

—No tengo intención de desobedecerle, tío —contestó
sumiso—. Usted sabe mejor que yo lo que conviene hacer.

Pero en su interior, Anag se preguntaba si no habría hecho mal en seguir a su tío, que resultaba tan autoritario.

“Vivo o muerto —pensaba Migmar—, el cuerpo de este hombre será útil a nuestro Gran Maestro”. No le gustaba esta idea; el recuerdo del “Gran Maestro” le causó sensación de temor, y le pareció que una corriente helada corría por sus venas.

Envolvieron a Garab en una manta, lo ataron sobre los sacos, siempre inconsciente. Anag ató las riendas del caballo del herido, a la silla del que iba a montar... Era el de Detchema. Y continuaron viaje hacia el monasterio de los Böns-médicos.

La suerte fue más piadosa con Detchema que con su amigo. Salió indemne del accidente que pudo costarle la vida. No había sido llevada por la correntada del centro del río. Cien metros más abajo, medio sofocada y golpeada, pero viva, fue arrojada a una pequeña playa.

Pero su situación era crítica. La playita estaba bajo el agua, que le llegaba a Detchema a media pierna, y la roca tras ella, se elevaba vertical y lisa. Trepar por ella resultaría imposible. Si volvía la creciente, se ahogaría. Felizmente para ella, no volvió a llover. Sentía bajar el agua, a medida que las horas pasaban. A media mañana, la playa estaba seca, y pudo ganar la orilla saltando de roca en roca, sobre los charcos.

Durante esa trágica noche, no dejó de pensar en Garab. ¿Qué sería de él? Probablemente había atravesado el vado sin accidente. Era mejor jinete que ella. Sin duda la creía muerta; en lugar de alejarse querría buscar su cuerpo, y cometería la imprudencia de dejarse ver. Si sabían que el que se les había escapado no era un espía o contrabandista común, sino el célebre bandido cuya cabeza estaba a buen precio, la avidez los induciría a cruzar la frontera y apresarlos, aún en territorio tibetano. Para

evitar esto era necesario que encontrara a Garab lo antes posible.

Detchema recorrió el bosque pensando en todo ello, cuando llegó al vado. El río había bajado mucho, y estaba cerca del lugar en que Garab había cruzado. Pasó por el lugar exacto donde él había caído desvanecido, pero nada le advirtió lo sucedido allí. Seguir en esta dirección es inútil, pensó. Si Garab busca mi cuerpo, lo hará en la dirección de la corriente que me llevaba; debo bajar por el curso del río.

Caminó largo tiempo sin sentir fatiga o hambre. No veía rastros de Garab. ¿Qué sería de los caballos? El suyo cayó, y podía haberse ahogado. ¿Y el de Garab?

¿Habría estado buscándola Garab toda la noche? Era posible.

Con la mirada errante, vio de pronto algo azulado que la brisa hacía palpar, como un pájaro, y el sol hizo brillar algo a su alrededor. Intrigada, se acercó. Se oyó un grito. El objeto era el sombrero de Garab, adornado con el galón azul y oro. Estaba enganchado en una roca. "Este sombrero —pensó— es signo seguro de su muerte."

Las supersticiones ancestrales y los remordimientos que tuvo en Lasa atormentaban de nuevo a la pobre.

El sueño que le hizo sacrificar egoístamente a sus abuelos se realizó, pero el castigo caía sobre su amado.

Fue para complacerla, que Garab decidió ir a Lasa. Si hubiera vuelto directamente a su campamento sería aún el jefe rico y poderoso. También por ir a Lasa había hecho la comedia ante el Dalai Lama. Al Omnisciente no se lo podía engañar y si logró una bendición recurriendo a su astucia, el castigo llegaba sin remedio con una muerte miserable.

Ella era doblemente responsable de su muerte. Debía insistir para que fuera solo. ¿Quién sabe si el hecho de haber visto a una mujer, no fue lo que despertó las sospechas de los soldados? Debía disfrazarse de religiosa,

como Gorin aconsejó. ¡Oh! ¿por qué no se había cortado los cabellos? No quería afearse, y Garab se la llevó para ahorrarle ese sacrificio.

¡Su cabellera!... Ahora la detestaba. El hombre de sus sueños, el amante cuya sola presencia la hacía temblar, el osado jefe para quien quería ser bella, estaba muerto. No quería más ser bonita; cortaría sus cabellos malditos. Ningún hombre la había tocado antes que Garab, ninguno la tocaría jamás, ya que él no estaba. Entraría en un convento.

Trastornada por la desesperación, lloraba, la cabeza entre las manos, se golpeaba contra árboles y piedras, hasta que cayó prosternada de rodillas en el lodo.

De pronto resolvió algo. Sacó el cuchillo del estuche de los cubiertos de viaje, y comenzó a cortarse el pelo. Largas mechas negras caían al suelo. En pocos minutos su cabeza quedó horrible. Pelada por un lado, y con nechones por el otro.

Terminada la triste faena, recogió las mechas, las anudó, y con una actitud desafiante, las tiró donde encontró el sombrero, como en ofrenda.

—¡A ti Garab, mi amor. . . mi vida!

El sacrificio estaba cumplido. Un frío glacial sintió Detchema en sus venas. Apaciguada, las lágrimas le caían por las mejillas. Por última vez miró el sombrero mojado. Se levantó el agrio viento del Norte. Detchema elevó las manos unidas hacia él, y como ante las imágenes de los dioses en el templo, hizo tres prosternaciones, y se alejó a través del bosque.

El sombrero de Garab, golpeado por el viento y el agua, se mantenía obstinado en la roca.

Era ya noche, cuando Detchema llegó a la puerta de una granja solitaria, y la mujer que le abrió, retrocedió al verla, como si estuviera ante una aparición demoníaca. La ropa todavía húmeda, y la cabeza desfigurada, la obligaron a dar una explicación a la granjera.

Inventó un peregrinaje con su padre, la inundación los tomó de sorpresa y la corriente se llevó al viejo. Era una historia plausible. No eran raros los ahogados en los ríos desbordados del Tibet.

—Pero ¿por qué sus cabellos estaban así mutilados?

—Hice un voto para que mi padre renazca en el Paraíso Occidental de la Gran Beatitud (Noub, Déwatchen) —respondió ella—. Me los corté en signo de penitencia. Voy a hacerme religiosa.

Tanta piedad filial, conmovió a la granjera.

—¿Usted es casada? —preguntó.

—Soy viuda —dijo Detchema tristemente.

—¡Tan joven! ¡Qué pena! Hace bien en refugiarse en la religión. Este mundo es nada más que dolor, pero Bud-dha ha mostrado el camino que conduce más allá de todo sufrimiento. . .

Detchema, con la ropa ya seca, bebió un tazón de sopa y se durmió deshecha por la fatiga.

Al llegar el día se fue de la granja con algunas provisiones, hacia un monasterio que la granjera le indicó. Estaba a un día de camino.

Esa misma noche repitió la historia que había inventado, a la superiora del monasterio. Le ofreció las joyas que traía escondidas para que con el producto de la venta se prendieran lámparas por el bien de su padre, dijo pensando en Garab, y donaba a esa comunidad todo el dinero restante.

Al día siguiente, la cabeza de Detchema estaba correctamente rapada, y, ocho días después, recibía la orden menor de las novicias.

• • •

CAPÍTULO VI

La cueva de los magos negros. — Un místico hindú en busca de la inmortalidad. — Un laboratorio infernal. — El prodigioso elixir de vida. — Evasión de la fortaleza de los magos negros.
Drama en la selva.

So sa ling, es un monasterio de apariencia modesta; asentado en un monte de baja altura, carece de la arrogancia que tienen la mayoría de las abadías lamaístas, altas, envueltas en las nubes. Las enormes hojas de la puerta monumental se abrían dentro de la muralla exterior. Estaban pintadas de colores vivos, predominando el rojo y el verde; el sol y la lluvia de años, descascararon las figuras de seres fantásticos que un artista pintó tiempo atrás. En diversos lugares aparecía la madera bruñida y rajada. Esta vetustez contribuía a dar a la entrada del monasterio un aire acogedor.

Esa impresión de confianza, no duraba mucho. Al entrar, se hallaba un patio con una muralla al frente de una serie de edificios de piedra gris. Una segunda muralla, con una puerta estrecha y baja, se veía en el ángulo opuesto. Al abrirse esta puerta, un muro impedía ver el interior de la segunda muralla. Esas construcciones constituían el hospital. Dentro de la segunda muralla, estaba el templo y la logia de cenobitas que los enfermos nunca veían.

So sa ling significa "Lugar donde se cura". Desde tiempo inmemorial, los médicos residían allí; pertenecían a la

vieja religión del país, una especie de chamanismo para grandes adeptos mezclado con filosofía y magia, y a cuyos fieles se llama *Böns*.

Cuentan que el fundador de estos terapeutas fue un chino que se estableció allí, tenía más de mil años, y según la leyenda, vivía en *So sa ling*, invisible para todos, salvo para algunos discípulos escogidos, dotados también de prodigiosa longevidad.

A sus conocimientos médicos, unían ciencias secretas y ritos mágicos. Gozaban de alta reputación y desde lejos venían los enfermos. Los que no habían hallado alivio para sus males allí se curaba la mayoría. Con todo, a pesar del servicio que prestaban a la comunidad, el amor y respeto que inspiraban los cenobitas, estaba mezclado de temor. Circulaban rumores, el miedo a no se sabía bien qué, sin un fundamento preciso. Estos *Böns* sabían, mejor aún que los lamas, doblegar a los demonios que causaban las enfermedades.¹ Esto los hacía sospechosos, la capacidad era demasiado grande para ser humana, y debía haber algo sobrenatural, pensaban los budistas de la región. En oposición a los demás monasterios tibetanos, que se jactaban de sus múltiples prodigios, los monjes de *So sa ling*, jamás hablaban de milagros. Esta reserva, fortificaba la creencia de poderes ocultos, y aumentaba el temor.

Al fondo de la segunda muralla, el templo, que a la vez servía de sala de asamblea a los religiosos, ocupaba todo el contrafuerte de la montaña. Estaba adosado a una alta muralla vertical de roca lisa, y más lejos agujas estrechamente cerradas y entreveradas, trepaban hasta la cresta de la montaña. No existía medio alguno de acceso

¹ Según la creencia popular tibetana todas las enfermedades son causadas por malos espíritus, demonios o genios que han sido irritados.

que permitiera ver la cumbre. Sin embargo, entre las agujas se filtraba un resplandor.

Los médicos de So sa ling saben mucho de genios o deidades, pensaban las gentes de la villa, mirando esos retiros inaccesibles que bien podían ser sus moradas.

Y fue a este singular monasterio que Migmar llevó a Garab, con la ayuda de su sobrino.

Durante el trayecto, Garab pasaba del estado de coma al de delirio. Después de varias semanas, de pronto, despertó y se quedó atónito mirando a Anag, que estaba cerca de él.

Anticipándose a las preguntas que le haría y obedeciendo las instrucciones de Migmar, dijo rápidamente:

—Usted fue herido; mi tío que es médico lo ha estado cuidando; me llamo Anag. Estamos en un *gompa* (monasterio).

Su tío le había ordenado no decir nada más, así que se apresuró a dejar el cuarto.

Garab se restablecía lentamente; luego, un día, sintiendo el encierro de su cuarto, le dijo a Migmar que deseaba salir, pasear por afuera y acostumbrarse de nuevo a caminar. El día de la partida se acercaba, ya que gracias a los buenos cuidados recibidos se sentía curado.

Migmar sonrió al oírlo.

—No se haga ilusiones sobre sus fuerzas —dijo—, están lejos de haber vuelto. Aún no debe salir del monasterio. La regla es formal respecto a eso; nuestros enfermos sólo cruzan la puerta enteramente curados. Si lo dejan antes de tener el permiso médico, no se les permite volver. Espere. ¿Qué lo apura?

Era el recuerdo de Detchema, lo que incitaba a Garab a salir del hospital. Ella se había ahogado; qué duda podía tener sobre eso. Vea sus manos girando entre los remolinos y desapareciendo en la noche. ¿Habría podido salvarla aunque no lo hubieran herido? Lo dudaba, pero suele haber milagros inesperados. Debía consultar a un "vidente".

Anag sentía amistad por el jefe de bandidos. Ignoraba su profesión, pero suponía que el herido era un aventurero; en el fondo de su corazón lo admiraba y envidiaba. No estaba a gusto en So sa ling. Su tío era autoritario, y lo controlaba estrechamente. Anag, joven y vigoroso, sufría con las múltiples restricciones que se le imponían. Rara vez le era permitido ir a las aldeas vecinas, y cuando lo hacía era para acompañar a los monjes en sus ocupaciones, llevando los víveres de las colectas, instrumentos rituales, o preparaciones médicas cuando uno de los doctores visitaba a un enfermo. Anag se ingeniaba para aprovechar esas ocasiones, yendo a beber un bol de alcohol o de cerveza, y charlar con los aldeanos.

Ese día, estaba sentado cerca del fuego, en la cocina de una granja. Los muchachos de la casa hacían preguntas:

—¿Tú eres recién venido?

—Sí.

—¿Qué haces con los Bõns?

—Soy sobrino del doctor Migmar, que me trajo para enseñarme medicina.

—¡Ah! Tú serás de esos que quedan en el hospital ¿Has visto a los otros que cantan oficios en el templo? ¿Viste al superior?

—No. Todavía no me admiten en las asambleas. No soy más que un novicio.

—¿Has oído decir que su dios aparece ciertos días detrás del altar?

—No.

—Tal vez no es cierto. Un muchacho de aquí contó una historia respecto a eso; iba a menudo al monasterio. Sus padres cultivan tierras que pertenecen a los Bõns, y él les llevaba granos y otras cosas:

“No sabemos lo que oyó o vio, pero le fue mal por ser curioso. Los de So sa ling hacen el bien, pero es mejor tenerlos a distancia.

“Fue el día de la fiesta anual, en que el templo se abre

para todos. Los Bóns de los alrededores veneran a sus dioses en So sa ling, y el muchacho fue con su familia. El no era religioso, pero le gustaba beber.

"Largo rato después del anochecer, llegó muy nervioso y algo bebido. Y dijo: "Descubrí algo raro en So sa ling. El superior me pegó varias veces sin razón, y lo quise embromar. Mientras la gente pasaba por el altar, me escondí entre las cortinas y estandartes de las procesiones. Ahí hay una puerta secreta, angosta y oscura. Cuando el superior entró para la propiciación me escurrí tras él. Quería desordenarle un poco las ofrendas sin que se diera cuenta, y escapar. Pero cuando dijo las palabras para hacer venir al dios, y este vino, y vio que las cosas no estaban como lo establecen las reglas mágicas, se encolezó y le pegó al superior.

"El Gran Bön no me dejó salir y quedé encerrado. Fue una suerte no haber tocado las ofrendas. Puede que el dios no me haga nada. Pero pasé un momento horrible y quería salir de ahí... Dame algo de tomar."

"Había bebido bastante, pero se tomó varias copas más, y continuó:

"Salí, pero no por donde había entrado. Eso sí fue duro. Te diré... Te lo diré mañana." Su lengua estaba pastosa, tenía sueño, y se fue a su casa. Al día siguiente encontraron su cadáver en el lechó de un arroyo seco, con el cráneo partido.

"¿Raro, no? Ese desgraciado estaba loco. No se puede hacer uno el malo con los dioses... ni con los Bóns de So sa ling. Tú tienes aire de buena persona. ¡Desconfía!"

Algunos días después, Anag contó esta conversación a Garab que compartió la opinión del paisano. No podía uno hacerse el gracioso con los dioses. Pensó en la comedia que había hecho en Lasa, y las desgracias posteriores, la muerte de Detchema.

La idea de consultar a un "vidente" seguía fija en su

cabeza. El superior del monasterio debía saber cómo conseguí un oráculo. Le hablaría.

Garab contó su idea a Anag, y este le aconsejó que antes consultara con su tío.

—Reflexiona —agregó Anag—. Este superior me parece un personaje peligroso. Por mi parte no quiero verlo jamás. Me iré antes de lo que mi tío cree.

—¿Dónde quieres ir?

—Mira, cuando tú te vayas, quisiera irme contigo.

Garab se puso a reír.

—¿Qué harás conmigo, cuidar mi ganado? Ya no lo tengo, me lo robaron.

—¿Quiénes, los asaltantes?

—Yo creo que sí.

—Nunca me dijiste cómo te heriste.

—Y tú no me has dicho aún dónde estoy.

—Mi tío me lo prohibió.

—No importa.

Anag dudó.

—Detrás de la primera cadena de montañas, corre el río Giamo nou Tchou (Salouen). Después que te responda, ¿me llevarás contigo?

—Lo pensaré; antes debo consultar a un "vidente". El superior no me asusta.

Migmar no se apresuró a presentar a Garab al superior.

—Yo examinaré el asunto —respondió a Garab.

Días después vino a informar a Garab que debía dejar esa habitación del hospital y entrar en la segunda muralla, mientras el superior le obtenía un oráculo del dios protector de So sa ling. Esto no le gustó a Garab. Pero no veía cómo rehusarse sin renunciar a la respuesta del oráculo.

Al anochecer, llamó a Anag, y le dijo lo que había decidido.

—Esto no me gusta nada —dijo Anag—. Créeme, no te pongas en manos del superior.

—Pero ¿qué tienes contra él, si nunca lo has visto? No se le puede juzgar por los cuentos de los paisanos.

—No, tal vez no. Pero tengo miedo por ti: Oí decir a mi tío, a uno de sus colegas, que tú eres un caso interesante.

Interesante ¿para qué? ¿y para quién? La idea de que pases la otra muralla me angustia. ¿Estás realmente decidido?

—Completamente.

—Bueno, entonces yo también. Pasado mañana debo acompañar a uno de los “ancianos”, que va a recibir los lingotes de plata. Los pondrá en los sacos de su caballo. En los míos llevaré manteca, carne seca, y todas las donaciones que le hagan. Al volver por el bosque dejaré que vaya adelante, como se debe por respeto. De pronto le diré: “Reverendo, su caballo renguea. Una piedra se debe haber encajado en la herradura. Bájese, lo voy a mirar.”

“Lo conozco, me creará; se bajará, y yo saltaré sobre su caballo, y con la rienda del mío en mi brazo, ¡a la carrera!...”

—¿Quieres robarle la plata?

—Has comprendido.

—¿Y después?

—Ya veré.

—¿Y el dios, y el superior?

—Pondré una buena distancia entre ellos y yo. Luego buscaré un lama, le diré que un Bön maligno me desea el mal, y conseguiré un amuleto protector.

—¡Buena semilla de bandido! —rió Garab—. Me recuerdas mi juventud.

No dijo nada más. Anag lo miró con aire inquisitivo.

¿Es que tú?... —aventuró tímidamente.

—Y bueno, ¡sí! Fui jefe de una banda, y te aseguro que bien célebre. La bala que recibí me la envió un soldado.

—¡Jefe de banda! Yo presentí que eras un hombre

extraordinario —exclamó Anag en el colmo del entusiasmo—. Llévame con tus hombres cuando vayas de excursión. . . ¡Prométemelo!

—Ya no haré batidas en los largos caminos, estoy muy triste; ya no tengo energía. La que más amaba está casi seguro, muerta. Quiero preguntárselo a un vidente. Ella se estaba ahogando en el momento que me hirieron.

—¡Oh! una mujer —dijo Anag con ligereza juvenil—. Es triste, pero ya la olvidarás; hay otras.

—Eres muy joven para comprender, Anag. Para mí sólo existe ella.

—Tengo menos miedo por ti, ahora que sé quien eres, Garab. Un jefe de *djagspa* (bandidos de alto vuelo), no puede ser dominado por un viejo Bön hechicero, ni por su dios. Nos volveremos a ver. Hagamos un voto.

—De todo corazón —dijo Garab.

Se tomaron las manos, estuvieron unos instantes en silencio, emocionados, concentrándose en el deseo de volver a reunirse.

Garab pasó la baja y estrecha puerta de la segunda muralla. Vio los edificios de piedra gris, parecidos al hospital, y al fondo del patio, adosado a la roca, el pequeño templo sin pretensiones arquitectónicas. No producía miedo, más bien era deprimente. Le fue asignada una celda con una abertura sin puerta, que comunicaba con la de un viejo monje que no le dirigió la palabra al verlo entrar.

El ex bandido, habituado a galopar en vastas soledades, se sentía más a disgusto que en el hospital. Comenzó a hacerse imperioso el deseo del aire libre y el ejercicio.

“No me quedará mucho aquí”, pensó al acostarse a la noche, sin que su vecino le hubiera dicho una sola palabra.

Y así se deslizaron las semanas, en el mismo silencio y la misma inactividad. Un monje traía regularmente tres

comidas diarias a Garab, sin decir una palabra. Trató de interrogarlo, pero por toda respuesta el monje sonrió, y poniendo la mano sobre los labios, le indicó que tenía orden de silencio. Garab se volvió hacia su compañero de celda, y le hizo algunas preguntas; éste no dio señal de haberle oído. En cuanto al doctor Migmar, permanecía invisible.

Garab trató de pasear por el patio y de entrar en el templo cuando los cenobitas recitan los oficios. Por medio de gestos se le hizo comprender que debía permanecer en su cuarto.

Garab se sentía nuevamente mal; sus fuerzas disminuían y sentía raras molestias.

Por fin, un día, apareció Migmar.

—Estuve ausente —dijo simplemente.

Garab no le creyó.

—Mañana verá usted al superior —agregó. Y se fue.

“Al fin —pensó Garab— sabré si por milagro Detchema se salvó de la muerte, y si vale la pena que yo viva.”

Por una serie de corredores oscuros y tortuosos, llegó a los aposentos del superior. La habitación donde fue introducido, desprovista de ventanas, estaba apenas iluminada por las pequeñas lámparas de manteca sobre un estrecho altar. El superior estaba sentado con las piernas cruzadas en un diván.

Garab hizo las reverencias, y observó ansiosamente al hombre de quien esperaba una respuesta que decidiría toda su vida.

Vio un rostro extraordinario, inmóvil, como el de una estatua. No había una sola arruga en su piel amarillenta y daba la impresión de una ancianidad que no podía estimarse en años.

—Puede sentarse —dijo a Garab.

Su voz era tan extraña como su figura; sin inflexión, emitida por un mecanismo y no por un ser viviente.

Garab estaba molesto.

—El doctor Migmar lo encontró inconsciente, herido, y lo he curado. Usted jamás dijo cómo se hirió, ni quién es. Hoy me pide un oráculo. Tengo el derecho de conocer su identidad, y todo lo que a usted concierne. No trate de mentir. Tengo medios para averiguarlo. Su conducta pasada, sus actos buenos o malos no me interesan. Bien y Mal son dos distinciones vanas para el uso de espíritus miopes. Hace tiempo que no me detengo en ello. Lo que quiero estudiar, es la calidad de su substancia física y síquica. Lo hice desde el día que lo trajeron a So sa ling. No fue preciso que lo viera. Cada ser, cada cosa, despidе vibraciones que modifican la naturaleza del lugar al que llegan. Un grano de sal que cae en un tazón de agua dulce comunica un sabor salado, y es inútil haber visto que ese grano caía para saber probarla, que se le mezcló sal. No trate de comprenderme, se trata de una ciencia cuyos datos más elementales, están muy por encima de su capacidad intelectual.

Cuando el superior terminó de hablar, Garab vio estupefacto cómo se encendían solos los palitos de incienso alineados en el altar. El olor no se parecía al de los palitos tibetanos. Garab sintió un vértigo. El superior permanecía silencioso, inmóvil, con los ojos fijos en él.

—Su Reverencia —balbuceó Garab—, soy un criminal. Pasé mi vida asaltando el país como jefe de una banda. . .

—Lo sé todo —interrumpió el Bön—. Poco me importa. El oráculo está hecho. ¡Escuchel!

El extraño olor era cada vez más intenso, y penetraba en los pulmones de Garab. Los ojos fijos del superior, eran como dos rayos de luz fría que lo atravesaban.

—¡Escuchel —repitió la voz glacial—. ¡Todo lo que fue su vida, está muerto!

—¡Detchema! —gritó Garab.

—Todo está muerto —repitió el superior.

Garab nunca supo cómo salió de la cámara del Bön Maestro. Recordaba vagamente una sensación semejante

a la que se tiene al recibir un golpe en la cabeza. Había perdido el conocimiento. No recobraba su vigor.

Cuando volvió en sí, estaba solo, y la celda en que se hallaba no era la misma.

—Nuestro superior me informó que el oráculo lo emocionó profundamente —dijo Migmar a Garab, al día siguiente—. Es una pena, porque en su estado todavía precario de salud, las emociones no favorecen nada. Pero pronto se recuperará. La vida en nuestro mundo es un conjunto de penosas vicisitudes. Lo sabio es preparar una vida más feliz, en un mundo mejor —agregó sentenciosamente.

Migmar nunca le había hablado de temas religiosos, y Garab quedó admirado.

—Usted tiene razón —respondió—. Nuestros lamas dicen lo mismo.

—Entre los lamas y los Böns no hay diferencias de doctrinas profundas. Sólo existen en la religión popular.

—No sé nada de eso. No soy instruido, en lo que a religión concierne.

—Comprendo, la mayoría de las personas son como usted. Pero puede aprender.

—Sí... podría... —respondió Garab con vaguedad. Y la conversación quedó así.

En los días siguientes Garab debía tener un encuentro que le acarrearía una serie de aventuras inesperadas.

Se le permitía pasear por el patio y conversar con los monjes. A menudo en silencio, sumergido en dolorosas reflexiones, Garab se preguntaba qué haría el día no muy lejano, en que dejara So sa ling.

Una tarde, caminando por las habitaciones, vio a un monje cuyo aspecto lo sorprendió. Estaba vestido como los otros, pero no cabía duda que su origen era hindú.

La curiosidad, y la simpatía por lazos raciales animaron a Garab, que se dirigió a él.

—Ignoraba que hubiera acá un extranjero, yo también lo soy.

—Eso se ve un poco —contestó sonriendo el hindú.

—Me llamo Garab. Estuve enfermo y aquí me cuidaron.

—Mi nombre es Ram Prasad.

No se refirió al motivo que lo llevó a So sa ling.

Garab permanecía silencioso, sin saber qué decir.

—Entre, si lo desea —dijo Ram Prasad, adivinando el pensamiento de su interlocutor.

Después de la primera conversación, tuvieron entrevistas diarias, lo que hizo nacer entre ellos una amistad fraternal. Las confidencias de Ram, abrieron a Garab un mundo de ideas cuya existencia no sospechaba, y Ram sonreía interesado al escuchar a Garab la descripción de su vida de aventuras al acecho de las caravanas. También le confió Garab, la pesadilla que había vivido en Khang-Tisé.

—Usted se acercó allá a un gran misterio. Los hombres comunes hablan de vida, de muerte, de renacimiento, sin saber lo que dicen. La vida sólo se explica por la muerte, y la muerte por la vida. Ambas son fases aparentemente diferentes al profano, de una misma realidad. Es esta realidad la que hay que tomar.

“Hace veinte años que yo interrogo a los Maestros de mi país. Practiqué toda clase de magias, aún las más terribles, que conducen al abismo de la disolución final, pero no encontré una persona que se haya precipitado a ese abismo para salir triunfante, transformado, consciente, más allá de la vida y de la muerte.

“Usted es un compañero de raza. La sangre de los Arios está en usted y en su padre. Y aunque éste usó la ciencia que poseía para el mal, era un iniciado. Para preservarse de los peligros posibles, hay que conocerlos. Le confiaré lo que descubrí. La mayoría de los monjes que viven acá, practican o estudian medicina.

“El superior es un hechicero que quiere convertirse

en mago auténtico, pero está lejos de ello, y el camino que sigue, no es el que conduce a la adquisición de verdaderos poderes. Trató de conocer mis pensamientos y deseos, pero sorprendí su intención; soy experto en el arte de cubrir mi espíritu con un velo impenetrable: él no pudo levantarlo.

“Sin embargo hay un misterio aquí. Desde lejos lo presentí, fui atraído por él. Quiero descubrirlo a cualquier precio. Por haber venido me toman por un doctor que desea estudiar la ciencia médica de los Bõns, pero es parte de mi estratagema. Debo estar continuamente en guardia, porque ellos son hábiles en el arte de manejar ciertas fuerzas ocultas, y capaces de castigar duramente al que los quiera burlar.

“El superior y algunos más, buscan el secreto de la inmortalidad. El hombre que usted vio ha vivido varios siglos, pero aunque prolongó su vida mucho más allá del término ordinario, no es inmortal.

“Estoy seguro que tienen un medio de liberarse de la muerte. Pero ¿cuál? Este es el gran secreto que esconden del exterior en este monasterio hospital y escuela de medicina. Es preciso que yo sepa ese secreto. Pero sea cual sea el medio que usan, es ineficaz. No vencerán a la muerte, porque *creen* en la muerte.

“A la muerte hay que sumergirla, anularla. Cada átomo de materia que ella destruye, tiene que ser transformado en una energía mil, cien mil veces más viva, que la sustancia que desaparece. La vida es una fuerza sutil. Las formas groseras a las que llamamos seres y cosas, son sólo apariencias ilusorias, imaginadas por los ciegos que no ven de la realidad nada más que sombras deformadas.

“Aprenderé lo que saben en So sa ling, como lo hice en otras partes. Puede ser que obtenga de sus métodos, mejores resultados de los que ellos mismos obtienen.

“Sospecho que de una manera diferente, practican el

arte maldito de tu padre, el de nutrirse de la vitalidad ajena. El superior intentó hacerlo conmigo; me di cuenta y reaccioné. Tienes que estar atento. No permanezcas más acá.

“El camino de la inmortalidad, ya te lo dije, es otro. Hay que disolver lo precedero, aniquilarlo. para liberar la energía que no se destruye, y dudo que un hechicero de éstos, se atreva a intentarlo.”

Garab escuchaba sin comprender, pero la simpatía instintiva que sentía por el hindú lo llevó a una admiración inmensa por él. Este extranjero le recordaba a los Maestros tibetanos, doctos en ciencias secretas, y venerados en el Tibet, donde es un culto el saber.

El tiempo pasaba, silencioso, uniforme, sin hechos notables. Ram Prasad leía medicina, e interrogaba a los médicos. Garab pidió que le enseñaran rudimentos de medicina para justificar su permanencia en So sa ling. Deseaba irse, pero la presencia de Ram lo detenía.

Garab admitía que Ram era un hombre de inteligencia superior, pero dudaba de su prudencia. Olfateaba un peligro para su amigo, y al confiar sus sospechas a Ram, éste le dijo que estaba en guardia. Pero Garab, dudando de sus poderes ocultos, decidió velar por él. En ciertas ocasiones, unos brazos robustos pueden secundar eficazmente a un mago.

Por eso se resignó a ser ayudante de medicina, y Migmar le transmitió la aprobación del superior.

Pasaron diez y ocho meses, y de pronto, un día el superior lo mandó llamar. Volvió a ver al hombre impassible en el cuartito oscuro, y entre emanaciones del extraño perfume.

—Su conducta es digna de alabanza —dijo la voz sin inflexiones.

“Al rendir servicio a los otros, usted ha preparado su purificación definitiva, y evitará que las consecuencias funestas de su pasado hagan miserable su futuro.

"He decidido practicar, para su bien espiritual, el rito que lo liberará de las manchas que aún quedan en usted."

El superior golpeó las manos. Entró un monje trayendo un gallo con las patas atadas, y una fuente de cobre.

El Bön bajó de su sillón, ordenó a Garab quedarse de pie en medio del cuarto, y con una mano tomó las patas del gallo, con la otra la fuente, comenzando a "barrerlo" con el ave de arriba a abajo. Mantenía la fuente abajo como para recoger un polvo invisible.

Durante esta ceremonia, el superior y su acólito, salmodiaban en tono fúnebre, alternándose, y en un idioma que Garab no entendió.

Después de un momento, el superior dejó caer el gallo al suelo. Este gritó sacudiendo las alas.

—Desátale las patas —mandó el Bön.

El asistente obedeció. El animal se paró y salió corriendo. El monje pareció alarmado, y miró a su maestro; éste miraba con ojos glaciales a Garab. Hubo un largo rato de silencio.

—Por efecto de este rito las manchas del individuo pasan al gallo y éste muere. Si no sucede así, es porque no había algo que absorber. Es decir que la *vida* misma se llevó las máculas, abandonando el cuerpo que subsiste cierto tiempo.¹

"Su vida está consumida. Su actividad actual es la continuación de un impulso. Es como la rueda del al-

¹ Los tibetanos creen que el "namchés" (la conciencia), el individuo mismo, se separa a veces del cuerpo, antes de la muerte aparente. El cuerpo continúa un tiempo más o menos largo, cumpliendo los actos físicos y mentales cotidianos. Al morir, ciertos signos denotan que no tenía ya "namchés". Los lamas del pueblo suelen decir de un muerto, que tenía ya dos o tres años de muerto. Hay médicos que rehusan curar a un enfermo, porque ya está muerto desde hace meses o años. Las creencias populares son la caricatura de las teorías que profesan los esotéricos tibetanos.

farero, que sigue girando después que el pie deja de comunicarle movimiento.

“¿Por qué se obstina en continuar haciendo una vida de fantasma, vacía de alma como la suya? Haga más bien, un sacrificio útil a los demás, y adquiera así un tesoro de méritos que podrá compartir con los que ama. ¡Vengal”

Hizo un ademán, el monje abrió una pequeña puerta disimulada tras una cortina. El superior salió y Garab lo siguió. La puerta daba a una patiecito que el sol iluminaba.

—Levante el brazo derecho, de forma que su muñeca quede a nivel de las cejas —dijo el Gran Bön—. Mire con atención la unión de la mano con el brazo, y verá que esa unión se afina, se pone filiforme y luego se abre; esta es la prueba segura de que la vida del individuo está consumida, que ha dejado el cuerpo que subsistirá por poco tiempo. ¡Mire su muñeca!

Garab obedeció. Aterrorizado, vio cómo su muñeca se adelgazaba, se transformaba en una nebulosa; pero la línea no se rompía, continuaba unida.

—Mi mano sigue unida —balbuceó.

—¡Mire mejor!

—¡No se separa! ¡Se sostiene... sigue sosteniéndose! —chilló Garab—. ¡Estoy vivo!

—Es la ilusión que le causa ese fantasma, que confunde con usted mismo. Vuelva a su habitación. No salga de ella. Repita la experiencia una y otra vez.

—“Cuando haya reconocido la verdad, si decide sabiamente abandonar pocos días de vida de ese cuerpo *que no es usted*, hágamelo saber; lo volveré a ver. ¡Vaya!”

“Enciérrese en su cuarto”, había dicho el Gran Bön, pero reaccionando con toda su fuerza viril, contra la idea de la muerte que le querían imponer, corrió a la habitación de su amigo Ram. Estaba vacía.

Se le ocurrió que una diabólica maniobra se había

urrido contra Ram. Querían impedir que le contara lo recién sucedido con el superior. Pero ¿con qué designios? Tal vez Ram lo sabía y aún había tiempo de escapar del peligro.

Apresuradamente, con un carbón de la chimenea, Garab dibujó en un rincón, designado por Ram, un cuadrado dentro de un círculo. Recitó una fórmula mágica que su amigo le enseñó. Cuadrado y círculo lo constituyen la muralla mágica que ocultaría a la clarividencia del superior, una fórmula secreta que significaba: "Ven inmediatamente, peligro".

En seguida salió con calma, y preguntó a un monje en el patio:

—¿Sabe usted dónde está Ram? Quería advertirle que me encerraré en mi habitación para meditar, durante unos días, pero no lo encontré.

—Creo que salió a acompañar a uno de los doctores... No estoy seguro —dijo evasivamente.

Lo que sólo era una sospecha, se convertía en certidumbre para Garab. El peligro era inminente. Pero ¿cómo se presentaría?

Podían haber descubierto los propósitos del hindú, pero no pensaban atentar aún contra su vida. El superior quiso convencerlo de que sacrificara los días que le quedaban. Sacrificarlos, ¿cómo? No lo había dicho y aunque bien pudo hacerlo, no lo asesinó.

Tal vez propuso a Ram un sacrificio semejante, y éste seguía vivo; los Böns tendrán sus razones para no cometer crímenes. Ram volvería, vería los signos, y ambos huirían de ese antro de hechiceros.

Por ahora, mientras esperaba a Ram, tendría que seguir con la comedia. Se encerró en su habitación. Como antes, un monje le traía las comidas.

Pensando en la huida, sacaba y escondía una pequeña reserva de alimentos.

Varios días pasaron. La inquietud aumentaba, pero Garab no se atrevía a salir por temor de llamar la atención.

Ir al cuarto de Ram era inútil. Si éste hubiera vuelto ya estaría con él. Pedir información tampoco serviría, le contarían cualquier cosa.

¿Entonces? . . . Era un suplicio estar tan nervioso, y tener que aparentar un estado de profunda meditación. De vez en cuando, hacía la prueba que le había enseñado el superior: miraba la muñeca. La veía reducirse, pero nunca la mano se separaba del brazo. Entonces Garab mandaba al hechicero todas las maldiciones de su rico repertorio de bandido.

Ram no volvió, y Garab no esperó más. Sentía a la muerte rondar el monasterio. Debía encontrar a Ram inmediatamente, o sería ya demasiado tarde. Si Ram no *volvía*, era porque no había *partido*.

Su amigo estaba prisionero en alguna parte del monasterio. No podía ser en el hospital, ni en los edificios de los novicios. Eran lugares de libre acceso. Quedaba el cuarto del superior. Las fuerzas ocultas de Ram eran más poderosas que las del superior; éste no pudo retenerlo contra su voluntad. ¿Existiría allí un mago más capaz que el viejo Bön? Ram habló de un misterio. Un misterio que quería descubrir . . .

De esto Garab no entendía nada. ¿Dónde podía estar detenido?

De pronto recordó la historia del muchacho que Anag le contó. Se había escurrido tras el altar, y entrado en una cámara secreta donde el superior celebraba el culto al dios.

¿Existiría esa pieza realmente? Era posible. Los lamas encerraban las ofrendas para la propiciación de ciertos dioses, en armarios con candado.

Los Böns hechiceros practicaban sacrificios sangrientos. Estos de So sa ling, pensarían inmolar a Ram. El

horror de esa idea lo decidió. En cuanto los monjes se fueran a dormir, buscaría a su amigo.

Llegó la noche. Garab esperó que tuvieran tiempo de dormirse. Con un trapo hizo un atado con algo para comer y atándolo a su cintura, salió. Llegó al templo arrastrándose para no hacer sombra.

Las puertas estaban cerradas de noche, y por eso se dirigió a un costado del edificio. Ahí entre el muro de la muralla y el templo, había un pasillo angosto, que permitía la entrada de luz al interior, por unas ventanas bajas tapadas con papeles en lugar de vidrios. En pocos minutos Garab estaba adentro. Recordando las frases de Anag, fue hacia el lado izquierdo del altar. Una lámpara perpetua aclaraba los drapeados entre los que el paisano se había escondido. Separándolos, encontró una puerta sólida, empotrada en dos pilares de piedra; y cerrada con barras de hierro y cadenas en varios sitios. "Imposible forzarla", pensó.

El cuarto secreto existía. Tenía que entrar. Por la parte superior del altar, se filtraba luz. ¿Estaría detrás del altar el tabernáculo, o habría otra pared? La segunda hipótesis estaba más de acuerdo con las precauciones que denotaba la puerta encadenada. Pero se podía pensar que los Bõns no temían a los intrusos, debido al respeto y temor que inspiraban las imágenes sagradas del altar.

A Garab, torturado por la ansiedad, poco le importaban los dioses. Saltó sobre el altar, escaló las gradas, se apoyó en las rodillas de las estatuas, y llegó al techo ornado de esculturas que representaban a Garuda, el pájaro fantástico con alas desplegadas, rodeado de dragones.¹

¹ Garuda: el pájaro docto que cabalga el dios brahmánico Vishnú, y que se representa con alas escarlata, garras y rostro de águila, y tronco y piernas de hombre, doradas. (N. del T.)

Cortando un trozo de ala' de Garuda con un cuchillo, consiguió separarlo, y poniendo a Garuda sobré el altar, entró por el agujero. No había pared alguna allí. Entre el altar y la roca, sólo había la distancia de dos brazos. Garab vio una pequeña lámpara, algunos tazones con ofrendas en una mesa angosta, y ni señal de Ram.

Garab dudó al descender en el minúsculo santuario del dios de So sa ling. Había tomado un camino equivocado y a la mañana los Böns verían los destrozos sacrílegos. La prudencia aconsejaba huir para salvar la vida, pero no podía dejar abandonado a Ram.

Vio en el suelo algo parecido a un fardo de ropa. Un pensamiento horrible le pasó por la cabeza; podía ser Ram atado y amordazado, o... su cadáver.

Sin pensarlo más, entró las piernas y se deslizó. Garab respiró aliviado. El atado no disimulaba víctima alguna. Las esperanzas de encontrar vivo a Ram no estaban perdidas. Pero ¿dónde buscarlo?

Estaba perplejo, removiendo maquinalmente los trapos con el pie, pedazos de alfombra, cortinas, cuando su pie chocó contra algo duro. Era una losa en el suelo, asegurada con una barra para impedir que se la abriera desde abajo. ¿Una trampa siniestra? El miedo invadió a Garab. Sacó la barra y apareció un agujero profundo. Sintió aire fresco que salía del agujero. Aparentemente encontró un lugar que conducía afuera. ¿Habría otra habitación? ¿Sería el misterio que Ram presentía?

Para Garab, volver atrás era imposible. Si no encontraba a Ram, alarmaría a la gente del pueblo, y no le costaría mucho enrolarlos en su busca. Pero pensaba encontrarlo antes que terminara la noche. Con la lamparita vio unos escalones tallados en la roca, y un túnel que pasaba por debajo de la muralla a la que el templo estaba adosado.

Sin dudarle se dirigió al pasaje y luego de un corto trecho se encontró sobre una plataforma natural, ro-

deada por las altas agujas que vistas desde el valle parecían estar soldadas por la base.

Nubes sueltas interceptaban la claridad de las estrellas, pero la larga práctica de las emboscadas nocturnas, le había dado ojos de lince. Distinguió un sendero de cabras serpenteando entre las agujas, con escalones en los lugares más abruptos; algunas rocas habían sido partidas para permitir el paso. Era un sendero viejo, sin duda, porque las rocas estaban ennegrecidas y crecían plantas entre las grietas. El sendero quedaba perfectamente tapado por las agujas.

Garab anduvo un largo rato, y de pronto vio un resplandor rojizo delante de él, que parecía salir del suelo. Continuó un trecho más y llegó al borde de una profunda depresión. Allí abajo había una pequeña meseta, encerrada, donde se veían unas casitas. El resplandor provenía de una linterna grande protegida con un techito, en el centro del terreno. Los Böns tenían *tshams khangs*.¹

La mayoría de los monasterios tienen esas cabañas para anacoretas, pero no se cuidan de disimularlas. La vida contemplativa de los ermitaños, es noble y santa; no hay razón para que se escondan de los laicos. Por el contrario, es un medio de dar el ejemplo e incitarlos a elevarse por sobre los intereses materiales. Pero Garab dudaba de la santidad de los Böns de So sa ling. Los moradores de esas chozas bien cuidadas, debían estar dedicados a prácticas con demonios. ¿Estaría Ram prisionero ahí?

No podía calcular cuantos Böns vivían allí. El era fuerte, pero estaba solo. ¿Podría usar la astucia para liberar a Ram, o corría el riesgo de una lucha?

Antes que nada debía reconocer el lugar, y encontrar una salida sin necesidad de volver por donde había llegado.

¹ Casitas donde los monjes se aíslan para meditar.

Salió del sendero y examinó la muralla natural opuesta a las casillas. No pudo estimar la altura exacta pero parecía muy profundo. Era imposible huir por ahí.

Aunque era otoño y la noche debía ser larga, Garab se ponía nervioso, pensando en el tiempo que había pasado desde que salió de su cuarto. Hasta ahora no había hecho sino correr riesgos sin poder ser útil a Ram. Lo obsesionaba la idea de quedar prisionero. Volvió sobre sus pasos. El camino costeaba el vacío con vueltas, subidas y bajadas. De pronto vio delante suyo un muro bajo cerrando la entrada de una caverna.¹

Garab no la vio hasta estar demasiado cerca.

¿Sería un ermitaño? ¿Estaría habitada? Apresado entre la caverna y los Bõns de la meseta, su situación era más peligrosa que nunca.

Quedó inmóvil sin saber qué hacer, desesperado, cuando creyó oír un gemido. Se acercó. Oyó otro gemido y luego unas palabras débiles:

—¡No puedo más!... ¡Ayudal... ¡Sáquenme de aquí... ¡Piedad!...

Reconoció la voz de Ram. Estaba sufriendo. ¿A quién se dirigía? Garab vio la puerta sólida, con barra y cadenas. Por todos lados las mismas precauciones, pero esta vez para los que venían de *adentro*. Era una prisión.

Garab acercándose a la pared, dijo en voz baja:

—Ram, soy Garab, vengo a liberarte. —Por dos veces tuvo que repetir el llamado. Al fin llegó la débil respuesta:

—¡Garab! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

Garab se preguntaba cómo forzar la puerta o hacer una abertura en esa ancha pared. Nuevamente se oyó la voz de su amigo, que parecía más seguro:

¹ Es corriente en el Tibet que las cavernas sean usadas por ermitaños. La autora habitó una durante años, a 3.900 metros de altura, sobre una pendiente escarpada.

—No puedes entrar. Escóndete. El Gran Maestro Bön viene todas las noches, y se queda hasta el amanecer. El abrirá la puerta... viene solo... escóndete rápido.

—Estás salvado Ram. ¡Coraje! ahora me escondo.

Jamás la espera de las caravanas había sido tan larga como ésta. Se preguntaba si no estaba perdiendo un tiempo precioso. ¿Vendría el Gran Maestro? Tal vez el hindú deliraba.

Repentinamente vio un resplandor acercarse por donde había venido. Aparecía y desaparecía. Era un farol de mano que traía el Bön.

Garab pensaba. Debía esperar que el Bön abriera la puerta, impedir que la cerrara... y lo demás dependía de Ram. ¿Estaría atado? Lo ideal era atar al Bön, cerrarlo y huir. Pero, ¿por dónde? El hindú sabría.

El Bön se acercaba. Una extraordinaria aparición surgió de las tinieblas.

Era alto, increíblemente delgado, parecía un esqueleto. Su cara recordaba al superior de So sa ling, pero era más extraña aún. La piel parecía un guante estirado sobre los huesos y los ojos invisibles. Sólo dos rayos ardientes marcaban su sitio. Garab era valiente, pero no pudo evitar un temblor. El personaje escalofriante dejó el farol en el suelo, sacó una llave de su manto, retiró la barra de la puerta y abrió. Se sintió un asfixiante olor a podrido y Garab quiso gritar de espanto.

El Bön entró. Sus gestos eran lentos y mesurados; empezó en voz baja una letanía.

Garab se adelantó reteniendo la respiración, y miró el interior de la caverna. Antes de actuar debía saber si Ram estaba libre o no. Si le quedaban fuerzas para hacer algo. Tal vez lo habían torturado.

Aparte del hechicero, no se veía nada. Casi toda la caverna estaba ocupada por una especie de mesa hecha con piedras. Apenas quedaba un espacio entre ésta y la pared. La parte inferior de la mesa era de hierro, y te-

nía grandes aberturas. Podía ser un altar rústico dedicado al genio de la montaña o a un demonio.

El Bön empezó a gesticular, dejó caer el manto, y un esqueleto apareció desnudo: la piel estrada como la de la cara sobre los huesos. De una saliente de la roca tomó una cuchara redonda, provista de un mango largo, y la introdujo en uno de los agujeros de la mesa. Sacaba algo con lo que se frotaba el cuerpo. Varias veces repitió esta operación. sin dejar de salmodiar en voz baja.

"Pero ¿dónde está Ram?", se preguntó Garab angustiada y sofocada por la hediondez que salía de la caverna.

El Bön dio vuelta a la mesa y se inclinó en uno de los ángulos.

—Este es el verdadero brebaje de la inmortalidad —dijo sentenciosamente—. Tiene disuelta la vitalidad de hombres jóvenes y robustos. Para el que no es iniciado, es mortal; el iniciado está preparado para asimilarlo. Es una fuente de inextinguible energía. Sé feliz, hijo mío, de haber podido contribuir a alimentar esta fuente, que hará a los Maestros superiores a los dioses.

"¿Con quién habla? —se decía Garab—; no hay nadie. ¿Y Ram? . . . Me habló ¿Me habré vuelto loco?"

El hechicero llevó la cuchara a su boca y bebió algo. Se inclinó otra vez sobre la mesa.

—Tus ojos siguen abiertos —dijo—: ¿No sientes venir el gran sueño? Los gusanos ¿no han comenzado su ataque a las piernas? Quisiste descubrir nuestro secreto. Ahora lo conoces. Haz el voto de renacer entre nosotros. Puede ser que un día llegues a ser Maestro. Con esa esperanza te bendigo con la aspersión secreta.

Garab vio cómo echaba sobre la mesa unas gotitas con la cuchara. Y al mismo tiempo un grito desgarrante salió de la parte inferior de la mesa:

—¡Garab! ¡Ven, Garab!

Era el invisible Ram que llamaba. Garab tomó la barra de hierro de la puerta, y con todas sus fuerzas golpeó la

cabeza del Bön. El hechicero se desplomó con la cabeza deshecha.

—¡Garab, sácame de acá!... —imploraba Ram.

¡Lo habían encerrado en una tumba! comprendió Garab.

—Levanta la tapa —gimió el hindú.

Garab miró al Bön inanimado en el suelo. Un hilo de sangre corría por su frente. "Le partí el cráneo", pensó. Había recuperado su sangre fría. Recogió las cadenas, la llave, y guardó todo en el bolsillo de su manto. Por uno de los agujeros vio la cara de Ram, acostado sobre la espalda. A su lado se veía la cara de un cadáver, lívida, y al fondo, una calavera.

¿En qué infierno estaba?

—Es una mesa hueca, estamos bajo la tapa; hay que levantarla, Garab —imploró la víctima del suplicio.

Garab examinó la tapa. Su peso desafiaba cualquier tentativa de levantarla. Con la barra de hierro comenzó a golpear las piedras del ángulo donde estaba Ram. Hiizo palanca, y poco a poco fueron cayendo. Tomando a Ram de los hombros, sacó su cuerpo por la abertura. El hindú, desnudo, se levantó con dificultad, y se apoyó en la pared de piedra.

—Hace tres días que estoy ahí sin comer —dijo.

—¿Qué es eso?

—Ponen a los hombres vivos entre dos chapas de hierro. Los dejan morir de hambre y descomponerse. Jamás sacan los cadáveres. Cada tanto, agregan una persona viva. El líquido que resulta de la putrefacción de la carne, es el brebaje que toman para la inmortalidad.¹ Es el

¹ Los chinos de Tao-sse, han buscado por largo tiempo el brebaje que los convierta en inmortales, pero no son los únicos en Oriente. Los tibetanos hicieron el *bichud len gyi* o *bichud kyt len*, (que se pronuncia *tchu ki len*) y el *nang michöd*, (*nang tchen*), los hindúes tienen el *rasayana*. Pero todas estas pociones son la expresión vulgar y deformada de procedimientos pertenecientes a las ciencias secretas. Así, *Tchu ki len*, no es sólo un licor, sino una

misterio de So sa ling. Lo conozco. Sácame de aquí, Garab.

—Para eso vine —dijo Garab aterrorizado—. Vístete con la ropa del hechicero; nos vamos.

Le dio la túnica a Ram y echó una ojeada a la víctima.

—No está muerto, habrá que encerrarlo.

Ram se sostenía algo mejor con sus piernas, y siguió a su salvador que iluminando con el farol, ponía la barra y encadenaba la puerta.

Respiraron el aire fresco limpiándose los pulmones.

—¿Conoces un camino por dónde huir? —preguntó Garab.

—No, me trajeron de noche.

—Eso es terrible.

—Pero tú conoces el camino.

—Sólo el que tomé para llegar. No se puede volver por ahí. Desde arriba se veían nubes, algunas cúspides asomando, y las tinieblas. Nada más.

—Es la muerte —agregó Garab—, pero hay que huir. Mejor es romperse la cabeza en las rocas que agonizar en este infierno creado por los Böns. —Se sacó la faja y probó su solidez.¹

“Esto servirá de cuerda, —dijo a Ram—. Dame la tuya.”

Con el cuchillo cortó dos tiras para ajustarse ambos a la cintura, y sostener el farol.

Comenzó la exploración de los lugares más accesibles para el peligroso descenso. Eligió una zona de árboles achaparrados. ¿Terminaba en una pendiente suave, o en un abismo? La oscuridad no dejaba ver.

fórmula mística, por medio de la cual se asimila la “savia nutritiva”, la “energía vida” universal. Existe sobre el tema un conjunto de doctrinas curiosas y antiquísimas. Si las circunstancias se presentan, ensayaré hacer un sumario. (Nota de la autora).

¹ Las fajas de los tibetanos, dan vueltas a la cintura y tienen varios metros de largo. Las más finas son de 40 a 50 centímetros de ancho, de tela sólida, a veces de seda.

—Ram —dijo Garab—, no te sientas salvado. Casi seguro que vamos a la muerte. ¿Crees tener los pies firmes para sostenerte sin caer?

—No sé. Me siento muy débil.

¡Más de tres días sin comer! recordó Garab. Rápidamente sacó de las provisiones un pedazo de carne seca, y se la dio a Ram.

—Eso engañará el hambre. Después te daré de comer. Es tarde. Hay que bajar. Yo te ayudaré.

Empezó la aventura del descenso. De vez en cuando, Garab bajaba el farol para ver el terreno de abajo. A cada paso debía ayudar a Ram, que vacilaba. Después de un tiempo que les pareció interminable, llegaron a una pequeña cornisa, sobre una pared de roca vertical. Esta vez ninguna vegetación los podía ayudar.

Una vaga claridad se insinuaba en el cielo. Los Bõns irían a la caverna a buscar al Gran Maestro, y podían verlos. La luz aumentaba. Al pie de la roca vertical se veía pasto que bajaba en suave pendiente. Era la última oportunidad.

—Te ataré a mí y me deslizaré a lo largo de la roca.

—Bien —respondió el hindú.

Garab se ató al amigo contra el pecho y cubrió sus manos con el borde de las mangas para no lastimarse. Comenzó a deslizarse menos rápido de lo que había imaginado. La roca no era tan lisa ni tan vertical como parecía. Podía controlar la velocidad frotando con las botas. Instantes después caían uno sobre el otro, en el pasto, maltrechos pero a salvo. Garab desató a Ram y lo ayudó a pararse.

—Vamos, haz un esfuerzo, debemos alejarnos. Esta vez estás salvado.

El hindú no contestó. Se limitó a caminar. Garab le vio una expresión rara. "Hace mucho que no come —pensó—. ¡Pobre desgraciado!"

Caminarían un poco más para llegar a los bosques. Ram estaba agotado. Garab hubiera querido llegar al pueblo, pero comprendió que debían detenerse. Un torrente bajaba con una serie de cascadas a un profundo barranco. A falta de algo mejor, podía protegerlos durante una breve comida.

Garab esperaba que Ram pudiera seguir andando. Los Böns no seguirían el camino de ellos, pero que los buscarían, era seguro. Ram descubrió un secreto demasiado terrible para que se arriesgaran a ser denunciados. Harían lo posible para asesinarlos a los dos.

Ram comió algo, se lavó, pero no pudo seguir la marcha.

—Te llevaré sobre mi espalda tanto como pueda. Así podremos llegar a una granja. Será suficiente que haya gente a nuestro alrededor para que los Böns no se atrevan a atacarnos.

—No, permanezcamos aquí —imploró Ram. Garab tuvo que resignarse a la demora, y se escondieron lo mejor posible en el matorral del barranco.

—Escucha, debo contarte —dijo Ram.

—Uno de los doctores vino a mi cuarto, y dijo que el Maestro me quería ver. Sentí que el misterio que quería develar estaba cerca. Hubiera querido avisarte por lo menos con un gesto, pero no estabas en tu celda cuando pasé delante del monje. Eso me inquietó. Seguí al doctor hasta el templo, y al cuartito detrás del altar. Al ver la trampa y el corredor, me dí cuenta que ya no volvería a So sa ling. ¿Es por ahí que viniste?

—Sí, recordé lo que Anag me contó del paisano que entró en el santuario.

—Sólo hay ese camino.

—Debiste ver esos retiros en la meseta. Me encerraron en uno. Al día siguiente vino el Gran Maestro a hablarme largamente. El hombre fantasma, al que rompiste la cabeza. Un hechicero abominable, pero también un ser

extraordinario. Los que viven ahí aseguran que tiene más de mil años de edad. Jamás duerme, excepto una vez cada veinticinco años. Es un sueño de seis meses sin interrupción, y al despertar tiene el vigor de un hombre en su plenitud viril.

“Está ahora llegando al fin de ese lapso y tiene miedo de dormirse porque sabe que *no es realmente inmortal*, y puede un día no despertar más.

“Sus discípulos tienen todas edades fantásticas, y también buscan la inmortalidad.

“El gran secreto es ese brebaje. Prolongan la vida, pero no se convierten en *inmortales*.

“Tú has visto lo que es esa poción inmundada. Acuestan a los vivos entre las chapas de hierro, y sólo quedan las caras al descubierto. Y no deben ser puestos a la fuerza. El rito exige que ellos mismos se acuesten voluntariamente.¹

“¡Voluntariamente!... Imagino que los Bõns usan sortilegios para que sus víctimas lo hagan. Yo, tú sabes, persigo un fin. Quiero superar la muerte; tener conciencia de *eso* donde termina el juego ilusorio del ser o del no ser.

“El Gran Maestro me dijo que “mi vida” estaba acabada, que la “aparición de vida” estaba por apagarse también.”

—Pero el superior me dijo lo mismo —gritó Garab— y me aconsejó que sacrificara lo poco que me quedaba, por el bien de otros, y para lograr méritos.

—Comprendo, a ti también te querían para el baño infernal.

—Para probarme que mi vida estaba terminada, el superior me hizo observar mi muñeca; mi mano tenía que separarse del brazo. Pero mentían. No se separó. Estoy bien vivo.

¹ Ver la *Nota Preliminar*. La autora habla de los rumores que circulan en el país de los Gyarongpas, acerca de esa práctica.

—Pero yo ví cómo mi mano se separaba del brazo. Moriré... ya lo estoy.

—¡Locuras! —gritó Garab alarmado—. Son patrañas para hacerles perder la cabeza a los que eligen para víctimas. No estás más muerto que yo, Ram.

—Ya lo sé —dijo el hindú, y continuó—. Los hechiceros no me hablaron de la tumba de la caverna, sino de las casillas para meditar. Consentí en encerrarme en una de ellas. Una noche me vinieron a buscar. Con letanías y perfumes raros, me llevaron cerca de la caverna. Me ordenaron desnudarme y abrieron la puerta...

“Garab, la tapa estaba levantada. yo vi lo que tú no viste. El horror de esa carnicería. Había un hombre vivo aún. Hizo un movimiento para salir, pero no tenía fuerzas. Sus ojos espantados... gusanos le andaban por encima... ¡Garab, yo vi todo eso! La muerte lenta, sentirla venir, analizarla, desafiarla... Con la conciencia lúcida, recreando fuerzas que otros agentes quieren destruir; la voluntad de vivir triunfante sobre el hábito de la muerte.

“Quise pasar por ello y salir vencedor, me reí de esos estúpidos Bóns... y me acosté.

“Al llegar el día, el hombre acostado a mi lado suspiró y no se movió más.

“El Maestro vino a la noche, y se quedó en la caverna. Me habló. No le contesté. Yo observaba.

“Y poco a poco, el horror fue invadiéndome, agrandándose, y venció. Sólo pensaba en escapar, y sabía que no era posible.

“Y llegaste tú, Garab...”

—Trata de olvidar, piensa en otra cosa —dijo Garab con lágrimas en los ojos—. Vamos, te sentirás mejor cuando no estemos solos. El ayuno te hace mal y tienes fiebre. Trata de dar unos pasos. No temas, tengo mi sable... Fui jefe de bandidos y sé batirme. Los Bóns no me asus-

tan. —Garab no sabía ya qué inventar. Sentía enorme compasión por el hindú que parecía haber perdido la razón.

—Escucha, Garab, retrocedí ante la prueba. Me creí fuerte y fui débil. Palabras, palabras; me río de ellas, de las frases. Unos días más y hubiera triunfado, hubiera conocido la existencia eterna. . .

“Garab, debo volver, tenderme en el lugar que no debí dejar, y esta vez hasta el fin. . .”

—¡Qué horror! —gritó Garab—. ¡Ram, reacciona, estás loco!

El hindú no habló. Temblaba de fiebre y su piel quemaba.

“La pesadilla que vivió lo volvió loco —pensaba Garab—. Espero que se calme y podamos alejarnos. ¡Hemos tardado tanto ya!”

Un rato después Garab creyó oír unos ruidos sospechosos en el bosque. Ramitas que se rompían y hojas secas pisadas.

—Ram —murmuró—. Vienen. Pueden ser los Böns.

Los pasos se acercaban.

—Los llamé con el pensamiento —dijo Ram—. Que me encuentren. Quiero volver, comenzar la prueba y vencer.

—¡Cállate! —suplicó Garab—. Si nos descubren nos asesinan.

Se oyeron voces de hombres que se habían detenido cerca.

—Nos van a ver —dijo Garab—. Vamos a escondernos bajo la cascada; la espuma nos tapaná, y sacaremos sólo la boca del agua. No se les ocurrirá mirar ahí.

Empujó al hindú que se dejó llevar. Garab juntó unas ramitas que puso sobre la cabeza de ambos. Las rocas los disimulaban.

Varios hombres batían el bosque. Por las palabras que se intercambiaban, Garab supo que eran los enviados por los Böns. Uno de ellos se acercó mucho y se agazapó.

El hindú trató de librarse de Garab que lo mantenía bajo el agua.

—Quiero volver... déjame... quiero vencer... quiero saber...

—¡Cállate! —suplicó desesperado Garab. Deseaba que el ruido del agua dominara la voz del insensato.

—Déjame que los llame... ¡Aquí!... estoy aquí...

Con la fuerza de la demencia, Ram sacó el busto del agua y llamaba.

En menos de un segundo, Garab lo tomó por los hombros y lo sumergió en el agua.

Se oían pasos cerca del agua. Ram se debatía, y Garab medio acostado sobre él, lo sostenía desesperadamente, escuchando los pasos que ahora se alejaban... Ram no se movió más.

El silencio volvió al bosque. Garab levantó la cabeza de su amigo. Los ojos bien abiertos, la mirada fija, como deseando comunicar algo.

¡Ram!... pobre loco querido. En pocos minutos su amigo enloquecido que quería salvarse a toda costa y a quien había asesinado después de salvarlo.

—¡Ram! ¡Ram! ¡Qué hice! —Sollozaba el asesino.

La noche encontró a Garab sentado al borde del torrente. Ram arrimado a una roca, continuaba mirándolo, con sus grandes ojos negros inmóviles, llenos de ternura y de misterio.

Cuando la noche veló su cara, terminado el mudo coloquio, el ex bandido se levantó y se fue caminando.

• • •

CAPÍTULO VII

El ermitaño sabio de Amné Matchén. — Misteriosos viajeros extranjeros. — La carne triunfa sobre el espíritu.
Asesinato en una caverna.

Al Este de las grandes soledades del Tibet septentrional, se levanta una montaña altiva, aislada, erguida en la inmensidad de las mesetas desiertas. Los pastores del lugar la llaman Amné Matchén, o Matchén Pournra, y ahí ubican la morada de su dios. La cima está cubierta por nieves eternas, y delante de ella gigantescos conos negros, parecen centinelas montando guardia. La base reposa sobre yacimientos de oro.

Guesar de Ling, héroe de la epopeya nacional del Tibet, vivió ahí en su juventud, y los tesoros fabulosos que la leyenda le atribuye, pueden muy bien ser el oro de Amné Matchén.¹

Cerca de ahí, también Garab había tenido en su época de prosperidad, sus tiendas y rebaños. En esas mismas soledades, hacia el poniente, el intrépido bandido había encontrado a Detchema.

Lazos misteriosos, el instinto del animal herido que vuelve al refugio, Garab, después de errar por más de un año, con el peso doloroso de un crimen, vino a pros-

¹ Ver *La vida sobrehumana de Guesar de Ling*. Traducción del poema épico nacional del Tibet, por A. David-Neel y el lama Yongden. (Ediciones Adyar, París).

ternarse a los pies de Dordji Migyur, un asceta ermitaño, que vivía en la ladera de Amné Matchén. Hasta muy lejos conocían su reputación de sabiduría y austeridad. Se decía que poseía facultades y poderes sobrenaturales. Muchos querían tener el honor de ser sus discípulos, pero él se negaba con dulce firmeza. Los favorecidos se tenían que contentar con ser tolerados en las proximidades de su refugio, durante algunas semanas, o a lo sumo unos meses.

Dordji Migyur escuchó con su impasibilidad habitual, la confesión de Garab. Lo aconsejó, le enseñó algunas prácticas religiosas sencillas, le dio un libro y discursos de Buddha, y contra su costumbre, le permitió quedarse por algún tiempo en una caverna cercana, ya algo preparada para habitación. Ahí se protegían los laicos piadosos que venían a renovar las provisiones del anacoreta, o los visitantes en busca de guía espiritual.

Todo lo sucedido en So sa ling y el golpe moral de la muerte de Ram, le habían hecho olvidar en parte a Detchema. Pero en Amné Matchén, los pensamientos sobre ella volvieron, dejando atrás las otras preocupaciones. La atmósfera familiar, el paisaje idéntico al que había recorrido con ella, reavivaron los recuerdos del pasado y de su amor. Cada día se le hacía más presente su recuerdo. Rememoraba las noches bajo el cielo estrellado, los estremecimientos que su cuerpo le provocaba, el deseo y los goces que le hizo sentir.

Luego de la huida de So sa ling, no le faltaron amantes. Atraía a las mujeres con su magnetismo, pero ninguna pudo borrar la impresión que Detchema había dejado en él. Garab se preguntaba qué la hacía diferente a las otras. Recordaba las historias sobre Sindongmas, muchachas demonios, que jugaban al amor con seres humanos.

Detchema estaba muerta. El vio cómo la corriente se la llevaba, pero algo le hacía sentirla viva aún.

¡Detchemal...! ¿Quién era ella para que su pecho se agitara, y su carne lo torturara con solo pronunciar su nombre?

Garab se entregó a interminables prosternaciones rituales, que el ermitaño le había enseñado. Las repetía hasta el agotamiento para que los votos de los Bodhisatvas -- consagraran al servicio de los seres y alivio de sus dolores.

El temperamento de Garab no era contemplativo. Acababa de cumplir treinta y dos años y se hallaba más fuerte que nunca. No deseaba plegarse a la vida anacoreta. Por ahora era un medio de lograr sus propósitos. No para escapar al castigo de sus crímenes. Era de flojos querer librarse de las consecuencias de sus propios actos y estaba dispuesto a pagar; pero Dordji Migyur le mostró un ideal.

—Ohvida el pasado —dijo—, no te dejes absorber por faltas cometidas. Los remordimientos son una forma de presunción. Atribuir a tus actos una importancia que no tienen es complacerse. Todo lo que existe, todo lo que se produce es el fruto de causas entrelazadas de mil maneras. Por lejos que volvamos hacia atrás, no podemos llegar al origen de las causas, de concebir una causa que no tenga otra causa. Tus actos y tu persona son sólo eslabones de esa cadena eterna a la que seguirán agregándose eslabones. Dirige tus pensamientos hacia el dolor que acompaña el peregrinaje de todos los seres a lo largo de esa cadena de la existencia.

“Por eso los Bodhisatvas,¹ conmovidos por la compasión se hacen instructores, guías, médicos, de los ignorantes, de los extraviados, de los afiebrados por el odio y la codicia.

¹ Para los budistas, personas muy evolucionadas en la vía del perfeccionamiento espiritual y animados de enorme caridad. Siguen a los Buddhas en orden de jerarquía y están preparadas para el estado de Buddha.

“Cesa de mirar hacia atrás. Aspira al honor de servir a los Bodhisatvas, de ir en su busca, deseando sólo ser instrumento de su caridad para sembrar el bien en este mundo sumergido en la aflicción.”

Garab escuchó atento. Este ideal de los Bodhisatvas, es exaltado por todas las sectas del budismo mahayana; no hay tibetano que lo ignore, y Garab no era una excepción. Había oído predicar a los lamas sobre ello, pero ninguno hablaba como Dordji Mígyur.

Por eso, para aliviar la angustia de los desgraciados, ser útil en esta vida y en las siguientes, Garab, ex bandido orgulloso, vivía en una caverna de Ámné Matchén, la ruda y noble vida de los anacoretas.

Por ese juego misterioso de causas y efectos, un incidente banal, desató una serie de consecuencias que arrastrarían a Garab de ese puerto de salvación donde se creía sólidamente anclado.

Dos pastores, discípulos laicos de Mígyur, llegaron con una ofrenda de víveres para su maestro. Luego de presentarse ante él, fueron con sus mantas y las monturas de los caballos a la gruta que les servía de abrigo en sus visitas a Mígyur. Ahí habitaba Garab. Ambos hombres habían formado parte de su banda en un tiempo.

Creyeron que Garab se escondía. Casi cuatro años habían pasado desde aquella expedición de los musulmanes. Le propusieron volver con sus viejos compañeros.

Le recibirían con verdadera alegría, y ellos dos podrían reunir un pequeño rebaño con donaciones, para que Garab recobrar su fortuna. Todos sabían que la desgracia fue por causa de los desobedientes, y que su cabeza tenía precio.

Garab les agradeció emocionado. Luego les explicó que no era por miedo que se hallaba en la caverna, sino para hacer una vida santa bajo la dirección de Mígyur. Esperaba seguir los pasos de los Bodhisatvas, siempre

dispuestos a sacrificarse por el bien de los demás. Garab habló con sinceridad a sus amigos asombrados, repitiéndoles uno de los discursos más inspirados del ermitaño.

Los pastores no podían creer lo que oían del joven que los había llevado al pillaje. Las leyendas de conversiones abundan. Recordaban a Angulimala, jefe de bandidos como Garab, que llevaba un collar hecho con mil uñas de meñique arrancadas a mil de sus víctimas. Un día encontró a Buddha, lo escuchó y se convirtió en santo. En uno de los que llega al grado más eminente de sabiduría: un Arhat.

Bajando la cabeza, llenos de respeto, con las manos unidas, se prosternaron y pidieron la bendición a su antiguo capitán y célebre asaltante de caravanas.

En el convento de Samten ling, Detchema vivía en estado de inercia, una vida de religiosa que carecía de sentido para ella. Se instruía leyendo obras sobre doctrinas budistas, aprendía los ritos que se practicaban en el monasterio y podía interrogar a la superiora. Esta era una mujer culta, que tomó los hábitos al quedar viuda. Pero nada de esto le interesaba. Su vida entera estaba contenida en un sueño. La muerte de Garab le quitó toda razón de existir. Indiferente, silenciosa, aceptaba la monotonía de las horas, con su hábito oscuro y su cabeza rapada. Lo veía como una expiación por su ingratitud con sus abuelos al escapar en busca del amante de sus sueños. También era un castigo por haber amado a Garab sólo por el placer que le daba, y haber contribuido a su fin.

Así, mientras Garab meditaba en los ejemplos de los héroes de la caridad trascendente y se preparaba para seguir sus pasos, Detchema no veía objeto en su vida de tareas banales. A veces acompañaba a las religiosas de más edad a los pueblecitos de los alrededores. Pa-

saron más de dos años, cuando un día le ordenaron ir con dos de las religiosas a ver a una rica viuda que les haría una donación de té. La granja no estaba lejos del río que terminó trágicamente con Garab y con ella.

Siguiendo la costumbre, la viuda para acumular méritos que le aseguraran una vida futura mejor, invitó a las religiosas a pasar dos días en su casa.

Detchema sintió el deseo de ver el lugar fatal, como para obtener una prueba innegable de la muerte de Garab.

Sin decir nada a sus compañeras, para que no se lo impidieran, salió de la granja al amanecer y se dirigió al río. Algunos paisanos le indicaron el camino, y llegó a media mañana. Era primavera, pero las nieves en las montañas no se habían disuelto aún. El río estaba ahora cristalino, calmo, y poco profundo.

Detchema volvió a recorrer el bosque, y llegó al lugar donde se cortó los cabellos. Vio nuevamente el sitio en que se había prosternado delante del sombrero de Garab, y nuevamente se hincó.

Al levantarse, aún con las manos juntas, su mirada se posó en la roca donde el sombrero había quedado enganchado.

¿Era una ilusión? Algo había entre las asperezas de la piedra. Algo grisáceo, descolorido. Se acercó como hipnotizada al borde del agua. Se quitó las botas y avanzando sobre las piedras más salientes llegó, tendió el brazo y tocó la tela: era un trozo del sombrero de fieltro que aún tenía un fragmento de galón con hilos dorados.

La sorpresa la hizo caer de la piedra. Una certidumbre la invadió: ese trozo de sombrero tenía un significado. Garab estaba vivo.

¿Dónde? No podía imaginarlo, pero estaba segura que lo encontraría. Como la primera vez, lo encontraría. Decidió no volver al convento.

Guardando bajo el manto, contra su pecho, el pedazo de sombrero de Garab, remontó el río hasta el vado. Levantó su hábito hasta debajo de las rodillas, y entró en el agua. Como era alta, apenas se mojó. Mientras llegaba a la orilla opuesta, no pensaba que se lanzaba a una aventura imprudente, que sólo tenía la ropa que la cubría, y que nada le aseguraba que Garab estuviera vivo. Consideraciones de este tipo no son las que se hace un espíritu tibetano.

Desde el día anterior que no comía, pero sabía que nadie rehúsa una limosna a una religiosa peregrina, y decidió hacerse pasar por ello. Miles de peregrinos cruzan el Tibet constantemente para visitar lugares santos; uniéndose a ellos no llamaría la atención.

No se puede andar rápido a pie, teniendo que mendigar y hablar con la gente de los pueblecitos. Pero Detchema no tenía itinerario. Como la primera vez, erraba al azar, buscando al "hombre de sus sueños".

Al fin de seis meses de vagabundear por la zona del río que la atraía, por el país de Ga hasta Kyerkou (puesto de guardia chino), Detchema había obtenido informaciones que fortificaban su esperanza. Ninguna de las personas que interrogó, recordó que un hombre se hubiese ahogado en aquella inundación inolvidable para todos. Tampoco hubo ejecuciones importantes en los puestos militares de la zona.

Pero seguía ignorando dónde estaba Garab. Tal vez los pastores de tribus donde Garab había vivido, supieran algo del destino de su jefe.

Pasaron unos meses hasta que Detchema llegó al país de Ngologs.

Exceptuando los hombres que habían atacado la caravana de mongoles, los demás pastores hacía cinco años que no veían a Detchema.

Sabían que Garab fue a Lasa, sabían lo del Khang-

Tisé, pero ninguno soñaría con relacionarla con la hermosa amante de la que el jefe estaba locamente enamorado. Era una religiosa que pedía entre los campamentos, para poder seguir peregrinando.

Detchema no hacía preguntas directamente sobre Garab. Aunque después de tanto tiempo ya no hubiera peligro para él, actuaba con prudencia.

Por fin, un día se enteró que dos pastores habían visto a Garab en Amné Matchén. Según ellos se había convertido en un santo ermitaño.

Detchema siguió andando. Pero una mujer que depende de las limosnas para su alimentación, no puede cruzar los vastos desiertos que llevaban a Amné Matchén. Ese era un itinerario de caravanas. Debía hacer muchos rodeos para pasar por lugares habitados. Pasaron todavía varios meses.

En el retiro de Amné Matchén, Migyur y Garab escuchaban con gran atención lo que les contaba un *dokpa* (pastor). Lo enviaron los jefes de una tribu que acampaba cerca del río Amarillo, y venía a informar sobre hechos recientes muy inquietantes, y a pedir consejo y protección al sabio anacoreta. Llegaron dos hombres extranjeros a la región. Uno de cabellos castaños, ojos azules, parecidos a los de los perros que cuidan las tiendas. El otro tenía la cabeza cubierta de hilos dorados. Ambos eran altos, y el rubio parecía bastante más joven que su compañero. Traían cinco domésticos mongoles, y dos chinos. Caballos, mulas, tiendas y provisiones. El rubio hablaba tibetano, el otro se servía de uno de los chinos como intérprete.

Los *dokpas* supieron por los sirvientes mongoles que hacía poco que viajaban juntos. Se habían encontrado al noroeste de Tsaidam. El rubio estaba muy triste porque acababa de morir su compañero. Tenía una tienda chica, su caballo, el caballo del amigo muerto, y una

mula con sacos de víveres. Hablaban un idioma que nadie comprendía. El rubio se unió a la caravana del otro extranjero.

De dónde venían, nadie sabía. Los mongoles y los chinos fueron reclutados en el norte, cerca de Sudou, por el hombre del cabello color de toumas (especie de uva).

Por los gestos que se hacían parecía que no se llevaban bien. Discutían a menudo. El de los ojos de perro hacía cavar a los mongoles pozos muy grandes, cosa que les disgustaba. Golpeaba las piedras con un martillo, y recogía algunos trozos; también sacudía la arena del fondo de los ríos en una especie de canasto, como se hace para limpiar los granos.

Los pastores se alarmaron. Esos extranjeros irritarían a los genios golpeando las rocas en las que moraban, y con esos pozos secarían los jugos de la tierra.¹

Así los genios retendrían el agua, vendrían las enfermedades, no habría hierba en los campos, y el ganado moriría de hambre.

Imploraron a Migyur que los protegiera de las calamidades que los amenazaban.

—Esos hombres buscan oro —dijo Migyur—. He visto no lejos de acá, chinos de Kansou lavar la arena para re-

¹ La idea de que se secan los jugos que nutren la tierra al cavar profundo, es corriente en el Tibet. Hace unos veinte años, el gobierno del Dalai Lama, envió a Inglaterra un grupo de jóvenes para estudiar ciencias modernas y su aplicación práctica. Uno de ellos se especializó en minas, otro en puentes y caminos. Al volver al Tibet, el ingeniero en minas quiso emprender un proyecto de explotación del subsuelo, pero la oposición fue tal, que el gobierno le ordenó que cesara en sus investigaciones. El hombre no pudo ejercer su profesión y se hizo monje. Su colega constructor de rutas no tuvo mejor suerte. Los tibetanos declararon que les bastaba con sus senderos de mulas. Entre estos estudiantes que volvieron, sólo prosperaron un electricista y uno que dirige la fabricación de armas y marcas de moneda.

coger pequeñas partículas de oro. Si esos extranjeros hacen pozos, es para encontrar oro puro en trozos grandes que los dioses escondieron bajo Amné Matchén para que Guesar de Ling se proteja hasta volver con nosotros para exterminar a los malos de corazón.¹

—¡Es preciso que no lo descubran! —exclamó Garab.

—El oro destinado a Guesar está profundamente enterrado bajo el Amné Matchén —dijo el ermitaño—. Es difícil alcanzarlo y los dioses velan por él.

—Señor ermitaño (jowo gomchen), usted impedirá a esos hombres apoderarse de él. Y que sigan haciendo agujeros que secan la tierra y romper las rocas habitadas por los genios.

—Yo velaré —prometió el anacoreta—. Evocaré los dioses y los genios; ellos sabrán poner fin a las malas acciones de esos extranjeros. Diga a sus amigos que no se inquieten.

Al día siguiente, Dordji Migyur se encerró para hacer ciertos ritos secretos, y Garab se retiró a su caverna.

Como todos los tibetanos, Garab conocía, al menos en parte, la historia legendaria de Guesar de Ling, el rey-mago que partía en dos a los demonios, el gran desfacedor de entuertos. Creía también en la vuelta

¹ Ver A. David-Neel y el Lama Yondgen: *La vida sobrehumana de Guesar de Ling*. Traducción del poema épico nacional de los Tibetanos (edición Adyar). Los tibetanos esperan el retorno de sus héroes a este mundo para instaurar el reino de la justicia. Recientemente oí declarar a tibetanos cultos que los cálculos hechos de acuerdo a las profecías, y confirmados por algunos hechos contemporáneos, prometen la vuelta de Guesar para dentro de treinta y nueve años. Por su lado los mongoles esperan la vuelta de Gengis Khan. Aunque parece probado que no ha sido descubierto el lugar en que este conquistador fue inhumado, existe en Etsin Orta, país de Ordos, un templo donde se exhibe una urna de plata que dicen contiene sus restos. Los mongoles van en peregrinación en el mes de abril.

del héroe que había dejado este mundo sin morir, para estar de manera milagrosa entre los dioses.

Recordaba ciertos dichos de Guesar, los comparaba a los de los Bodhisatvas en las historias búdicas y creía en su autenticidad. En su cabeza se mezclaban los actos y móviles de estos personajes sobrehumanos. No distinguía muy bien los que tenían valor guerrero, de los que revelaban una bondad trascendente. Como sus tendencias de ex jefe de bandidos lo inclinaban a la violencia, llegó a imaginarse a sí mismo practicando una caridad impetuosa, sin indulgencia para los culpables y liberando a sus víctimas.

Pero algo estaba bien claro en su espíritu: él, Garab, ya no tenía nada en común con su antigua vida. Se había despojado de su antiguo "yo" y tenía un lugar en la falange heroica de los "Protectores de seres" (frase tibetana).

¿Y Detchema? Su imagen aparecía a veces entre las de los sabios impassibles y justicieros que poblaban las visiones de Garab. Aparecía lentamente entre esos grandes personajes, o surgía bruscamente rechazándolos a un fondo brumoso, quedando ella sola en luz, pidiendo y prometiendo a la vez, con una sonrisa. Entonces Garab caía de las alturas a un infierno, donde el recuerdo de viejas sensaciones, era como demonios que atenzaban su carne con pinzas ardientes.

En Tibet, como en la India, se supone que los maestros místicos o "gourous" son capaces de penetrar el pensamiento de aquellos cuya dirección espiritual han asumido. Garab estaba convencido de que Migyur leía en él, y esperaba en silencio que viniera en su ayuda. En efecto, poco a poco Detchema se fue alejando, sus apariciones más raras, y su recuerdo se borró. Absorto en sus sueños gloriosos, apenas sintió ese desvanecimiento gradual del fantasma terrible de su amante.

Había logrado una paz triunfante que lo llenaba de orgullo.

Entonces sucedió. Hallándose con Migyur sentado en la puerta de la caverna, el anacoreta le echó una mirada penetrante y preguntó:

—¿Te ha sucedido alguna vez, tratar de retener una cosa que iba a caer, a romperse o perderse, y cuando ya creías haberlo conseguido, ver que se te escapaba?

—Sí, una vez... un perro —dijo Garab—. Se lo llevaba el río, nadaba mal, parecía agotado. Fue en mi juventud. Yo volvía del bosque cargado con un haz de ramas secas. Me quité la faja, la até a la cuerda de las ramas y eché el fardo al agua sosteniendo una punta. Pensaba que el perro, traído por la corriente, se prendería a las ramas y yo podría traerlo a la orilla. La pobre bestia se alzó a medias sobre el atado. Lo creía ya salvado, pero de golpe se soltó y se lo llevó la corriente.

El ermitaño permaneció en silencio, y Garab no se atrevió a pedir una explicación. Más tarde comprendería.

Una noche llegó al pie de la montaña la caravana de los extranjeros, y plantó allí sus tiendas.

Al día siguiente el jefe, el hombre de ojos de perro, dejó descansar a su gente y anunció que cazaría. Daría fusiles a los hombres encargados de hallar y matar las cabras de cuernos retorcidos, cuyas cabezas quería embalsamar. Los otros servirían de batidores.

Esa orden fue muy mal recibida. Los mongoles sabían que un santo ermitaño vivía en la ladera del Ammé Matchén. El lugar de los ascetas contemplativos (*gomchen*), es considerado sagrado. No deben cometerse actos de violencia, y tanto los hombres como los animales encuentran ahí un refugio seguro.

Cazar cerca de un retiro, no es sólo un crimen por el echo de matar, sino por cometerlo en la presencia de un santo, ofendiéndolo. Los mongoles no estaban dispuestos

a recibir el castigo, por esa falta, en esta y en otras vidas. En reunión de consejo decidieron exponer sus razones al hombre de los cabellos dorados, que comprendía tibetano.

Ese mismo día Garab fue a buscar agua y descubrió las tiendas. Corrió a informar al ermitaño, y éste le habló desde adentro con la puerta cerrada.

—Vé a ver qué hacen y cuáles son sus proyectos. Luego vienes a informarme.

Garab llegó al campo cuando los mongoles se dirigían a ver al hombre rubio. La curiosidad que despertó su aparición los reunió alrededor de él. “¿Quién era? ¿De dónde venía?”

—No soy viajero —les dijo Garab—. Vivo en la montaña cerca de mi maestro Dordji Migyur. ¿Han oído hablar de él?

Ciertamente, todos conocían su nombre, su santidad y los milagros que realizaba. La pregunta vino inmediatamente a sus labios: ¿Podrían ellos verlo y recibir su bendición?

—Desde hace semanas mi maestro está en retiro.¹ Yo mismo no lo veo —respondió Garab— me habla a través de la puerta. Pero si no pueden entrar, pueden prosternarse afuera, y él les dará su bendición. Díganme, amigos: ¿qué hacen ustedes aquí?

Los mongoles repitieron a Garab todo lo que habían contado a los pastores respecto a los dos viajeros. No sabían nada más pero se había producido un hecho nuevo y le contaron el proyecto de cazar.

—No deben prestarse a eso —gritó Garab—. El señor Migyur es un devoto de los Bodhisatvas. No come ningún alimento animal y nunca lleva vestiduras de piel. En in-

¹ La práctica del “retiro” (en tibetano: *mtshams*), es honrada por los lamaístas. Ver las variedades y prácticas de los reclusos. A. David-Neel: *Entre los místicos y magos del Tibet*, y Lama Yongden y A. David-Neel: *El lama de las cinco sabidurías*.

vierno cuando los animales salvajes no encuentran qué comer, vienen a tu puerta a pedir comida. Vienen hasta los osos, y aunque sus reservas de provisiones no son grandes, siempre encuentra algo para darles. Parece que los genios le dan lo que le falta para que pueda hacer caridad.

“Ustedes comprenden que matar a los animales acostumbrados a andar sin temor sería incurrir en su maldición.”

Las palabras de Garab fortalecieron su resolución, y exclamaron: “¡nos guardaremos muy bien de hacerlo!” Le explicaron que cuando él llegó, estaban a punto de ir a buscar al hombre rubio para rogarle que disuadiera al jefe de la caravana.

—Iré con ustedes —dijo Garab, agradeciendo esta ocasión de ver de cerca a uno de ellos.

El viajero rubio estaba sentado sobre la hierba, ante su pequeña tienda, fumando un cigarrillo. Pareció algo sorprendido al ver avanzar a los criados en grupo, pero sonriendo a los dos mongoles que comprendían el tibetano, les preguntó amistosamente qué deseaban.

Tranquilizados por la buena acogida, los hombres expusieron su caso.

En cualquier otra ocasión se hubieran mostrado menos resueltos, pero se trataba de su salud, de sus vidas futuras. Garab los había amenazado con la maldición de un santo taumaturgo.

—Hable a nuestro amo por nosotros —suplicaron.

—No servirá de nada —respondió flemático el extranjero—. Cuando se le mete una idea en la cabeza, todos los diablos del infierno no harán que la suelte.

“¿Quién es aquél? Nunca lo he visto, —preguntó al ver a Garab, que se había mantenido apartado.

—Es un discípulo del gran anacoreta Dordji Migyur, cuya ermita está próxima a nuestro campo. Un santo de

una caridad tal, que alimenta milagrosamente a los animales salvajes durante el invierno.

El extranjero pareció interesarse.

—¡No te vayas! quisiera conversar contigo. —Y dirigiéndose a los mongoles agregó—: Voy a transmitir vuestra protesta al amo.

La tienda del extranjero de ojos de perro, estaba a bastante distancia de la de su compañero, pero eso no les impidió oír furiosos gritos, y comprender que el amo había recibido mal a su enviado.

Momentos después éste volvió silbando.

—Ya les había advertido, camaradas. No quiere oír nada. Se cazaré mañana.

—¡No! —exclamaron los hombres—, no cazaremos. Cazaré él solo, si se atreve.

—Habría que impedirselo —arriesgó uno de los mongoles.

—Hagan como les parezca, este asunto no me concierne. Yo no cazaré, no quiero disgustar al ermitaño.

Y, dirigiéndose a Garab:

—¿Podría yo visitar a tu maestro?

—Está en retiro, pero le transmitiré su deseo y le traeré su respuesta.

—Siéntate y hablemos un momento, ¿quieres?

—Es un placer —respondió Garab.

—Voy a traer té —dijo uno de los mongoles—; nadie ni en Tibet, ni en Mongolia, cree que se pueda hablar sin beber.

—¿Quién es ese ermitaño, tu maestro?

Entonces Garab, largamente, con muchos detalles, repeticiones, y gran confusión de ideas, expuso diversas doctrinas, citó las enseñanzas de los sabios, habló de los Bodhisatvas, de Guesar de Ling, el justiciero esperado, y de Maitreya, el futuro Buddha, que traería el reinado de la benevolencia universal; concluyó diciendo que quería

hacerse digno de aquellos que traerían paz y felicidad a todos los seres.

El hombre rubio escuchó con atención benévola, sonriendo a veces.

—Entonces, ¿tú no cazas cabras en la montaña? —preguntó volviendo al tema de actualidad.

—Yo he cazado otra caza —contestó con ligereza.

El viajero se engañó.

—¿Fuiste soldado?

—¡Ehl ¡Ehl —exclamó Garab sin responder.

Su interlocutor cortó en seco toda posibilidad de confidencias. “¡Escuchal” dijo y habló. Era un bello discurso el suyo. Garab halló semejanzas con las fuertes palabras de Guesar de Ling y los Bodhisatvas. Sin embargo había diferencias profundas que no se explicaba bien.

La actividad de Guesar se ejercía en las esferas de dioses y demonios, tanto como en la nuestra; Buddhas y Bodhisatvas tenían por dominio el infinito. Pero este extranjero, no salía de los estrechos límites de nuestro mundo, como si nada de los seres y cosas del más allá, pudiera tocarle, como si nada de nosotros pudiera franquear sus límites. En realidad, Garab no comprendía nada de lo que decía este extranjero simpático, aunque se expresaba en el mejor tibetano de Lasa.

—Deseo ver a tu maestro —repitió al despedirse.

Al día siguiente el hombre de los ojos de perro llamó a sus sirvientes y los intimó a cumplir sus órdenes sobre la cacería. Ellos no contestaron nada, pero en todo el día no los volvió a ver. Se habían ido a ver a Migyur, que abrió su puerta y les habló, mientras ellos pasaban las cuentas del rosario.

Los dos chinos prepararon la comida del extranjero, pero hacia la noche, más bebido que de costumbre por la furia, amenazó con matar a los que lo desobedecieran. Los chinos, asustados, escaparon.

Al volver los mongoles, dijeron al hombre rubio que al día siguiente lo recibiría el ermitaño.

Con el fusil en la mano, el jefe de la caravana se dirigió a las tiendas de sus hombres, y les amenazó con hacer un escarmiento, si al día siguiente no se alistaban para la cacería.

Los mongoles no replicaron, pero durante la noche cargaron gran cantidad de provisiones en las mulas, los fusiles, las municiones, y se fueron a un repliegue de la montaña para acampar.

Era la gran mañana; el hombre rubio siguió las indicaciones de los mongoles y por el estrecho sendero subió al refugio de Migyur. Durante varias horas permaneció encerrado con él. Garab no supo cuál fue la conversación porque no fue invitado a ella. El ermitaño le mandó preparar la sopa para que el extranjero comiera antes de partir.

Cuando terminó la comida, el extranjero dijo a Garab:

—Recibí la bendición de Jowo Dordji Migyur. Me iré del campamento mañana al alba. Tú que deseas trabajar para el bien de los demás, ¿quieres reemplazar al compañero que perdí, y venir conmigo? Tu maestro ha consentido y creo que lo desea. Me ha confiado lo que a ti concierne. Sé quien eres. ¿Me acompañas?

—¿Dónde iríamos? —preguntó Garab—. ¿A su país?

—No volveré nunca a mi país, mi lugar está aquí— dijo el viajero.

—Los dioses os conducirán —intervino el ermitaño.

—Si usted me lo ordena, Maestro, iré.

—Te haría bien partir —dijo el anacoreta pensativo—.

Bien para ti, y bien para otros. . . Parte mañana.

Garab se prosternó respetuosamente y observó cómo el extranjero se llevó la mano del ermitaño a sus labios al inclinarse.

Garab quedó aturdido por la rápida decisión que acaba-

ba de tomar. Sentía a su alrededor un algo sobrenatural, casi milagroso, atraído por sus votos.

—¿Eres heraldo de Guesar o un enviado de Gyalwa Tchampa, el Buddha de la infinita bondad? —preguntó temblando de emoción al hombre de los cabellos dorados.

—Puede que de ambos —respondió éste sonriendo. Y se alejó por el sendero.

Como todos los discípulos de ermitaños contemplativos, Garab no permanecía cerca de su maestro sin ser invitado a ello. Pronto para la partida con un desconocido, y sin destino fijo, hubiera deseado pasar la última noche a los pies de su maestro, oyendo las palabras que dieron paz a su espíritu perturbado. O quedarse en silencio, sentado, en esa atmósfera de benevolencia infinita y serenidad que Migyur creaba a su alrededor. Pero el maestro no lo llamó, y obedeciendo una orden tácita, volvió a su caverna.

Estaba absorto en sus pensamientos, en su singular existencia, preguntándose hacia qué nuevos sucesos se encaminaba, cuando la sólida cortina de piel de Yak se levantó y una mujer se acercó.

—Soy yo, Garab —dijo simplemente.

—¡Detchema! —gritó Garab, adelantando los brazos como para alejar una terrible aparición. —Detchema... ¡estás muerta!

—No —respondió su amiga, sonriendo—. Estoy tan viva como tú. También yo creí que estabas muerto. Vi tu sombrero enganchado en una piedra en el medio del río y creí que te habías ahogado. Me corté el cabello; me hice religiosa. Luego un día los dioses me llevaron al lugar don' fuimos separados. Me mostraron una señal. Después de tanto tiempo, un trozo de tu sombrero estaba aún pegado a la roca. Ni el viento ni la lluvia pudieron sacarlo, y comprendí que no habías muerto y llevado por enviados de Chindje (el rey de los muertos). Entonces

me dediqué a buscarte, como antes, y como antes te encontré. Era imposible que no te hallara. Ahora partiremos juntos y no nos separaremos más.

Detchema hablaba con calma, sin dramatismo. Se reintegraba al sueño de su vida sin pensar en nada que no fuera ese sueño. La idea de que otra decisión fuera posible no le pasaba por la cabeza.

Cerca de un año estuvo buscando a su amante. Sus cabellos crecieron y a pesar de su delgadez y la ropa andrajosa, Garab la veía singularmente bella, casi sobrehumana, más atractiva que nunca.

Pero luchando contra esta atracción volvían los pensamientos de tantas horas de soledad en la caverna, las conversaciones con Ram, y los discursos del ermitaño sobre los Bodhisatvas. ¿No soñaba él acaso con seguirlos para vengar injusticias, hacer el bien a manos llenas de todo corazón, a todos y por donde fueran? Quería ser un guía, un instructor. Y al día siguiente debía partir... para realizarlo tal vez...

Garab se esforzó en hacer comprender a su amiga que el Garab que encontraba ahora, no era el que ella conoció antes. Trató de repetir algunos discursos, pero no era suficientemente hábil y Detchema no comprendía. Había permanecido igual, una amante.

—He venido a buscarte —repetía obstinadamente—: Tú eres para mí como yo soy para ti.

Recostada en la pared de piedra, lloraba desconsoladamente.

—No vivo sino para ti, Garab. ¿Por qué ya no me amas? ¿Qué será de mí sin ti?

Deseos terribles aguijoneaban a Garab. Había hecho votos de aliviar, el sufrimiento ajeno. ¿No sería ésta la ocasión de probar su fuerza de devoción, sacrificando sus propios deseos?

Ser capaz de semejante renunciamento podía satisfacer su orgullo. Pero nuevos pensamientos se acumulaban, ideas

confusas, mientras Detchema implacable, secó sus lágrimas y repetía imperiosamente:

—He venido a buscarte, vamos.

Este diálogo duró largo rato, hasta el intérprete chino del jefe de la caravana asomó su cabeza bajo la cortina y dijo precipitadamente:

—Los sirvientes mongoles no volvieron. El jefe está fuera de sí. Se fue a lo del ermitaño. Dice que él incitó a los mongoles a rebelarse y que los va a entrar en razón. Estuvo todo el día tomando alcohol, y se llevó un fusil cargado... ¡Tengo miedo! Es preciso que me acompañe usted al retiro.

Antes que Garab hubiera dicho una palabra, un culatazo envió al chino al centro de la caverna, la cortina se apartó violentamente y el extranjero entró.

Dio una breve orden al chino que contestó algunas palabras temblando de arriba a abajo. El extranjero reiteró la orden señalando a Garab.

—Quiere que yo le hable —balbuceó el chino—. No sabe que hay otra caverna más arriba. Cree que usted es el ermitaño.

El intérprete trató nuevamente de hacerle comprender que estaba equivocado. O se expresaba mal, o el otro estaba demasiado bebido para entenderlo. Creyó que el intérprete se burlaba y se lanzó sobre él. El chino se deslizó rápidamente por la puerta y desapareció.

El extranjero llamó, gritó, pero el chino espantado desapareció.

La rabia del borracho aumentó y al ver a Detchema que se había escondido tras unas bolsas, cambió de idea. Un fulgor apareció en sus ojos. Se burló. Recurriendo a las pocas palabras que conocía de tibetano, comenzó a ridiculizar al que creía un ermitaño y estaba acompañado de una mujer.

—¡Ehl gomchen, chimo, djowo gomchen... chimo... chi-

mo... ¡Oh! ¡Oh! ¹ Titubeó un poco: ¡Chimol y se avalanzó hacia Detchema, la tomó de un brazo y la atrajo; sus labios la tocaron.

Un furioso golpe de puño proyectó al torpe borracho contra la roca. Vaciló aturdido; instantáneamente el ágil Garab le arrebató el fusil y se oyó una detonación: Garab descargó el arma a quemarropa en el pecho del viajero.

Después de la furia, el estupor inmovilizó a Garab, fusil en mano, mirando a su víctima extendida ante él.

—Tú ves que me amas aún. Has matado *por mí*.

Detchema hablaba con calma; en su voz acariciante percibíase una vaga nota de triunfo, tal vez alguna ironía.

Garab se sobresaltó. Despertaba bruscamente de un sueño fantasmagórico. La luz de la verdad era fría, despiadada. Veía el error en que se había complacido tanto tiempo; dopándose con aspiraciones ficticias, reverencias devotas y votos sublimes. No le interesaba la dicha de los seres. Sólo deseaba la suya. Cuando soñaba en renunciar por Detchema, a sus sueños de grandeza espiritual, ¿era realmente en *eso* que pensaba? Ahora estallaba ante sus ojos la falsedad de los motivos que se había inventado él mismo. Los pensamientos de sacrificio no eran más que un disfraz del grito de su carne: había matado *por él*.

Entonces frente a su amante sorprendida, se echó a reír, con una risa interminable de demente.

¹ Hermitaño, mujer. Chimo es mujer en dialecto. Los tibetanos dicen skyedmen (kiémen).



EPILOGO

Superstición criminal. — ¿Qué ha sucedido al hombre de los cabellos dorados?

Mi huésped terminó bruscamente su relato, y quedó en silencio. Yo lo imaginaba a los treinta y dos años, bello, fuerte, la carne atenaceada por la pasión. Y la vaciedad de su heroica vocación, al flagelar su presunción con esa risa amarga, ante su amiga horrorizada. ¿Qué sucedió después? No lo dijo. Su prosperidad actual, y algunos comentarios de los granjeros de la región me hacían creer que reanudó sus relaciones con los "bravos" de su especie, y volvió con éxito a las cabalgatas a lo largo de los largos caminos. ¿Y ella?

—¿Y vuestra amiga?... —pregunté en voz baja.

—Está muerta —respondió lacónico.

La curiosidad me dio audacia para insistir.

—¡Muerta! ¿cómo?... ¿mucho después?...

—Algunas semanas. Viajábamos... un sendero estrecho... ella resbaló.

En Lasa, el oráculo había dicho: "Risas de cólera. Abismo".

Creía ver la escena: uno de esos senderos de cabras, que costean los precipicios, un paso en falso... y la caída.

El granjero-bandido se turbó al recordar ese pasado trágico; murmuró sordamente:

—Una hija del demonio, seguramente. Me robó a los Buddhas que yo quería servir... Yo iba tras ella. Recité los exorcismos... no cayó de un golpe. Me miraba sin decir nada, asida con una mano a una mata; su cara se puso extraordinaria; jamás una mujer fue tan bella. Sus grandes ojos puestos en mí... comó dardos... me quemaba...

“Entonces hice el acto que arroja los malos espíritus.”
Consiste en echar piedras vociferando fórmulas mágicas.

“Ella se soltó y rodó al fondo del abismo, sin dar un grito. ¿Dije que estaba muerta? No puede morir. La siento vagar a mi alrededor. A veces al anochecer la vislumbro errando en el campo, parece espíarme, pero se escapa cuando quiero asirla, para poseerla de nuevo y para...”

Se levantó bruscamente, con un movimiento de rabia y se alejó a grandes zancadas en la oscuridad.

—¡Está loco! —me dijo Yongden.

No, no estaba loco. Yo presentí que la aparición de esos enamorados huyendo en la noche aumentaron la obsesión que sufría, incitándolo a evocar en voz alta su dramático pasado.

A la mañana siguiente, parecía haberse disipado la embriaguez que lo dominó, pero al dirigirle un saludo amistoso, me echó una mirada terrible, cargada de amenazas. Yongden quedó horrorizado.

—Nos vamos hoy mismo —dijo cuando volví a mi tienda.
—Ese viejo bandido no nos perdona las confiancias que nos hizo, y como sabe que no puede recobrarlas, no podemos prever de qué medios se valdrá para asegurarse nuestro silencio.

Creo que mi hijo exageraba. De todos modos nos despedimos de nuestro huésped, explicándole que después de tanto descanso, queríamos hacer etapas grandes. No trató de retenernos.

Estaba empaquetando las provisiones, cuando recordé uno de los episodios de la historia, y dije al hombre que a menudo había visto cerca de Garab:

—¿No se llama usted Anag?

—Sí —respondió admirado— mi nombre es Anag.

La promesa hecha en So sa ling, se había cumplido. Garab y Anag estaban reunidos.

He pensado a menudo en esta rara historia. Mató a su amante por una creencia supersticiosa y el dolor de su fracaso espiritual.

Pero mucho más interesantes que él me parecían esos hechiceros y el extranjero de los "cabellos de hilos de oro" que "no volvería a su país porque su sitio estaba en el Tibet." Tal vez vive todavía en el País de las Nieves... ¿dónde?... y ¿por qué?...

Riwotsé Nga, Agosto 1937.

I N D I C E

	PÁG.
Nota preliminar	7
Prólogo	9

PRIMERA PARTE

Capítulo I. SEMBRANDO EL PORVENIR.

El ataque a la caravana. - El amante creado por los sueños, se materializa	14
--	----

Capítulo II.

La juventud de un gran jefe de bandidos. - El hijo de un dios	33
---	----

Capítulo III.

Peregrinaje de bandidos a Lasa. - Junto al Omnisciente. - Con el vidente. - El pasado de una visionaria	45
---	----

SEGUNDA PARTE

Capítulo IV. LA COSECHA.

El Khang-Tisé. - El fantasma criminal del yogui. - La sed de inmortalidad. - El arte de extraer vitalidad del compañero durante las relaciones amorosas. - Las hierbas mágicas del Tibet	68
--	----

Capítulo V.

Derrota y ruina de los pastores bandidos. - El vado trágico. - Un médico/hechicero trae al jefe herido. - Su amante entra a un convento .. 85

Capítulo VI.

La cueva de los magos negros. - Un místico hindú en busca de la inmortalidad. - Un laboratorio infernal. - El prodigioso elixir de la vida. - Evasión de la fortaleza de los magos negros. - Drama en la selva 102

Capítulo VII.

El ermitaño sabio de Amné Matchén. - Misteriosos viajeros extranjeros. - La carne triunfa sobre el espíritu. - Asesinato en una caverna 134

EPILOGO

Superstición criminal. - ¿Qué ha sucedido al hombre de los cabellos dorados? 155

**Esta edición de 2.000 ejemplares
se terminó de imprimir en los talleres gráficos "TAPIALES"
Boulogne Sur Mer 1456 - Tapiales
Provincia de Buenos Aires - República Argentina
en el mes de Abril de 1985**